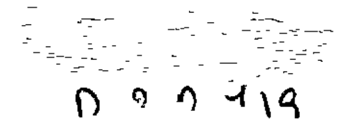
JAVIER DE VIANA

SELECCION DE CUENTOS

Selección y prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

Tomo I

MONTEVIDEO
1965



PROLOGO

I

En la trayectoria creadora de Javier de Viana, es fácilmente reconocible un primer período que se cierra en 1904 y comprende cinco obras: *Campo* (1896), libro que congrega once cuentos; *Gaucha* (1899), novela; *Gurí* (1901), que se integra con la novela breve que le da el título y seis relatos más; *Crónicas de la revolución del Quebracho* [1] y *Con divisa blanca* (1904), donde el autor cuenta sus experiencias de revolucionario en los levantamientos de 1886 y de 1904 contra los gobiernos de Máximo Santos y José Batlle y Ordóñez, respectivamente, y que a pesar de no constituir obras de pura creación imaginativa se suman con naturalidad a su labor de narrador. Estos cinco libros fueron escritos durante los años en que el autor, hijo y nieto de hacendados y hacendado él mismo, pudo hacer de su vocación literaria una actividad libremente creadora. Ellos muestran un narrador analítico y moroso, que elabora cuidadosamente su materia y se toma todo el tiempo y el espacio que un pausado narrar requiere. Un segundo período se discierne sin esfuerzo en la trayectoria del escritor uruguayo. Comienza hacia 1904, cuando la bancarrota económica del escritor, consecuencia de la ya

1 Las *Crónicas de la revolución del Quebracho* (Montevideo, Claudio García, 1935), fueron reunidas en volumen y prologadas por el Prof. Juan E. Pivel Devoto El autor las había publicado en folletín, en el diario *La Epoca*, a partir del 11 de octubre de 1891.

DE "CAMPO" (1896).

EL CEIBAL

I

El verano encendía el campo con sus reverberaciones de fuego; brillaban las lomas con su tapiz de doradas flechillas, y en el verde luciente de los bajíos, cien flores diversas, de cien gramíneas distintas, bordaban un manto multicolor y aromatizaban el aire que ascendía hacia el toldo ardiente de irisadas nubes.

En un recodo de un pequeño arroyo, sobre un cerrillo de poca altura, se ven unos ranchos de adobe y techo de paja brava, con muchos árboles que lo circundan, dándoles sombra y encantador aspecto. El patio vasto, de tierra, muy limpio, no tiene más adornos que un gran ombú en el medio, unos tiestos con margaritas y romeros en las lindes, y un alambrado, muy prolijo, que lo cerca, dejando tres aberturas sin puertas, de donde parten tres senderos: uno que va al corral de las ovejas, otro que conduce al campo de pastoreo, y el tercero, más ancho y muy trillado, que lleva, en línea recta, hacia la vera del arroyo, distante un centenar de metros. El arroyo es todo un portento. No es hondo, ni ruge; porque en muchas leguas en contorno no hay elevación más grande que la protuberancia donde asientan los ranchos que mencionamos. La linfa se acuesta y corre sin rumor, fresca como los camalotes que bordan sus riberas, y pura como el océano azul del firmamento. No hay en las márgenes enhiestas palmas representando el orgullo forestal, ni secos coronillas simbo-

lizando la fuerza, ni ramosos guayabos y virarós corpulentos, ostentación de opulencia. En cambio, en muchos trechos, vense hundir sobre el haz del agua, con melancólica pereza, las largas, finas y flexibles ramas de los sauces, o extenderse como culebras que se bañan, los pardos sarandíes. Tras esta primera línea, vienen los saúcos, blanqueando con sus racimos de menudas flores; los ñangapirés con su pequeño fruto exquisito; el arazá, el guayacán, la sombría aruera, los gallardos ceibos cubiertos de grandes flores rojas, y aquí y allá, por todas partes, enroscándose a todos los troncos, trepando por todas las ramas, multitud de enredaderas que, una vez en la altura, dejan voluptuosamente pender sus ramas, como desnudos brazos de bacante que duerme en una hamaca. Los árboles no se oprimen, y a pesar de sus fecundas frondescencias, caen a sus plantas, en franjas de luz, ardientes rayos solares que besan la abundante yerba y arrancan reflejos diamantinos al montón de hojas secas. Hay allí sitio para todos: entre el césped corren alegres las lagartijas persiguiendo escarabajos; en el boscaje, miriadas de pájaros suspiran sus amores a la puerta del nido, sin temer para ellos el tiro cuyo retumbo nunca oyeron, ni para sus huevos o su prole, la curiosidad traviesa de chicuelos que sólo aportan por aquellos parajes para coger una indigestión de pitangas. Las mariposas de sutiles alas irisadas vuelan por todos los sitios, y zumban los insectos rozando hojas y libando flores; y allá en la cinta de agua, que parece un esmalte de nácar sobre el verde del monte, duermen las tarariras flotando de plano, saltan las mojarras de reluciente escama, cruzan serpenteando veloces pequeñas culebrillas rojas que semejan movibles trozos de coral, y de cuando en cuan-

do, con rápido vuelo sigiloso, un martín-pescador proyecta su sombra, rompe el cristal con su largo pico, y se alza en seguida conduciendo una presa. Durante las siestas, cuando se incendian las lomas con los chorros de fuego del sol de estío, van los mansos rocines a dormitar a la fresca sombra de los árboles; y para que nada falte, y haya siempre manifestaciones de vida en aquel maravilloso paraje, de noche, cuando la luz se apaga y los pájaros enmudecen, encienden las luciérnagas sus diminutos fanales y entonan las ranas sus monótonas canturrias.

La senda ancha y trillada que en línea recta conduce a la vera del arroyo, se bifurca allí. De las dos que resultan, la más angosta se interna en la arboleda, y la otra costea el monte, hacia arriba, y muere en remedo de playa: todas las mañanas y todas las tardes, un muchachuelo, cabalgando en un "petizo bichoco", lleva a la cincha, por ese sendero, la rastra con el barril para el agua del consumo diario. La otra intérnase en el monte, y tras muchos giros caprichosos, llega también al borde del arroyo, donde hay un claro pequeño que accidentalmente es pesquero de mojarras, y más de continuo, lavadero de la gente de los ranchos.

Una mañana de diciembre, inmensamente cálida, una joven, en cuclillas junto al agua, refregaba con tesón unas piezas de ropa La falda de percal, levantada y sujeta entre ambas rodillas, dejaba al descubierto unas pantorrillas rollizas desde el tobillo; y las mangas alzadas de la bata, ponían de manifiesto dos brazos torneados y cubiertos de piel morena y brillante. De tiempo en tiempo la joven cesaba de refregar, sacudía sus manos regordetas para escurrir el agua, y se las pasaba por la frente a fin de quitar

el sudor o volver a su sitio alguna greña rebelde de su bravía cabellera. Un par de horas transcurrieron, y ya enjuagada la ropa, la niña se puso de pie, hizo un lío con todas las piezas lavadas y se escurrió con rapidez por el sendero hasta llegar a un playo, un "potrerito" alfombrado de grama y bañado de sol. Extendió en el suelo las diversas ropas, cantando bajito unas coplas maliciosas.

Después quedóse un momento indecisa; y luego, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la cabeza inclinada sobre el pecho, en actitud meditabunda, se fue hacia el fondo del potrerito, andando despacio, y pegando con la punta del pie, —un pie pequeño y gordo encerrado en alpargatas floreadas,— a las ramas secas que encontraba a su paso. Cuando llegó a la arboleda, arrancó una gran flor de ceibo, que puso entre sus labios, tan rojos como la flor, y recostándose en el tronco del árbol, detúvose a mirar hacia el boscaje con la insistencia de quien espera a alguien. A poco oyóse un crujir de ramas, y un hombre apareció en el playo.

Era el que llegaba un mocetón fornido, de tez morena, de rostro simpático y hasta bello, a pesar de la nariz larga y corva, de la boca grande y carnosa y de la escasa barba negra que crecía sin cultivo. Vestía bombacha de dril blanco, muy almidonada, y calzaba alpargatas floreadas; no llevaba saco, ni blusa, ni chaleco: sólo una camisa de color, recién puesta y tan almidonada como la bombacha. Iba con el sombrero en la mano, sujeto del barboquejo, a manera de canasta, pues lo había llenado de hermosos frutos de ñangapiré. En la mano izquierda tenía un gran ramo de margaritas blancas.

Ya cerca de la joven, tendió torpemente el brazo, y mirándola con ternura,

—Tomá, — le dijo; y le entregó el ramo.

Ella lo cogió sonriendo, y oliéndolo con fruición,

—¡Qué ricas! — exclamó; — gracias.

Y después, mirando el sombrero,

—¿Qué trais ahí? — preguntó; y sin darle tiempo para contestar, metió la mano traviesa.

—¡Pitangas! — dijo alborozada, y tomó un puñado que llevó a la boca.

Mascando las frutas menudas, y riendo,

—¡Qué lindas son! — decía; — ¿dónde las ajuntastes?...

El mocetón, con el labio péndulo y la mirada embobada de los enamorados tímidos, la contemplaba embelesado, sin atinar a pronunciar palabra. Tenía la cabeza inclinada sobre el lado derecho, y las hebras del negro cabello lacio, mojado en el baño reciente, caían formando banda sobre el ojo derecho, que casi se ocultaba.

—¿No me das esa flor? — dijo de pronto, refiriéndose a la de ceibo que la niña había dejado en el suelo; e hizo ademán de cogerla.

—¡Esa no! — contestó con viveza, — ¡es muy ordinaria!... Tomá ésta... — y le ofreció un clavel blanco que llevaba en el pelo. El la tomó con ternura y la puso en la boca, suspirando y abrazándola con la mirada.

—¿De verdá, Clota, me querés? — murmuró.

Ella lo miró un momento, seria, pensativa, dando a su linda cara morena un aspecto severo, y al ver el aire triste del mozo, el dolor que se pintaba en su semblante, lanzó una carcajada fresca y sonora, que

llenó el bosquecillo de ceibos, y le tiró al rostro los pétalos de la flor que había recogido y deshojado.

—¡Qué cara de ternero enfermo tenés! — le dijo; y siguió riendo, mientras el gauchito, devorándola con los ojos y pasado el susto, reía también rebosando de alegría.

II

Clotilde, — Clota por diminutivo, — era la menor de las tres hijas de Jacinto Ramos, el puestero del Ceibal en la estancia de Martínez; y Patricio Suárez, el mozo que encontramos en el bosquecillos de ceibos, era un gauchito trabajador y sin vicios, que, iba ya para un año, no podía pasarse una semana sin visitar al puestero y contemplar a la chica, que le tenía alelado. Clota contaba dieciocho años y era todo un temperamento criollo, con algunas gotas de sangre negra que le bronceaban la piel y le encendían pasiones tan ardientes como el sol de mediodía en aquellas lomas desiertas. Su cuerpo pequeño, con amplias caderas, su abultado seno y no muy estrecha cintura, tenían la gracia nativa y la agreste esbeltez de las flores del campo. No era linda; su nariz, corta y gruesa, con ventanillas muy abiertas; la boca grande y pulposa, el mentón prominente y la frente estrecha y baja, acusaban su origen; pero aquellos inmensos ojos negros de mirada picaresca, aquellos dientes menudos por sobre los cuales saltaba continuamente la risa como las aguas del arroyo sobre la pequeña cascada de piedrecillas blancas, y aquella cabellera de negras mechas rebeldes, lucientes, rígidas y abundantes, — verdadera crin de potro indómito, — hacíanla atrayente y deseable; tanto más deseable, cuanto que era uno de esos caracteres altivos, voluntariosos, que obran

por impulsos pasionales y son inaccesibles a la convicción y al ruego. Ella no tuvo nunca ni las muñecas de trapo ni los negritos de loza con que jugaban sus hermanas. Sus gustos eran correr por el campo apedreando cachilas, descuartizando lagartijas y mostrando el puño a los teruteros, a quienes odiaba porque se burlaban de ella volando y gritando sobre su cabeza. ¡Si hubiera podido agarrar uno!... En cambio se vengaba rompiéndoles los huevos o matándoles los pichones. Después de ausencias de varias horas, tornaba a los ranchos con la cabellera revuelta adornada con margaritas; y el vestido con más abrojos y rosetas que crin de yegua madrina en tropilla de baguales. Los días de lluvia eran sus días de holgorio, y sólo recurriendo al medio extremo de atarla de una pierna a una pata de la cama lograban tenerla bajo techo; mientras esto no sucedía, pasábase ella chapaleando barro, buscando charcos para removerlos con sus piececitos descalzos, y sapitos para destriparlos con sus manos traviesas. A medida que iba creciendo, acentuábanse sus instintos varoniles. Gustábale más cavar en la huerta, al rayo del sol, que tomar una aguja para recomponer la falda desgarrada en sus excursiones al monte y en su continuo trepar por los árboles. Montaba a caballo en pelo, sin reparar si la bestia era mansa o arisca; corría por los bañados, por las cuchillas, cuestas arriba y cuestas abajo, sin cuidarse de las rodadas que en más de una ocasión la dejaron por tierra magullada y dolorida, y a tal punto llegó su amor a la vida libre del hombre, que, ya crecida, propios y extraños la apellidaban *la machona*. Jamás se la veía jugar con sus hermanas, a quienes no buscaba sino para hacerles alguna diablura y reir luego, a pesar de los moquetes y lazazos

que le propinaban ellas y sus padres. Más dada era con sus dos hermanos, y, sobre todo, con Luciano Romero, un muchacho sin familia que había crecido en la casa y era el más ladino narrador de cuentos alegres, no hablando nunca sino en refranes, riendo siempre y siendo, cual ella, cruel en sus bromas y feroz en sus enojos. Este muchacho fue su camarada inseparable hasta hacía tres o cuatro años, época en que, a causa de una soba que le diera Jacinto, alzó el vuelo y no volvió a vérsele.

Un año antes de la fecha en que comienza este relato, hubo en casa de Jacinto Ramos grandes fiestas para solemnizar el buen resultado de la trilla, que, siendo la primera, auguraba al puestero proficuas ganancias para el futuro.

Se carneó una vaquillona con cuero; se mataron varios capones y no pocas gallinas; se llevaron tres damajuanas de vino; se invitó a las familias de las inmediaciones, y, después del gran almuerzo a la sombra de los ceibos, se bailó al compás de acordeones y guitarras, hasta la hora de cenar. Después de cenar, la fiesta continuó en el amplio patio, y el clarear del nuevo día oyó aún el chirrido de los acordeones y el son desafinado de las guitarras sin primas.

Entre los invitados estaba Patricio Suárez, el hijo de un puestero de la estancia vecina. Desde el principio bailó con Clota, sin que nadie se la disputara, porque los paisanitos la conocían ya, y quién más, quién menos, había recibido de la linda morocha, en contestación a sus requiebros, cuatro frescas que los dejó desconcertados y ariscos. Ella, que al fin era coqueta, se dejó llevar por aquel mocetón arrogante y fornido y tan tímido que apenas le hablaba, que apenas le tocaba la cintura con su mano grande y ca-

llosa, y que sólo a ratos y de una manera furtiva le dirigía una mirada.

Al siguiente día Clota se encontró pensativa. ¿Por qué Patricio no le había hablado de amores, no obstante mostrarse tan solícito y haber bailado con ella toda la noche?... Recordaba que varias veces, excitada por el baile, por la alegría de la fiesta, por los acordes de la música, e incomodada con el mutismo de su compañero, le había oprimido la mano, o le había rozado la cara con sus cabellos negros, o lo había mirado en los ojos con sus ojos de gata, y el mozo habíase puesto rojo como una flor de ceibo, y había inclinado la frente, mirando al suelo... ¿Sabía lo que contaban de ella, conocía sus brusquedades y sus caprichos y le tenía miedo?... Patricio era bueno, tenía fama de muy bueno, y, además, no era feo, aunque un poco desgarbado. A ella le gustaba... ¿Por qué no habría de tener novio y no habría de casarse?... Ya no era una chiquilla y hacíase necesario pensar en otra cosa que en apedrear pájaros y destripar lagartijas. ¡Quién la viera a ella dueña de casa, en un ranchito muy lindo con un patio bien lleno, bien lleno de tarros con margaritas y claveles!... Su madre y sus hermanas siempre le decían que iba a quedarse para vestir santos, porque ningún mozo se atrevería a cargar con una locuela... ¡Bah! ¡qué sabían ellas!...

Así, cavilosa, abstraída e inquieta, fue andando maquinalmente hacia su sitio favorito, el bosquecillo de ceibos.

Era temprano: la mayor parte de la gente dormía. El cielo estaba algo nubloso y la mañana fresca y agradable. Cuando Clota llegó al ceibal, llevaba las alpargatas completamente mojadas con el rocío. Poco

a poco se fue internando en el monte, arrancando ramas y deshojando flores con ademán distraído, hasta que, ya cerca del cauce del arroyo, le llamó la atención una gran planta de burucuyá que subía enroscada al tronco de un saúco, y de cuyas ramas flexibles pendían las grandes frutas anaranjadas. Quiso alcanzar una, pero estaban muy altas y púsose a hacer grandes esfuerzos por doblar la rama del saúco. Ya estaba impaciente y tenía rojo el rostro y se había olvidado de Patricio, cuando éste apareció cerca de ella. Volvióse sorprendida, y mirando al paisanito:

—¿Usted tampoco se acostó? — le dijo.

El, bajando la vista y adelantando lentamente,

—No, — contestó; — no tenía sueño.

—Sin embargo, después de bailar toda la noche...

—No tenía sueño.

Y alzó la mirada, fijándola cariñosa e interrogativa en la joven, la cual bajando la suya, exclamó para cambiar el giro de la conversación:

—Me hace rabiar ese biricuyá: no puedo agarrarlo.

El mozo, sin decir una palabra, trató de alcanzar la fruta: pero como no lo consiguiera, comenzó a trepar por el árbol.

—¡Se va a cair! — le gritó Clota.

Sin hacer caso de la advertencia, trepó y logró coger el mejor fruto, balanceándose sobre la rama débil; y cuando quiso descender, ésta se rompió, dando con el joven en tierra.

—¡No le dije, no le dije! — gritaba Clota riendo alegremente, mientras Patricio, muy colorado, se levantaba y le ofrecía la baya apetitosa.

Permanecieron un rato en silencio, y después, haciendo un esfuerzo, Patricio se atrevió a murmurar:

—Clota... ¿sabe?... yo...

Viendo que no continuaba,

—¿Qué? — preguntó ella.

El mozo, alzando la vista y mirándola con angustia, preguntó:

—¿Usted no tiene novio?...

Ella bajó la vista. Agitóse violentamente su exuberante seno, y contestó con voz dulce y emocionada:

—¡No!... y usted... ¿tiene novia?...

—Yo tampoco...

Luego, mirando al suelo y poniéndose encendido,

—Si usted quisiera... —balbuceó con voz muy tenue.

Clota clavó en él su ardiente mirada de criolla; sus labios, rojos como la sangre que brota del cuello del toro recién degollado, temblaron un instante, y luego, sin decir nada, se quitó nerviosamente la margarita que llevaba en el pecho, se la dio, y mientras el mozo embelesado la miraba sin articular una palabra, anudada la garganta por la emoción, dio media vuelta y echó a correr hacia las casas, dejándolo plantado, absorto, perplejo, dudando si aquello era una dulce realidad o una cruel travesura de la coqueta chicuela.

Estos amores, tan originalmente comenzados, continuaron del mismo modo. Patricio visitó con frecuencia el rancho del puestero y nunca le faltó un pretexto para ir al playo del bañadero, a fin de correrse desde allí por el monte hasta el bosquecillos de ceibos, donde estaba seguro de encontrar a Clota. Allí pasaban las horas hablando poco, cuando no hablaban de cosas indiferentes, y a medida que el tiempo transcurría se acrecentaba la pasión del mozo; ella, en cambio, sentía el espolonazo de un deseo indefinido, y muchas veces llegó a preguntarse si realmente quería a aquel

gauchito tímido que no sabía hacer vibrar ninguna cuerda de su ardiente temperamento. Parecíale que aquello no era bastante, que aquello no era amor, y si lo era, no valía gran cosa el amor, y sobre todo, no era alegre. Las conversaciones serias la fastidiaban, y por más empeño que ponía de su parte, concluyó por serle imposible permanecer un par de horas al lado de aquel hombre que conversaba poco, suspiraba mucho y no reía nunca. Sin embargo, llegó a pensar que las cosas serían así y que era forzoso conformarse; por lo cual permitió que Patricio la pidiera en matrimonio y visitase oficialmente en la casa. Cesaron las entrevistas en el bosquecillo de ceibos, que ya no tenía encantos para ella, y recibía a su futuro en las casas, donde se hablaba de todo, menos de amor. Sólo accidentalmente se encontraban en la arboleda, y ocurría a veces que ella, tornando a sus años bulliciosos, excitada por el perfume agreste de los árboles, mostrábase provocativa, voluptuosa, haciendo asomar a sus ojos negros y a sus mejillas morenas y a sus labios rojos, la fiebre devoradora que la ardiente juventud encendía en sus venas; un vapor calino oscurecía su alma, y al mandato imperioso del deseo, temblaban sus carnes mórbidas, y palabras entrecortadas pasaban silbando por sus labios secos; palabras ásperas unas veces, tiernas otras, pero siempre extrañas, incomprensibles para el mozo, como son incomprensibles para el oído torpe las notas incoherentes de una partitura genial. En ocasiones el instinto del macho lo impulsaba a besar aquella boca abrasadora, y cruzaban por su espíritu fugitivas tentaciones de arrojarse sobre la joven con ímpetus de toro y celebrar furiosa fiesta nupcial en lo sombrío del potril. Vio Clota más de una vez la llama que encendía momen-

táneamente el rostro de Patricio, y se agitó contenta y temerosa al mismo tiempo. Pero esa llama se apagaba en seguida: el gauchito adoraba a su prenda y temía equivocarse, temía perderla para siempre. Era preferible esperar el día, ya cercano, en que había de ser su esposa.

III

Llegó de nuevo la estación de la siega, y de nuevo se prepararon grandes fiestas para después de la trilla.

En los ranchos nada había cambiado. El año transcurrido sólo había ennegrecido un poco más la paja del techo y había dado unas ramas más al corpulento ombú que adornaba el patio.

La fiesta fue igual y tan alegre como la del año anterior, y si algunos de los invitados de entonces faltaban, en cambio había llegado ese día un forastero que alegró a toda la reunión. Era Luciano Romero, quien tras varios años de ausencia, volvía al pago, alegre y decidor como antes, pero hecho un hombre, un mozo gallardo, cuyo cuerpo airoso se movía con donaire. Clota fue quizá quien más se alegró de verlo, pues nunca había olvidado del todo a su compañero de travesuras. Mirándolo mucho, como para cerciorarse de que aquel apuesto mancebo era el mismo muchacho harapiento que jugaba con ella en otro tiempo, le preguntó con interés:

—¿Por dónde has andao, cachafás?...

—Por todos laos, como bola sin manija... Vos sabés que yo soy como la taba del chancho, que no se clava...

—¡Andá, bobo! —exclamó ella riendo de buena gana; — ¡siempre sos el mismo!

—¡Dejuro! el zorro cambia de pelo, no de mañas... Y vos, ¿sabés que estás grandota, china?... ¡y lindaza! ¡Bien haya la madre que te echó al mundo!...

Clota se hacía la enojada; pero en realidad nunca estuvo tan contenta, y buscaba a Luciano con insistencia para oirle contar historias y hacer mordaces críticas de los asistentes, en su pintoresco lenguaje.

—Che, — decía el mozo, — ¿quién es aquella ñandusa que está al lao de doña Benita? — Y sin darle tiempo para contestar, agregaba:

—¡Linda pa hacerle casorio con el ñato Domingo!

—¡Salí con ese bicho!

—¿Y d'iai?... ¡Pal qui'anda con el freno en la mano no hay caballo flaco!

Patricio, que había estado asando un costillar, se acercó muy triste; y Luciano, que era antiguo camarada suyo, lo miró, se rió, y volviéndose a Clota:

—¿No te parece, — dijo, — que éste también sirve pa casarlo con la ñandusa?... ¡Sería una buena yunta!...

Patricio, muy serio y muy triste por ver reir a Clota, no dijo nada; y el otro, afectuosamente,

—¡Pero sentate, hermano! — exclamó; — no te vas a refriar, porque te asiguro que aquí hace más calor que al lao del fogón.

Y miró picarescamente a Clota, quien poniéndose colorada,

—¡Zafao! — dijo, y tornóse seria.

—Voy a ver los asaos, — contestó con pena el mozo, y se alejó sin que su novia hiciera nada por detenerlo.

Cuando llegó la hora de almorzar, todos formaron rueda, teniendo los asadores por centro. Se sirvió

cada uno su parte, y mientras Luciano, supremo egoísta, comía callado, Clota hacía esfuerzos por cortar con un mal cuchillo un peor trozo de carne. En eso acercóse Patricio llevando en la mano un pedazo de *picana*, gordo y primorosamente asado.

—Tomá, —dijo, ofreciéndoselo a la joven;— lo hice pa vos.

Y en seguida, sacando su cuchillo de mango de plata, muy afilado, se lo alcanzó para que pudiera comer a gusto.

Ella lo miró con manifiesta ternura, y al verlo tan triste,

—¿Qué tenés? —le dijo;— ¿estás enojao?

—No.

—Sentate aquí, a mi lao.

—Tenés compaña ya...

—Sentate, ¡no seas bobo! —exclamó Clota; y cogiéndole de la bombacha, lo tiró con fuerza.

El almuerzo fue alegre. Patricio olvidó su resentimiento y volvió a considerarse feliz al lado de su amada.

A la noche, una hermosa noche clara, alumbrada por espléndida luna, se dio comienzo al baile en el patio de la casa. Luciano tomó la guitarra y comenzó a tocar unas polcas que eran un continuo reir de las cuerdas, y unas danzas rebosantes de malicia. De cuando en cuando el guitarrero cambiaba el compás, y mientras las parejas deteníanse confusas, él poblaba el aire con los arpegios dolientes de un estilo y entonaba con la voz fresca y dulce del trovador gaucho, alguna décima amorosa que casi siempre concluía con una chuscada.

Clota bailaba con su novio, el cual, siempre serio, muy tieso, muy grave, la miraba sin hablarla. La gui-

tarra preludió una habanera y empezaron a balancearse las parejas en movimiento suave y pausado al son de aquellas notas dormidas, tiernas como un arrullo y a veces apagadas por el zapateo de los bailarines. De pronto, un rasgueo rápido rompió el compás, y sin transición vibraron las bordonas y cantó la prima un cielo de pericón. Dio principio el baile nacional, pero eran pocos los que lo sabían y confundíanse a cada momento en las figuras. Entonces Luciano pasó la guitarra a otro mozo, se levantó de su asiento y, dirigiéndose a Patricio,

—Hermano, —le dijo,— empréstame tu compañera: les voy a enseñar cómo se baila el baile de mi tierra.

Púsose él a dirigir con frases llenas de malicia, que arrancaban generales carcajadas, y daba el ejemplo de donaire en sus vueltas graciosas, acompañado por Clota. De ellos podía decirse con Roxlo:

"La pareja se cimbra
dulce y bizarra,
al compás armonioso
de la guitarra..."

Clota estaba entusiasmada. La embargaba inmenso placer al sentirse fuertemente oprimida por el mozo que, de cuando en cuando y con aire de descuido, le rozaba las piernas con las suyas o le quemaba el rostro con su aliento.

Concluido el pericón, Luciano entregó su compañera al amigo y volvió a tomar la guitarra. Patricio siguió toda la noche al lado de su moza; pero estaba triste y contrariado: los celos que le mortificaron por la mañana, siguieron su curso, aumentando el caudal. Inútil era que luchara: la ponzoña lo roía, estaba en

la sangre, corría por todos los órganos, y no había medio de arrancarla.

Al día siguiente, como en el año anterior, se fue al arroyo, en vez de acostarse: se bañó, y, como entonces, llegóse hasta el bosquecillo de ceibos, esperando encontrar a Clota. Pero la linda morocha dormía esta vez soñando con florescencias primaverales.

Esa tarde Patricio ensilló y se despidió de la familia. Estaba tranquilo y nada revelaba en él la herida que escondía en el alma. Clota lo encontró como siempre, serio, pero no agresivo, ostentando el aire taciturno que le era habitual.

Montó con destreza, y se alejó a trote pausado, sin volver la cabeza una sola vez; y cuando llegó a un bajío bastante hondo para ocultarlo a las miradas de las gentes del rancho, bajó del caballo, y con las riendas en la mano, púsose en cuchillas y armó un cigarrillo, permaneciendo largo rato abismado en dolorosas meditaciones. Ya anochecía cuando tornó a cabalgar sin prisa, con rumbo a sus pagos.

Transcurrieron tres semanas sin que Patricio apareciera por la casa de su novia, y un domingo llegóse con el corazón oprimido y el aspecto más sombrío que de costumbre. Todos le mostraron afecto, Clota más que nadie, y le riñeron cariñosamente porque, habiendo estado enfermo, no les hubiera avisado; pues a pesar de sus protestas, nadie dudaba de que había estado enfermo. El rostro pálido y demacrado lo denunciaba y, más que nada, su prolongada ausencia, que ellos no se explicaban por la razón de múltiples tareas que alegaba el mozo. Clota no pensó

ni un solo instante en que pudieran ser los celos la causa de la demora en visitarla; y, muy contenta de volverlo a ver, reía y bromeaba en tanto acarreaba ella misma el mate amargo para su novio, en una "galleta" negra, bien curada, que él le había regalado, y que sólo cuando él iba salía del baúl de la dueña. A tanto llegó la afectuosidad de Clota, que Patricio no se atrevió a formular una queja, ni a aventurar una pregunta. Sus dudas empezaron a disiparse, y en su alma, entenebrecida por los celos, volvió a irradiar el sol del contento.

Cuando al día siguiente partió para su casa, llevaba en el corazón toda la luz que el sol de las siestas derrama sobre las lomas. Ya no abrigaba dudas; de sus averiguaciones resultó que había sido un insensato. Luciano Romero había estado dos o tres veces en el puesto del Ceibal, pero simplemente de paso, sin pernoctar allí, y nadie vio que requebrara a Clota, ni que ésta le mostrara otra afición que el gusto de escuchar sus historietas, siempre divertidas con su fondo picaresco y coloreado. Por otra parte, él sabía a qué atenerse, y no se le ocultaba el desagrado con que le miraba don Jacinto, para quien aquel mozo peripuesto y decidor era siempre el muchacho haragán, barullento y pendenciero que hubo de arrojar de su casa a golpes de lazo. No olvidaba Luciano este incidente, y si no había buscado la venganza era por temor y no por falta de deseos. No sería de extrañar que ambicionara a Clota, como la ambicionaban muchos, sin atreverse a probar fortuna, por las razones expuestas, y porque él tenía en ese tiempo otras preocupaciones más intensas. La pasión del juego lo absorbía por completo y la buena suerte acrecentaba su fiebre.

Pasaron varios meses sin el menor incidente en los amoríos de Patricio y Clota. Aquél iba, como antes, todos los domingos a casa de su novia y se preocupaba seriamente con la próxima boda. Su patrón le había dado un puesto y él mismo había trabajado con ahinco en la construcción de su vivienda, arrancando terrón, cortando paja y labrando horcones y cumbreras.

Clota, si no sentía gran entusiasmo con la seguridad del matrimonio próximo, tampoco le contrariaba y esperaba tranquila, dejando correr el tiempo indiferente.

Llegó el invierno. Un domingo muy temprano, salió Patricio de su casa, con rumbo a la de su novia. Había llovido mucho y aquellos terrenos bajos estaban blandos y llenos de agua. Cerca ya de los ranchos del puestero, el caballo de Patricio rodó y él fue a caer a gran distancia.

Tuvo la suerte de no hacerse daño, pero se levantó espantosamente enlodado, y no queriendo presentarse de ese modo ante su novia, costeó el arroyuelo, y, penetrando por el playo del bañadero, se lavó cuidadosamente las manos y la cara.

Iba a retirarse en momentos que oyó risas y voces que partían del bosquecillo de ceibos; una de aquellas voces era de Clota. ¿Qué hacía? ¿con quién reía?... Golpeóle el corazón con fuerza, y tras unos instante de indecisión, se internó en la maleza, agachado, sigiloso, apartando las ramas con cautela. De cuando en cuando se detenía para escuchar, ansioso, agitado, casi febril. Oía a veces la voz de Clota, apagada, tenue, sin que pudiera comprender las palabras; y por momentos, una voz de hombre que un presentimiento le hacía reconocer.

No se equivocaba: allí estaban Clota y Luciano. El la había encontrado allí y empezó por hacerla reir con historias picantes, y, de atrevimiento en atrevimiento, había concluído por enardecerla y arrojarla sobre el colchón de grama, sin que ella, abrasada por el deseo, opusiera resistencia.

Con los ojos fuera de las órbitas, la mirada extraviada, la frente cubierta de sudor, Patricio apareció en el claro del bosquecillo oprimiendo en la diestra la daga desnuda.

En un segundo pasó por la mente del mozo un tropel de ideas extrañas. Vio a Clota, a aquella mujer que él amaba con delirio, tendida sobre la yerba, con las ropas en desorden, y al contemplar aquellas desnudeces, la sangre se agolpó en su cabeza y la indignación pasó por su espíritu como las rachas del pampero en las cuchillas. Escaso de inteligencia, tímido e inexperto, sentía rebelarse su honestidad innata ante la traición y la bajeza de su novia, sin investigar las causas.

Al reconstruir el pasado y comprender que había sido un juguete, que se había explotado su bondad y su confianza, la ira le cegaba y la sangre ardiendo le gritaba: ¡mata! Y sin embargo permanecía quieto, tan arraigado al suelo como el ceibo en que apoyaba su mano izquierda rasgando la corteza con las uñas. Las ideas iban y venían dentro de su cerebro como el volante de una máquina de vapor cuyos puntos se sustituyen a la vista con tal celeridad que nos impide darnos cuenta de su forma. Se imaginó desaparecida, perdida en la gran nada de la muerte a aquella mujer a quien se había acostumbrado a mirar como cosa propia y perdurable; la vio como la había soñado tantas veces, cantando alegre en el lindo ran-

cho, en medio de sus chicuelos; recordó los momentos de inefable dicha pasados a su lado, la misteriosa satisfacción que experimentaba hallándose junto a ella, aun cuando no la hablara una palabra, y su alma se ablandó, cedió su encono y, sin darse cuenta, retrocedió bruscamente.

El ruido que produjeron las ramas hizo volver la cabeza a Luciano. Los dos hombres se miraron cara a cara: uno con mirada de asombro y de miedo, el otro con mirada de odio y de pena.

Luciano lo había visto; ¡ella también! El vértigo volvió a oscurecer su cerebro, y apartando las ramas con manotones furiosos, se lanzó al playo, iracundo y terrible.

Lo demás fue un relámpago.

Luciano retrocedió atónito y Clota intentó levantarse; pero él de un zarpazo feroz la cogió de la revuelta cabellera y respondió con una mirada de rencor infinito y de desprecio sin límites a la mirada angustiosa que ella le dirigió implorando misericordia; y dando un rugido sordo, que tenía más de bestial que de humano, hundió repetidas veces la daga en el pecho y en el vientre de la joven.

La infeliz cayó bañada en sangre y estuvo un corto rato agitándose en terribles convulsiones.

Cuando quedó exánime, tendida boca arriba sobre el colchón de grama y hojas secas, el gaucho contempló tranquilamente aquel hermoso rostro pálido, aquella boca entreabierta, aquellos grandes y anchos ojos negros. Después levantó la mirada y la fijó dura y amenazante en su rival, quien durante esta corta escena había permanecido quieto, enmudecido por el terror. Al ver la actitud de Patricio, no dudó Luciano que le había llegado su turno, que la venganza se ce-

baría en él con encarnizamiento, con saña, con la crueldad del felino enfurecido. El instinto de conservación movíólo a la defensa: y casi sin darse cuenta de lo que hacía, echó mano a la pistola que llevaba en la cintura.

Patricio lo detuvo con un ademán brusco, diciéndole al propio tiempo con voz ronca y entonación altanera e imperativa:

—¡Guardá no más tus armas!... Con vos no tengo nada.

Pálido, temblando, sin lograr explicarse aquella inesperada magnanimidad, Luciano tartamudeó:

—¿Por qué a ella y no a mí?...

—¿A vos, por qué? — preguntó Patricio.

Después, en un segundo de suprema cólera, fulgurando los ojos, agregó con el inmenso desdén del varón fuerte que puede herir y no quiere, que puede matar y perdona:

—¡Desgraciado el cojudo que ve yeguas y no relincha!

Y luego, mientras su rival quedaba como petrificado junto a un ceibo, él arrojó la daga, dio media vuelta, y se alejó lentamente, tranquilamente, soberbio, altivo, doblando las ramas con su pecho robusto.

¡POR LA CAUSA!...

I

Llegóse al gran galpón y desmontó sin atender a los perros que ladraron un momento y callaron enseguida al olfatearlo y reconocerlo como hombre de la casa. Con toda calma y con la prolijidad de quien no tiene prisa, quitó la sobrecincha, luego los cojinillos, que dobló por el medio, con la lana para adentro, y los puso con cuidado sobre el barril del agua. De seguida quitó la cincha, el "basto", las caronas y el sudadero, y agrupándolo todo con cuidado, formó un lío que fue a depositar en un rincón sobre unas pilas de cueros vacunos.

Con una daga de mango de plata labrada y larga hoja afilada, refregó los lomos sudorosos de su cabalgadura, levantando el pelo, para que refrescaran.

Todo esto fue hecho en el mayor silencio. Al ladrido de los perros, un hombre había asomado las narices por la puerta de la cocina, y una vez enterado de quién era el visitante, hizo más o menos lo que habían hecho los perros momentos antes.

El forastero no se inquietó ni poco ni mucho con aquel recibimiento, al cual parecía estar acostumbrado, y tomando su caballo por el cabestro, lo llevó hasta un potrerito distante pocos metros de allí y que él sabía rico en pasturas y sobrado en acequias.

Cuando regresó jugando con el rebenque plateado, — sujeto a la muñeca por una cinta celeste, bastante

descolorida, — el dueño de la casa lo esperaba en el galpón.

Se estrecharon la mano en silencio, serios, fríos, y ceremoniosos los dos.

—Vamos p'adentro, — había dicho secamente el dueño de casa; y ambos echaron a andar hacia las habitaciones.

La Estancia, aparte de los galpones y una serie de ranchos que constituían la cocina, la despensa, la "troja" y las piezas de los peones, era un largo edificio de sólidos muros de piedra y rojo techo de tejas.

Los dos hombres penetraron en una salita que hacía oficio de comedor, y en la cual tres largos escaños de pino blanco sin pintar suplían a las sillas. Todo demostraba gran prolijidad y aseo, incluso el piso de tierra de *cupy,* recientemente regado y barrido con escoba de carqueja.

Hallábanse allí la esposa del patrón, una hermana de ésta y la "piona", china ya entrada en años y bastante arruinada en el diario y penoso trajín de su oficio.

El forastero tendió la mano a cada una de las mujeres, repitiendo tres veces y con igual tono:

—¿Cómo está?... ¿cómo está?... ¿cómo está?...

Lo que fue contestado con otros tres:

—Bien, gracias, ¿y usted?... bien, gracias, ¿y usted?... bien, gracias, ¿y usted?...

Después de lo cual se sentaron: las mujeres en los escaños; el recién llegado en amplio y tosco sitial con asiento de cuero peludo, — la silla de la "patrona".

El estanciero ordenó a la sirvienta que cebara un mate dulce, y en seguida se sentó en un escaño, frente al forastero, cruzando la pierna "en número cuatro" y sosteniendo el pie con ambas manos.

—¿Qué vientos lo han traído por acá? — preguntó el patrón, dando a la frase una cierta entonación irónica, que el otro pareció no percibir, porque se contentó con exclamar con indiferencia:

—Caminando.

Llegó el mate dulce, — porque el forastero era *hombre delicado* y no tomaba amargo, — y la conversación giró sobre vacas flacas y caballos gordos, sequías probables y carreras próximas.

Notábase sin gran esfuerzo que la conversación no gustaba ni divertía a ninguno.

Las mujeres, cansadas de tomar mate dulce "por hacer compaña" al intruso, hallaron modo de escurrir el bulto, una después de la otra, y así que los hombres se quedaron solos, el forastero se preparó como para hablar de importantes y delicados asuntos.

El dueño de casa le allanó el camino al preguntarle:

—¿Qué se habla de elesiones por allá?

—Bastante, — dijo el otro; — bastante: esta vez es de a deberas.

—No compriendo.

—Bueno, para eso he venido; porque, ¿sabe?, estamos trabajando firme, ¿sabe?; y de esta hecha, o la ganamos o nos lleva el diablo, ¿sabe?

—Yo creo más siguro que nos lleve el diablo. Convénsase, amigo, no da el potrillo pa botas.

—Yo compriendo que usted no crea: ¡las cosas han ido tan mal!... Pero, ¿sabe? ahora es otra cosa, ¿sabe?, porque contamos con la ayuda de los de arriba, ¿sabe?

—¡Pa jeringarnos, como siempre!...

El forastero sonrió con aire compasivo, en tanto el dueño de casa sacaba del bolsillo del chaleco un trozo

de tabaco en rama y lo picaba sobre el dedo. Lió dos cigarrillos y ofreció uno al visitante.

—Gracias: yo pito blanco, — dijo éste; y a su vez extrajo del bolsillo de la bombacha un paquetito de tabaco caporal brasilero. Usaba yesquero, una calabacita con aro y tapa de plata. Golpeó el pedernal, encendió la yesca, sopló para avivar la combustión, y mientras encendía el cigarrillo, cerrando un ojo,

—¡Es a la fija! —exclamó.— El capitán Nicanor García trabaja en la Sexta y ya tiene visto todo el vecindario; en la Cuarta está don Marcelino González, hombre patriota y ativo; dispués están Santos Téliz, Secundino Benítez, Martín Pedragosa, y, en fin, ¡la mar!... Hombres todos, ¿sabe?, que, ¿sabe?, trabajan, ¿sabe?

Prosiguió el forastero ponderando las probabilidades de éxito, citando nombres, descubriendo a medias secretos electorales y supliendo con guiños, con muecas y con *sabes* lo que se reservaba para decir más tarde.

El ganadero escuchaba serio, los ojos medio cerrados, dibujada en el rostro una casi imperceptible expresión burlesca, bostezando a menudo con marcadas muestras de fastidio.

La "patrona" entró anunciando que el almuerzo estaba pronto, y esto hizo suspender la plática.

II

Don Lucas Cabrera, el dueño de la estancia, era hombre entrado en años, que ocultaba entre su cabellera crespa y larga y su abundante barba negra salpicada de escasos hilos blancos, setenta otoños bien cumplidos. No mostraba su edad y era como esos

guayabos seculares que tienen podrido el corazón y amenazan ruina, en tanto que la corteza se conservaba verde y llena de vida. Fue soldado en la Guerra Grande, con Oribe; oficial el 64, en la campaña contra Flores, y jefe el 71, en la revolución de Aparicio. En la primera patriada perdió toda la hacienda que le habían dejado sus padres; en la segunda vendió la mitad del campo para armar y equipar su compañía; en la última perdió la otra mitad y ganó dos lanzazos y el grado honorífico de teniente coronel. Desde entonces se dedicó al trabajo, y al cabo de muchos años, — durante los cuales fue tropero y capataz de su antigua estancia, — llegó a adquirir media suerte de campo con mucha piedra y poco pasto. Su ganado tambero fue procreando, las ovejas produjeron onzas de oro con su vellón, y al finalizar tres lustros de labor ruda y economía extrema, allí estaban dos suertes de campo, cuatro mil reses, tres mil ovejas y cuatro tropillas de caballos buenos y malos para repartir entre los diez hijos que "Dios y su mujer", — decía él, — le habían dado. No sabía leer ni escribir, aunque sí contar las "tarjas" en hierras y apartes. Sus más grandes placeres fueron siempre una carrera importante, un asado gordo o una siesta tranquila. Conservaba el amor al partido y el respeto a sus hombres, — los dioses penates, que adoraba adornados con cintas celestes: Oribe el dios, Aparicio su profeta. — Pero la adversidad había quebrado sus energías y se entusiasmaba con la leyenda sin creer en el futuro, con esa tenacidad de los viejos que, viviendo cubiertos con la caparazón del pasado, no esperan ni confían en las generaciones que les suceden. Sin comprender que es imposible hacer lo que ellos hicieron antaño, achacan a voluntario achicamiento de los hombres, lo que es

evolución fatal de las cosas. Partido que vive en la llanura proscripto y vejado y no va a la lucha, y no se alza en armas contra el bando prepotente, no es partido, — pensaba. La divisa sin las cuchillas era un trapo sin objeto. Antes se peleaba y hoy se discute: ¡las elecciones reemplazan a la guerra, las balotas a las lanzas, la intriga al valor!... ¡Qué tiempos aquéllos!... ¡Bastarrica, el león cantábrico de arengas extrañas y de valor de fiera, buscando siempre jefes enemigos para "darse un cotejo"; Aparicio, la lanza invencible, el huracán, el fantástico luchador de la leyenda; Medina, la vieja reliquia de la era de la epopeya!... ¡Qué tiempos aquéllos!... ¡Hasta las chinas peleaban!... Y el ganadero sacudía con rabia la espesa melena, recordando con dolor la gloriosa espada del héroe de Ituzaingó y la lanza inclemente del iracundo vencedor de Severino... ¡Qué tiempos aquéllos!... La bota de potro, la espuela nazarena, la tacuara, la vincha, un flete bravío, la divisa, los caudillos y... ¡a morir!... ¡Qué tiempos aquéllos!... Hoy los gauchos usan pantalón y son blandos como madera de ceibo, y no piensan más que en comisariatos, a los cuales se pegan como pedazo de pulpa espumosa arrojada contra la pared de un rancho!... Intrigas, bajezas, chismes; mucha charla, muchas compadradas... ¡lindo tiempo! ¡Lindos gauchos que no saben domar un potro, ni enlazar un novillo, ni reñir con una policía, ni robar una china, y usan pañuelos de golilla por lujo y revólver niquelado para vista!... ¡Elecciones!... ¿para qué? ¿para que las gane el gobierno y se ría de los zonzos que gritan y hacen reuniones y gastan plata inútilmente?... Y si acaso alguna vez se vence, ¿qué obtiene el vecindario? ¡Nada!... los que ganan son los políticos, los doctores.

¡Así va el partido en manos de los políticos! ¡Así va la patria en manos de los doctores!

Este era don Lucas Cabrera.

Su visitante era hombre de otra época, de otra escuela y de otro temple. Era el gaucho transformado en personaje político en el transcurso de unos pocos años. Toda su persona acusaba esta transformación más superficial que profunda.

Su físico era agradable. De regular estatura, bien formado, aunque con las piernas algo abiertas; la cabeza pequeña y el pelo negro muy corto; la faz morena, la frente estrecha y muy pobladas las cejas; ojos grandes, redondos, con poca expresión; bigote y pera napoleónicos, bastante cuidados. Usaba saco negro, bombacha de merino del mismo color, sombrero calabrés y botas charoladas, sin brillo ya a causa del mucho uso. En el cuello llevaba de golilla un pañuelo de seda blanco, — que pregonaba excesos de lavados y de servicios; — y en el dedo índice de la mano derecha, — una mano morena, pero no grande, y cuidada, — un grueso anillo de oro con una gran piedra lila; en el meñique de la izquierda, un arito de oro y un anillo de cola de lagarto. Con frecuencia llevaba la mano a la cadena de pelo con virolas de oro, que sujetaba un reloj de plata muy viejo y muy gastado.

Este hombre se llamaba Celestino Rojas: era conocido en todo el departamento y se sabía su historia por las frecuentes narraciones que él mismo hacía de sus proezas. Muy joven se había alistado en el ejército revolucionario del general Aparicio, haciendo toda la campaña y encontrándose en todas las acciones memorables. Habíase hallado en las cargas heroicas de Severino y Corralito; asistió a la triste jornada de Manantiales, después de haberse estrellado

contra los infantes de hierro del general Suárez en el Sauce. Y como él servía, ya en el ejército, ya en las partidas, y no se preocupaba de cometer anacronismos al narrar sus aventuras, resultaba que el 28 de febrero, sirviendo con Puentes y Salvañach, derrotaba a Fidelis en Cuñapirú, y el 6 de enero llegaba con Muniz a las puertas de Montevideo, y así seguía combatiendo con Pintos Báez, con Bastarrica, con Moreno, con Benítez o con Mena, en todas partes y en toda época.

Había sido, — siempre según él, — capitán de lanceros, y nadie le llamaba sino "el capitán Rojas", — cosa que le disgustaba, pues tenía méritos sobrados para que le ascendieran y fundadas esperanzas de calzar la efectividad de sargento mayor. Y, — bien seguro, — o jefe o nada: un kepis con dos galones, y aun con tres, haría una ridícula figura sobre su cabeza, que empezaba a encanecer; no tanto, decía, por influjo de los años, como por la acción destructora de las perrerías sufridas en la vida de campamento, en sus innumerables servicios prestados a la causa.

Durante mucho tiempo, su gran ambición fue lograr un comisariato, — el afán de todo gaucho sin hábitos de trabajo; — pero al presente le parecía exigua recompensa a sus desvelos. Inspector de Policías, quizá; aunque su sueño era la Jefatura Política. ¿Por qué no había de calzarla?... Iban ya transcurridos más de diez años de miseria, soportados con altivez de varón de nervio; porque durante ese período tan prolongado como amargo, él supo siempre conservarse en su puesto, pasando necesidades a menudo y hambre muchas veces, sin descender al trabajo, a la vil ocupación que vulgariza y que rebaja. En lucha con la pobreza, había observado mucho y había ad-

quirido la apariencia, si no el fondo, de un hombre superior, en medio de la general ignorancia de sus vecinos. Algunas libras esterlinas salidas no muy a gusto del bolsillo de *correligionarios* generosos, o una buena suerte en el juego, pagaban los pequeños gastos: comidas en la fonda a tres reales por día; la taza de café en el billar, que en ocasiones fiaba; el paquetito de caporal brasilero que costaba diez centésimos y solía durar una semana, y el pago de lavandera y planchadora, —una buena china que se contentaba con lo que se le diera y cuándo se le diera.— Si los recursos faltaban en absoluto, quedábale el expediente de ensillar caballo y salir a campaña, donde pasaba un mes, de estancia en estancia, de puesto en puesto, y de donde regresaba con dinero, mucho o poco, en animales o en especie.

Era indudable que en alguna época habían corrido mejores tiempos para él. Lo atestiguaban la tropilla de caballos, —de la cual conservaba la mitad, distribuida en campos de amigos,— y algunas prendas que fueron de valor. Su recado llamó la atención en carreras y reuniones; pero ya las encabezadas de plata ostentaban abundantes abolladuras; los grandes estribos de campana con una inicial de oro en medio, dos años hacía que habían desaparecido: ciento treinta y cinco pesos le habían costado y los vendió por cuarenta en instantes de apremio; las riendas y cabezadas con virolas y bombas de plata decían su edad, y los pellones cosidos en muchas partes demostraban la prolijidad del dueño y los años de uso.

Hombre afanado en ser práctico, aunque en realidad no lo era, Celestino Rojas hablaba poco y observaba mucho. De ese modo había logrado borrar su origen y ocultar su pasado. Del gaucho de maletas,

pingajoso y vagamundo, afecto a compadradas y rico en refranes, restaba muy poca cosa. Había adoptado una gravedad altiva de personaje político y usaba frases aprendidas de memoria y palabras misteriosas de gran efecto entre el gauchaje, leídas en los diarios u oídas al cura o al boticario del pueblo, españoles reacios con pujos literarios que hablaban por Cervantes, aplicando en todo los pasajes del *Quijote*, como sentencias bíblicas, infalibles e inapelables.

III

Era más de medio día cuando concluyó el almuerzo, durante el cual se había comido mucho y hablado poco, según el hábito de los paisanos. Las mujeres, sobre todo, no habían desplegado los labios sino para decirse algo al oído y con las precauciones de quien se encuentra en un velorio.

Retirado el servicio, el comedor volvió a adquirir aspecto de sala, y los dos hombres quedaron solos.

Rojas fue quien principió el diálogo, preguntando:

—¿Y sus hijos, que no veo ninguno?

—Están en las carreras.

—¿Y las carreras no eran para ayer?

—Sí, pero los muchachos dentraron en una "penca" con el potrillo malacara y sacaron un terno; pero entonces, como que ya era muy tarde, risolvieron dejar pa hoy la decisión.

—¡Ah! — exclamó Rojas, que deseaba abordar un punto importante y no encontraba el medio. Después de un momento preguntó, afectando indiferencia:

—¿Mi overo está en buenas carnes?

—Está en el potrero como una bola: naides le ha puesto las garras encima.

—Es que, ¿sabe?, —continuó el capitán,— ahora lo voy a precisar, ¿sabe?

—Cuando quiera.

—Tengo que andar de aquí para allá, ¿sabe?, pa estos trabajos. Yo vine hoy pa eso, ¿sabe?...

—¿Pa qué?

—Pa hablarle...

—¡Hable, pues!...

Otra vez hallóse Rojas indeciso; no encontraba manera de expresarse, no sabía cómo decirle a aquel hombre, — que odiaba la política y detestaba a los políticos,— que iba a buscarlo, que iba a solicitar su concurso para el trabajo eleccionario en que estaba comprometido. Al fin, olvidando galanuras, echando a un lado aquella ilustración que no le servía para nada en aquel momento, dejó hablar al gaucho y dijo brutalmente:

—Vengo a verlo pa que nos acompañe en las elesiones.

Don Lucas lo miró un rato con asombro, como quien no se da cuenta de lo que ha oído. Luego sacudió su cabeza y rió, rió largo tiempo, mirando con lástima al pobre capitán que se había tornado serio, casi hosco, completamente desconcertado: que sentía deseos de marcharse sin agregar una palabra; pero... y su reputación, ¿cómo quedaba después de haberse comprometido a arrastrar al ganadero, a aquel indiferente a quien nadie se habia aventurado a hablar en tal sentido?... Nicanor García rió de buena gana el día que él dijo que conseguiría a don Lucas; y el coronel Matos había guiñado un ojo, burlándose de su petulancia. No: no se iría sin conseguir su objeto, de una o de otra manera.

Tras un largo silencio, volvió a la carga.

—Usted no me ha entendido bien, amigo don Lucas, — dijo.

—¿Cómo es eso?... Pueda ser. Espliquesé, amigo, que los hombres hablando se entienden.

—Sí, no me ha entendido, porque yo no he querido decirle que usted tome parte en la cosa.

El viejo reía de nuevo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó.— Más bale ansina. Yo creiba que venía... en fin... Ya sabe que hablarme de eso es al ñudo. No me friegue más por ese lao, porque pa tramoyas y enriedos no me agarran ni a tiro de bola.

—Bueno. Yo sé bien que usted no cree en estas cosas que...

—¡Que apestan, amigo!

—Que nosotros vemos segura.

—¡La enocensia les valga!

—Como quiera. Usted no irá, pero sus hijos son...

—¡Hijos de tigre, overos han de ser!

El capitán, impacientado con las interrupciones del estanciero, se veía obligado a reprimir su enojo para no contestar con un desatino que echaría abajo todos sus planes.

—Pues amigo, yo creo que, en lugar de overos, debían ser blancos, — dijo afectando bromear.

—Me da gana de largarle una risada en la cara, amigo Rojas, —contestó el viejo; — hijos míos ¿no han de ser blancos?

—Pues por eso deben acompañarnos.

—¿Pero pa qué?

—Pa ir a escribirse.

—¡Sí, pa que dispués anden enredaos con la polecía y tuitos los días haigan cuestiones y lo traten a uno como a mancarrón ajeno! ¡Por buena liendre

que es el comesario y por poco arteros que son sus melicos!... Y todo, ¿pa qué?... ¡Pa servir de escalera a los manates de Montevideo, pa apadrinar a los dotores, que dispués ni siquiera se acuerdan del gaucho bobo que se jeringó por ellos!... ¡Es al cuete, amigo, es al cuete!...

El ganadero tenía razón, y Rojas lo comprendía; para el gaucho semibárbaro, maldita la ventaja que había en que fuera diputado fulano o mengano; y, en cambio, los inconvenientes de inmiscuirse en trabajos electorales eran muchos. Pero para el capitán y para otros muchos como él, que nada arriesgaban y podían obtener algo, la cuestión presentaba un cariz distinto.

Casi vencido, Rojas se decidió a emplear el último recurso.

—Bueno, —dijo; — no tengo nada más que decirle entonces, ¿sabe? Yo lo siento por el coronel, ¿sabe?, que va a agarrar un disgustaso.

—¿El coronel, por qué? — interrogó don Lucas cambiando de tono.

—Porque, ¿sabe?, el coronel estaba seguro de que usted lo acompañaría, y así lo garantió a los amigos, ¿sabe?...

El ganadero profesaba gran respeto y mayor cariño al coronel Matos, de manera que la frase de Rojas le produjo el efecto que éste esperaba. Después de tironearse nerviosamente la barba con la gran mano callosa y negra,

—¡El coronel no escarmienta! —gruñó.— Siempre lo mesmo, en balde ha llevao más golpes que besos le dio su madre.

El capitán, con aire zorruno, prosiguió:

—Ha convidao a todos los amigos pa una riunión en su estancia este domingo, y a la fija va a tomar a mal que usted no vaya.

—¡Pero él sabe que yo no voy! — gritó el viejo alzando los brazos con impaciencia.

—Ya sé, amigo; pero eso no sinifica nada.

—¿Cómo, nada?

—Dejuro: sus hijos pueden ir.

—¡Dale con mis hijos!... ¿Por si acaso mis hijos son terneros de teta, ni yo ando con ellos a los tientos?... Si ellos quieren dir, ¡que vayan!

—Si usted no los manda, es seguro que no van a ir, y aunque más no sea por complacer al coronel...

—¡Está bueno, amigo!... —murmuró don Lucas rendido y luego, como para tomar la revancha y hacer menos dolorosa la derrota:

—¡Pero yo no voy! —agregó.— ¡Yo no voy a dir, no voy a dir!... Digaseló al coronel, que yo no voy a dir, pa nada: ¿ha oido? ¡pa nada! ¡pa nada!...

Esa tarde el capitán Rojas ensilló su overo, que efectivamente estaba "como bola"; se despidió del dueño de casa y salió de la estancia contento, "haciendo bailar su flete", agitando el rebenque plateado y cantando entre dientes un aire de pericón.

Estaba satisfecho.

IV

En el dorso de una loma no tan extensa como empinada, se destacan sobre la superficie lisa, tapizada de verde, los ranchos negros que constituyen la estancia del coronel Manduca Matos. No hay más árboles que tres higueras escuálidas que jamás dan fruto y en pocas primaveras ostentan hojas. Unos ranchos

de adobe, bastante derruidos, y un galpón casi sin techo y con los horcones inclinados y carcomidos por los gusanos, constituían la morada del viejo jefe y acaudalado estanciero.

El coronel, siempre entregado a la política y a su partido, —al cual servía con singular desinterés,— no había tenido tiempo de preocuparse de sus bienes. Más de veinte años hacía que proyectaba construir un edificio importante, sin que el proyecto se viera ni tuviera probabilidades de verse realizado.

El día a que hacemos referencia, un domingo de agosto, exuberante de luz, la estancia presentaba un animado y curioso aspecto. Desde muy temprano habían empezado a llegar los invitados a la reunión, y otros que, no siendo invitados, no dejaban nunca de concurrir allí donde se podía comer bien y beber mejor, sin pagar nada.

Alrededor de las casas veíanse más de treinta caballos, atados a soga unos y maneados otros. En el galpón había otro grupo numeroso de los más haraganes, que no habían querido tomarse el trabajo de desensillar; y en los rincones, apilados, multitud de recados de todas clases, desde el "chapeao" recamado de plata, hasta el "recao de negro" de "basto sillón", carona rota y cojinillos de cuero de oveja, sin curtir. En medio del amplio patio, sembrado de pedregullo, se alzaba una enramada, construida a la ligera y techada con ramas de mataojo y chalchal. El vocerío incesante y el continuo ir y venir de los hombres daba a la estancia el aspecto de una gran lechiguana abandonada sobre la colina verde.

Adentro de la cocina y a su alrededor se habían agrupado las gentes de menor cuantía, mientras bajo la enramada platicaban seriamente las personas de

importancia, que eran pocas: el mayor Carranza, un indio viejo con el pelo y la barba teñidos de rojo, metidas las piernas entre unos pantalones muy estrechos, y los pies en unos botines de punta angosta que no le dejaban caminar; el capitán Nicanor García, gaucho inteligente y vivaracho, que también gastaba pantalón, calzaba botines de charol y llevaba sombrero duro, dándose humos porque era "teniente de línea" y había ocupado altos puestos públicos en el departamento; don Martín Pereyra, un viejo octogenario, muy obeso, y a quien se respetaba porque era estanciero rico y porque había servido con Oribe; Pedro Arragaray, un vasco pulpero, también viejo, pero fuerte como un toro, y para el cual, después de Dios, había tres dioses: Carlos V, Zumalacárregui y Bastarrica; un joven pálido, periodista epiléptico que redactaba en el pueblo un periódico de oposición furibunda; dos o tres estancieros más, uno que otro comerciante de las inmediaciones y varios oficiales de partido, con grado, pero sin despachos; después, en el patio, en el galpón, por todas partes, peones, troperos, "agregados" y puesteros endomingados, casi todos con chiripaes de merino negro, o de ponchos inservibles, dejando ver el calzoncillo muy almidonado y casi azul con el exceso de añil, y las alpargatas nuevas, floreadas. Junto al guardapatio, una docena de ciudadanos mataba el tiempo jugando a la taba por "rialitos", y un poco más lejos, bajo la pequeña higuera que vegetaba al lado de la puerta del rancho, varios mozos tañían la guitarra y cantaban décimas ora amorosas, ora patrióticas, mirándose, de cuando en cuando, las largas botas de charol recién estrenadas o los grandes pañuelos de seda, blancos o celestes, que llevaban al cuello. Más allá del guardapatio, en el pla-

yo de las carneadas, cuatro hogueras enormes, constantemente alimentadas, chamuscaban los asados con cuero: costillares, "picanas", "degolladuras", etc.

Nicanor García, haciendo de maestro de ceremonias, iba y venía, palmeando con afectada amabilidad a los que llegaban, preguntándoles por toda la familia, indicándoles el mejor sitio para atar los caballos y el paraje más a propósito para colocar los recados. Vigilaba los asados, daba consejos, no desdeñaba llegarse hasta la cocina y dirigir alguna frase cariñosa a las gentes menudas; se detenía un instante en la cancha de taba, aplaudiendo al que había echado una "clavada", y se iba presuroso por no sucumbir a la tentación de "agarrar el güeso", — goce que hubiera perjudicado a su reputación de hombre importante. De rato en rato acudía a la enramada para conversar con el coronel, para quien tenía siempre frases elogiosas y galanterías estudiadas.

—La cosa se prepara bien, coronel, — le dijo; y luego, trabajando *pro domo sua,* agregó:

—Mis muchachos han venido todos: ¡ninguno ha faltado!

Entonces el mayor Carranza, que se paseaba silencioso, encorvado su gran cuerpo de buey viejo, se acercó, y con voz gangosa, debida a los pólipos que habían dilatado enormemente la nariz, se atrevió a decir:

—Sí; pero el capitán Rojas no ha venido entuavía.

—La verdá, y es extraño, — agregó el jefe.

García, que odiaba a Rojas y se disputaba con él el predominio, sonrió maliciosamente y exclamó restregándose las manos:

—¡Estará en algún rancho tomando mate!

Y luego, con arrogancia, repitió:

—Mis muchachos han venido todos: ¡no ha faltado ninguno!...

Carranza, que no gustaba de enemistarse con nadie, salió en defensa del ausente:

—No, —dijo;— dejuro andará recolutando gente. El hombre está empeñao en el juego y ha de hacer tuito el posible... Yo digo; pueda que no... pero pa mi gusto el hombre ha trabajao... De una laya o de otra, el hombre ha hecho el posible... El hombre es güeno... el hombre es compañero derecho... No se duebla... Aurita no más ha de cair... Yo digo...

Y se sonó con estrépito la enorme nariz.

—¡Capitán García! ¡Capitán García! —gritaron en ese momento.— ¡Venga a ver este asao, que se me hace que yastá!...

—¡Allá voy! — respondió el oficial, y corrió presuroso a inspeccionar los fogones. Apenas había llegado, cuando se vio en la necesidad de ocurrir a la cancha de taba, donde había comenzado una disputa.

—¡Jué clabada, amigo, y en güena lai! — gritó uno.

—¡Miente! ¡jué Grabiel que puso la pata! — vociferó otro.

—¡Miente no, gaucho sarnoso! — replicó el primero enderezándose y echando mano al cuchillo.

—¡Mal educao, verás si te doy más tajos! ..

El otro se aprestaba a la lucha y la disputa hubiera concluido mal sin la pronta intervención del capitán García.

—¿Qué es esto? —exclamó.— ¿Entre amigos... y en este momento armar farra?... Vamos, compañeros: entre bueyes no hay cornada; ¡no se calienten al ñudo!...

Y viendo que sus palabras producían buen efecto, agregó chacoteando:

—¡No hay que pincharse la panza, aura que la vamos a llenar con esos asaos que están apagando el fuego de puro gordos!...

Rieron los concurrentes; y los dos adversarios, luego de haberse dirigido mutuamente una mirada rencorosa, volvieron al grupo, dispuestos a dar por solucionado el incidente. Otro tomó la taba y el juego continuó, en tanto, allá lejos, bajo la higuera raquítica, la guitarra lanzaba los acordes tristes de un estilo.

García se alejaba triunfante, satisfecho de su prestigio, cuando percibió un gran movimiento en el galpón y las voces de:

—¡El capitán! ¡el capitán!...

Altivo, imponente, bien erguida la cabeza, el capitán Rojas avanzaba haciendo sonar en los menudos guijarros del patio las rodajas de las espuelas de plata, y sacudiendo el rebenque que pendía de la muñeca derecha, sujeto por la cinta celeste.

Llevaba el sombrero en la nuca, la borla del barboquejo en la boca, el pañuelo blanco tendido sobre la espalda, y en el brazo izquierdo el poncho de verano, cuyos largos flecos barrían el suelo. Diez mocetones lo seguían con aire tímido, molestados con la observación de que eran objeto.

García se mordió los labios con rabia; el coronel tendió la mano afectuosamente al recién llegado, y el mayor Carranza, no encontrando en su imbecilidad una frase que expresara su admiración, murmuró asombrado:

—¡La gran!...

Entonces el capitán Rojas, sonriendo con aire de triunfador, se dirigió al jefe diciéndole:

—El amigo Cabrera está enfermo y no puede venir; pero aquí le manda esta tropilla.

El coronel, hombre bondadoso, lo felicitó por su triunfo. De veras, él no hubiera creído que don Lucas Cabrera cediese. ¡Lo conocía tanto a aquel buen amigo!...

Muy alegre, — porque en el fondo de aquella alma vanidosa había un caudal de bondad y una puerilidad casi infantil, — Rojas se alejó y fuése hasta los fogones, donde García, despechado, furioso, daba órdenes a gritos, con frases groseras y soeces Le puso una mano en el hombro, saludándolo cariñosamente.

—¿Cómo te va, hermano?...

—Ya lo ves: asando churrascos pa matarle el hambre a la indiada, — respondió García dominando su enojo.

García era tan cobarde como intrigante. Conocida era su historia, desde sus mocedades de perdulario hasta que adquirió importancia y obtuvo sus galones traicionando y maltratando a sus compañeros. Después, un jefe político lo había llevado consigo, le había dado un puesto importante, y logró reconciliarlo en cierto modo con sus compañeros de causa. Sobradamente astuto, sus armas eran la intriga y la perfidia, y por eso mostrábase más que amable, cariñoso con Rojas, mientras a la sordina y con trabajos de zapa minaba su prestigio.

Estuvieron largo rato conversando amigablemente. De pronto,

—Allá viene uno, — dijo García; y entrambos quedaron contemplando al que se acercaba. Este no tardó en llegar a los fogones, y sin bajarse del caballo,

—Buenos días, señores, — dijo con sequedad.

Era un mozo joven, de pequeña estatura, de fisonomía severa y de mirada inteligente y dura.

—Bajate, muchacho, — le insinuó García.

—No, gracias; yo no soy cuervo que anda olfateando carnizas, — contestó estirando desdeñosamente el grueso labio inferior. Y luego, apoyándose negligentemente en la encabezada delantera del recado, y mirando los asados:

—Carnean gordo, — dijo.

—Carnecita no más, carnecita blanca, — replicó García, como si el elogio hubiese sido dirigido a él, como si las vacas hubiesen sido suyas.

—¡Pero bajate, pues! — agregó.

—No, gracias; voy de paso.

—¡Bajate y pegás un tajo!...

Entonces se adelantó Rojas y le dijo con entonación severa:

—Bajate, rubio: vos sos blanco y debés acompañarnos.

—Ya soy viejo pa zonzo y no tengo ganas de que los milicos me calienten el lomo, — contestó el joven, siempre sonriendo.

—¿Tenés miedo?

—¡Pueda ser! — agregó con sorna; y tirando la rienda al caballo,

—¡Hasta la vista, señores! — gritó; y al trote, muy echado para atrás, muy estiradas las cortas piernas, se alejó lentamente. Rojas permaneció pensativo observándolo, y cuando hubo traspuesto la loma, se fue meditabundo y cejijunto hacia la enramada.

Una voz fresca y bien timbrada hacía oir, al compás de la guitarra, las estrofas de una décima patriótica; la gente, que empezaba a sentir hambre, se agi-

taba con impaciencia y, bajo la enramada, los *personajes* bostezaban, en tanto el mayor Carranza, mortificado por sus botines nuevos, se paseaba haciendo pininos.

—¿Quién es ese que estuvo? — preguntó el coronel.

Rojas, cada vez más pensativo,

—Leopoldo Almeida, — contestó; y se marchó hacia la troja, serio, severo, casi sombrío.

—¡Los asaos yastán! — gritó García, y esa frase hizo renacer el buen humor en todos los concurrentes.

V

Era más de la una de la tarde cuando la comitiva, en grupo numeroso y alegre, se puso en movimiento. Iban cincuenta y tantas personas, formadas en hileras de a ocho, mandadas por el capitán Rojas, pues el coronel marchó al pueblo, donde su presencia era indispensable.

Picaba el sol bañando de luz las lomas solitarias; ni una nube oscura empañaba el gris claro y uniforme del cielo; ni una brisa agitaba las ramas siempre verdes de las chilcas; ningún ruido, ningún rumor de vida turbaba el silencio de la amplia zona despoblada, que la comitiva iba encontrando muda, y dejando muda, a medida que pasaba.

Quien no conociera los hábitos del campo hubiera dicho, al ver desfilar aquellas gentes, que se trataba de una partida revolucionaria, más bien que de un grupo de ciudadanos dirigiéndose a cumplir los pacíficos deberes del sufragio. Los mangos de los facones golpeaban la cabezada del recado, y las culatas de los revólveres y las pistolas brillaban al ser besa-

das por los rayos solares. Las fisonomías duras, secas, casi hostiles y amenazantes inducían a pensar más en las luchas de la lanza que en las luchas democráticas. Aquellos pardos, aquellos mulatos, aquellos negros, aquel gauchaje analfabeto y semi-bárbaro no podía tener conciencia de sus actos, no podía ir por voluntad propia a elegir representantes. ¿Qué sabían ellos lo que eran representantes, cuál su misión, cuáles sus deberes?... ¿Ni qué les suponía a ellos que fuesen zutano o mengano, si nada habían de ganar con esto? ¿Qué el país marchaba mejor o peor?... ¿Y qué?... De los cincuenta y tantos hombres que iban a votar, cuarenta por lo menos no tenían, a pesar de ser jóvenes, otra ambición que seguir viviendo como agregados en el rancho o como peones en la estancia del patrón o del amo. Y como el patrón o el amo les había dicho que fueran y les habían dado alpargatas, camisas o bombachas nuevas para que se presentaran con decencia, allá iban, inconscientes, sin entusiasmo, sin ideal político, sin fe en un triunfo que no les alcanzaría y sin temer una derrota que no había de perjudicarles.

Cuando llegaron a los ranchos de la pulpería donde estaba instalada la Comisión inscriptora, ya había allí mucha gente, gente de mala catadura en su mayoría, reclutada por el comisario, ¡Dios sabe dónde y con qué fin! Recibieron a los que llegaban con aire hostil, satisfechos del disgusto que causó a éstos el tener que manear sus caballos al sol, porque la enramada, los varios ombúes y hasta la sombra de los ranchos estaban ocupados de antemano.

Rojas, acompañado de García y cuatro o cinco amigos más, penetró en la trastienda de la pulpería,

mientras los otros se distribuían por el patio o ganaban el despacho de bebidas.

—¿Cómo va la cosa? — preguntó el capitán al pulpero, que era amigo de causa.

—Mal, — respondióle éste. — Panta Gómez está ahí con el segundo y toda la polecía.

Después, en voz baja y acercándose a Rojas,

—¡Están metiendo gatos de todas layas!

El capitán salió al patio y comprobó la presencia del comisario Panta Gómez, — un indio grande con cara de bandolero, — quien conversaba con su segundo, sentados a la sombra de un ombú y tomando mate amargo que cebaba el asistente. Del lado de afuera de la puerta del rancho donde funcionaba la Mesa inscriptora, estaban dos soldados armados a rémington y sable, y más allá, bajo unos espinillos, cinco soldados y un sargento, también armados de carabinas. En un minuto Rojas se dio cuenta de la situación: todos aquellos hombres, la mayor parte desconocidos, que había encontrado a su llegada, eran "gatos" destinados, no tan sólo a llenar el Registro, sino a impedirles a ellos la inscripción. La presencia allí del comisario y del subcomisario con ocho guardias civiles, respondía, indudablemente, al mismo plan. Iba a hacerse necesario luchar contra la fuerza, oponer la fuerza a la fuerza, y en esa partida Rojas veía el máximum de las probabilidades del lado del adversario. Conociendo a fondo la gente que le acompañaba, no abrigaba duda de que lo dejarían solo; pues bien que hubiera allí hombres de valor, el respeto al principio de autoridad y el temor de comprometerse por lo que no les iba ni les venía, habría de hacerles cejar. Además, dado el caso de un triunfo brutal, ¿cuáles serían las consecuencias?... La sa-

tisfacción del momento y luego la vida errabunda y arriesgada del matrero, acompañada de la pérdida irreparable de todas sus esperanzas utilitarias... Volvió a entrar en la pulpería y comenzó a pulsar a sus compañeros; y si bien casi todos le respondieron con frases enérgicas, muchos con baladronadas, comprendió que no se había equivocado en sus juicios. Don Martín Pereyra, pretextando una repentina indisposición, se despidió, profundamente contrariado por aquel trastorno, montó a caballo y partió llevándose a sus tres hijos. El mayor Carranza había ido, allí cerca, al rancho de un amigo, a "pedirle emprestadas unas sapargatas"; el capitán García andaba dando vueltas alrededor de las casas, sin perder de vista su caballo, que tenía atado del cabestro a un poste del alambrado, lejos de los otros, bien a mano; y el vasco Arragaray, el hombre que quizá inspiraba más confianza a Rojas, estaba roncando en la cama del pulpero, borracho como una cuba. El capitán se paseaba impaciente, ceñudo, golpeando el suelo con los tacones de sus botas, y como había vuelto a ser gaucho, como había desaparecido el barniz pueblero que lo afeaba, estaba hermoso con el aspecto bravío, duro y altanero de la raza nativa. ¡El no cejaría, al menos! El iría hasta el fin, sin debilidades, sin cobardías, sin mirar atrás. Pero otra vez se le presentaba su porvenir tan bien encaminado, sus sueños de poderío y de grandeza, la labor paciente de muchos años, y allá, en el fondo, el cuadro negro de las miserias pasadas, de las escaseces, de las necesidades, de las amarguras que apura minuto a minuto quien, alentando ambiciones, se revuelve en la pobreza. La derrota electoral sería el aplazamiento de sus proyectos; pero la lucha a mano armada era la muerte de sus

anhelos. Se asomó de nuevo a la puerta y vio al comisario Panta, orgulloso dentro de su uniforme y echado sobre la oreja izquierda el kepis con tres galones. ¡El conocía bien al indio Panta!; lo conoció muchacho cuarteando diligencias, descalzo y medio desnudo; lo conoció después, cuando matrereaba a causa de un robo de caballos; lo encontró más tarde en la frontera del Brasil, contrabandeando tabacos y armando escándalos en las jugadas... ¡Y ése era capitán ahora!, ¡y comisario de policía!... ¡Y en cambio él, perteneciente a una familia rica, relativamente educado, lleno de sacrificios, vegetaba en la indiferencia, comía mal y de limosna, vestía con pobreza, y no andaba sucio y rotoso merced a su prolijidad; y no tenía hogar, y su cuerpo enfermo, trabajado por los años y las privaciones, por las intemperies, por los soles ardientes de los veranos y las lluvias frías de los inviernos, no tenía sino un miserable catre, en el cuarto de algún amigo, para reposar en las noches, esas largas noches sin sueño pobladas de tristes reflexiones y meditaciones dolorosas!... Por otra parte, el orgullo del gaucho valiente, esa reputación de guapo que desaparecería en la primera "aflojada", aguijoneábalo impulsándolo al abismo... Pero, ¿por qué desesperar así?... Acaso sus desconfianzas fueran infundadas y posible el triunfo o cuando menos la lucha.

De pronto, deteniéndose en su paseo y dirigiéndose a los compañeros que bebían o charlaban en la pulpería,

—Muchachos, —dijo,— no hemos venido aquí a perder el tiempo. Vamos a iscribirnos.

Y otra vez, como en su entrada en la Estancia del coronel Matos, marchó adelante, erguida la cabeza,

audaz la mirada, arrastrando el poncho y haciendo sonar las rodajas de las espuelas de plata.

Muchos lo siguieron; pero la mayoría tímida, irresoluta, haciendo comprender que al primer obstáculo daría vuelta cara.

Así que se acercaban a la puerta del Juzgado, el comisario y su segundo se pusieron de pie, y los cinco soldados, como si ya estuvieran prevenidos, cogieron sus armas y fueron a formar rápidamente detrás de sus jefes. Al mismo tiempo, los perdularios de que hemos hablado, empezaron a moverse, formando círculo alrededor de los compañeros de Rojas. Algunos de éstos, los más desconfiados, vieron pistolas que se corrían hacia adelante y mangos de facones que relucían. En las puertas de la pulpería que daba al patio, los curiosos, el dueño de casa y varias mujeres observaban lo que iba a acontecer. Reinaba un silencio profundo, amenazador y terrible.

El capitán Rojas, bastante pálido, pero siempre sereno y altivo, siguió avanzando, fija la mirada en el comisario Panta, quien, con la mano en la empuñadura del sable, el kepis en la nuca y el rostro encendido, no perdía de vista uno solo de sus movimientos.

Comprendió Rojas que estaba perdido, que iba a suceder lo que había previsto; pero una furtiva mirada dirigida hacia atrás lo reanimó, al ver el numeroso grupo que le seguía. Llegó al umbral de la puerta y un soldado le mandó hacer alto.

—Vengo a iscribirme, — respondió con voz entera.

—No se permite entrar más que de a dos, — agregó el guardia civil.

—Entraré yo con otro.

—Hay gente adentro.

—Esperaré.

Panta Gómez y sus hombres no se habían movido; pero se adivinaba en la nerviosidad de aquél, que sólo esperaban el momento oportuno.

Rojas, afectando indiferencia, extrajo del bolsillo su paquetito de caporal brasilero, lió un cigarrillo, sacó fuego en el yesquero, encendió, y fumando, esperó tranquilamente que salieran los dos que estaban adentro. Cuando hubieron salido, hizo ademán de entrar, y entonces el soldado, ganando la puerta y presentándole la boca de la carabina,

—¡Alto! — volvió a decirle.

—¿Por qué? — replicó el capitán enarcando las cejas y apretando los labios.

—Porque no se puede, — dijo una voz dura detrás de él; y al volverse para mirar, vio al comisario que adelantaba seguido de sus soldados.

La gente de Rojas retrocedió; éste también dio un paso atrás, y encarándose con Panta,

—¿Por qué no se puede? — preguntó con altanería.

—Porque esos señores, — contestó el comisario, mordiendo las palabras y señalando a los harapientos que llenaban el patio, — están primero y les toca el turno a ellos.

Rojas, densamente pálido, con los ojos brillantes y el rostro descompuesto por la ira,

—Aquí no hay turnos, — replicó; — yo voy a entrar.

—¿Qué decís? — bramó el comisario con profundo desprecio.

—¡Que voy a entrar! — contestó el otro con bravura, y dio un paso hacia adelante.

—¡Parate, trompeta! — díjole el comisario; y al mismo tiempo, con movimiento rápido, desenvainó el sable y lo levantó amenazante. No con menor ligereza sacó a relucir Rojas su larga y filosa daga, recogió sobre el brazo izquierdo el poncho de verano y se plantó en guardia fiero y firme. Toda reflexión murió en su cerebro, oscurecido por la cólera, y el alma del gaucho iracundo vibró de nuevo altanera y viril, desafiando el peligro, sonriendo a la muerte.

Pasaron unos segundos de angustiosa expectativa; se oyó golpear de puertas cerradas bruscamente y gritos destemplados de mujeres que huían. El dueño de la casa, por lo que pudiera ocurrir, entró a su tienda y corrió los pasadores de la puerta que daba al patio. El grupo que acompañaba a Rojas clareó en un momento; muchos se fueron escurriendo, llegaron donde estaban sus cabalgaduras, montaron y partieron. El mayor Carranza no había concluído de quitarse los botines en el rancho del amigo, y García, solo en la esquina del alambrado, junto al camino real, tenía el caballo de la rienda, la mano derecha en la cabezada del recado, y la mirada fija en el patio, esperando el desenlace.

Cuando Panta Gómez vio que su adversario hacía uso de armas, levantó más la espada, y con voz que revelaba la autoridad de que se hallaba investido, al par que la bajeza de su origen,

—¡Date preso, sarnoso! — gritó, y bajó el brazo, largando un mandoble a la cabeza de Rojas. Este paró el golpe, lanzó un rugido y se abalanzó sobre el comisario, ciego y terrible como fiera enardecida.

Oyóse un gran clamoreo; inmenso tropel llenó el patio; los hombres corrían y se golpeaban luchando por llegar primero a sus caballos; bufaron éstos asus-

tados; muchos reventando riendas y cabestros emprendieron la fuga, golpeando los grandes estribos de campana y sembrando recados por el campo; y cuando Panta Gómez, herido en el vientre, gritaba desde el suelo a sus soldados: "¡Maten! ¡maten!" y Rojas a su vez caía bajo los golpes de sable vomitando alaridos, el capitán García montaba su caballo, y al trote, muy tranquilo, salía rumbo a la sierra.

LA VENCEDURA

I

Continuas y copiosas habían sido las lluvias durante aquel invierno. Poco habían podido hacer los estancieros para reorganizar sus propiedades asoladas por la guerra. Los que llevaron ganados y tropillas al Brasil, regresaron con ellos flacos y enfermos. Los que tomaron parte en la lucha tenían sus campos despoblados: apenas una majadita para el consumo diario, unos cuantos jamelgos escuálidos y derrengados, y la esperanza en la primavera próxima para ver el engorde de los escasos vacunos comprados a peso de oro, a pesar de su flacura. De las huertas no quedaban más que uno que otro horcón del valladar de palo-a-pique, y el terreno desigual, rugoso, cuya fecundidad aprovechaban el cepa-caballo y la cicuta, la manzanilla cimarrona y el yuyo colorado. Vacíos estaban los galpones, tapizados de polvo y ornados con grandes cenefas de telarañas. Las lluvias y los vientos habían trabajado de firme en los techos de paja y en los muros de adobe de los ranchos que, respetados por el salvajismo partidario, no fueron reducidos a escombros por el fuego. En el redondel de las "mangueras" había crecido yerba, y el extenso playo que existió frente a la tranquera, cubierto de gramillas, se confundía con el terreno verde, no dejando más que una mancha blanca, a un lado, donde, en los ya distantes tiempos de labor, encendíanse los fogones para calentar los hierros de las marcas. Ya no pacía cerca

de las casas el ganado tambero, ni hozaban los porcinos, rodeados de patos y gallinas; y hasta la trillada senda que conducía a la enramada, se había casi borrado, invadida por el pasto.

Dura había sido la prueba, y duro debía de ser el trabajo para recuperar lo perdido. El país era un enfermo que entraba en convalecencia tras los sacudimientos de dos años de convulsiones histéricas que agotaron sus fuerzas.

Firmada la paz, restablecido el orden, se apagó en las cuchillas el rebramar de las contiendas, quedó el campo en silencio, y los jefes-pastores, deponiendo las armas, volvieron a sus hogares, como vuelven al cauce las aguas del río desbordado después de devastar llanuras.

Cuando don Marcial Rodríguez llegó a su Estancia del Sauce, no encontró más que cuatro montones de escombros, dos higueras y un ombú. Todo había sido arrasado, devorado por el fuego: las habitaciones de la familia, cuyos muros de piedra yacían en forma de montículo, cubierto de cenizas y carbones; los grandes ranchos de palo-a-pique donde dormía la peonada; el secular galpón de postes de coronilla clavados por el abuelo, y hasta la antiquísima cocina que ostentaba con orgullo espeso revoque de hollín. Culebras y lagartos habían tomado posesión de todo y se señoreaban en los escombros sin recelos ni peligros. En el campo, entre pastizales inmensos, corrían libres, enarcado el cuello y sueltas al viento las pobladas crines, numerosas manadas de yeguas cerriles; y de entre los bosques de chilca, solían verse las largas cornamentas de un grupo de toros montaraces que, aprovechando el silencio, se habían atrevido a abandonar las lobregueces de los potriles. Después,

ni un solo caballo, ni una oveja, ni una lechera. La carreta de bueyes, la rastra y el barril del agua, las herramientas de labranza, las marcas, todo lo que no se pudo robar había perecido en el incendio del galpón. Para que la estancia ofreciera el más completo aspecto de ruina, hasta los postes del palenque, de la manguera y del corral de las ovejas fueron arrancados a cincha de caballo. La partida que pasó por allí había trabajado con verdadera furia destructora: fue un huracán que no dejó nada en pie. En medio de tanta desolación, sólo el ombú se erguía siempre verde, siempre sereno e inmutable. como testigo sensible que ve pasar por su lado los años y los acontecimientos sin que los unos le dañen ni los otros le preocupen.

Don Marcial, acompañado de su hijo Juan, de dos amigos que fueron sus oficiales subalternos en la pasada lucha, y de Luis, —un pardo fiel que le sirvió de asistente,— emprendió con ánimo sereno la tarea siempre penosa de reconstruir lo destruido.

A la buena de Dios, con troncos de sauce y brazadas de totora levantóse un rancho que sirvió de albergue a los cuatro; luego, del mismo modo, se hizo la cocina: todo esto sin descuidar las faenas del campo, el aparte en la estancia de un almacenero gallego, a quien se compró un ganadito y una majada no muy buena, ni muy nueva, ni muy gorda, pero a buen precio.

—Hay que arreglar bien las casas, hay que volver a empezar. porque esto es rancho de negros, —había dicho el patrón, sin ocultar la tristeza que le producía el ver convertida en miserable ruina la casa de sus mayores.— Y el primer día bueno fueron todos al monte a cortar coronillas, que labraron y clavaron

formando un gran rectángulo que debía constituir el galpón.

Se trabajó con ahinco, y en pocos días estaba armado: sólo faltaba la paja brava para el techo y se esperaban mejores días para comenzar el corte.

Una tarde, después de concluída la tarea y mientras "amargueaban", don Marcial, mirando el cielo, dijo:

—Parece que se ha asentao el tiempo y sería güeno encomenzar a cortar paja pa que se vaya oriando.

Y luego, dirigiéndose a su hijo:

—¿No has estao por el bañao del Sauce?

—No, tata, — respondió el aludido; — pero se mi' hace que ha'e estar muy lleno entuavía.

—¡Qué ha'e estar! — exclamó el pardo asistente: — yo fí esta mañanita campiando el petiso overo y lo vide; tuavía hay agua, pero ya se puede meniar facón.

—Güeno, entonces vas a dir vos con Juan, mañana temprano, — continuó el patrón.

—¡Pa qué! — dijo el teniente Gutiérrez; — este indio viejo no corta dos "mazos" en tuito el día. Voy yo con Juan, más mejor.

—No hay comedido que salga bien, don Gutiérrez, — contestó el pardo sentenciosamente.

—Vamos a ver.

—Gueno, — concluyó don Marcial; — los que vayan a dir que agarren caballo pa salir bien al aclarar.

Poco después los cuatro hombres ganaban la cocina para preparar el medio capón, asado al asador, lo que, sin pan y sin sal y con sólo un mate amargo por postre, constituía su cena.

Después, a dormir en la habitación común, sobre las camas hechas con los recados.

II

En la improvisada cocina, por cuyas paredes construídas con manojos de ramas de chalchal penetraba el frío sin obstáculos, ardían con dificultad las astillas de sauce y coronilla acumuladas sobre el trashoguero de guayabo. Mientras Juan, en cuclillas, con los ojos cerrados para evitar la acción del humo, soplaba el fuego con toda la fuerza de sus carrillos, el teniente Gutiérrez preparaba la calabaza para el amargo.

—Hermano, —dijo el primero,— andá vos a trair los caballos.

No le agradó al teniente la comisión, y replicó en seguida:

—No, andá vos, que sos más muchacho.

—¡Amolá que te asiente! Siempre me jeringás con lo de más muchacho, pa quedarte en el rescoldo. ¡Te estás haciendo más mañero que petiso de pueblo!...

—Es que yo ya tengo los güesos duros; y dispués que la mañanita está lainda.

—¡Pa debajo las cubijas! Siguro que los maniadores están como vidrio.

Al fin, desperezándose, el mozo salió en busca de los caballos.

Recién clareaba, el campo estaba lleno de escarcha y hacía un frío intensísimo. Juan recogió los maneadores que estaban mojados, blanditos, escurridizos y producían en las manos una impresión dolorosa; llevó los caballos a las casas, los enfrenó y fuése a la cocina a saborear el amargo.

—¡Vamos, muchachos, vamos! —exclamó don Marcial entrando poco después. — El medio día los va a agarrar en la cocina.

—¿Y no churrasquiamos primero?

—¡Qué churrasquiar, amigo! Llévense un asao y allá lo comen; sino, nos van a encontrar las golondrinas con los ranchos pu'hacer.

Nada objetaron, y a poco, apurando el trote para ahuyentar el frío, iban, camino del bañado, los dos amigos, conversando de cosas viejas, evocando recuerdos comunes, cantando a veces y aspirando siempre el humo del pucho de cigarro negro.

Llegados a la vera del bañado, desmontaron, desensillaron y ataron a soga los caballos. En seguida se remangaron las bombachas hasta encima de la rodilla y, facón en mano, penetraron en aquel bosque de paja brava.

Juan tenía razón: había bastante agua aún y el terreno fangoso hacía difícil la marcha. A cada instante los mozos se hundían en el lodo, en ocasiones hasta la rodilla; lo que no era obstáculo para que trabajaran con ahinco y buen humor.

El sol, ese sol ardiente que subsigue a los temporales, cubrió de luz aquel mar de gigantescas gramíneas, cuyas largas hojas de finos bordes cortantes, iban cayendo rápidamente al golpe de facón de los trabajadores. Poco a poco se fueron alejando uno de otro, porque en partes, los sarandíes extendían sus tallos tortuosos, imposibilitando el corte; en partes se alzaban totorales a cuyos pies crecían calagualas y culandrillos, y en partes blanqueaban las finas hojas dentadas de las espadañas.

Habían transcurrido un par de horas. Los dos mozos no se veían, pero seguían conversando y cantando. El teniente había empezado por centésima vez una canción del tiempo del Sitio:

Si Pancho Lazala
no pone remedio,
¡trabajo nos manda
con todos sus negros!...

—¡Hermanito! ¡cuasi me rebanó un dedo!

—¡Y yo, entonce, estoy tuito rajuñao!... Pero qué vamu'hacer si los trabajos se han hecho pa los hombres, y al fin y al cabo hasta los mesmos pájaros tienen que agachar el lomo pa'hacer sus nidos.

.. Ellos son borrachos,
ellos bochincheros,
y hasta los canarios
ya les tienen miedo...

—Hermano, ¡qué bien vendría un trago'e caña pa refrescar el gañote, que lo tengo seco como la perdiz!...

Desde lejos, asomando la cabeza por encima de las pajas, Juan replicó con sorna:

—Si te gusta el licor de las ranas, vení pacá. Riciencito me sumí hasta las verijas y ya tengo los basos blandos de tanto chapaliar barro.

—¿Qué? — gritó el teniente, que no había oído; y como no obtuviera respuesta, continuó su canto:

Ellos roban patos,
gallinas y güevos;
guascas, maneadores,
lazos y sobeos.

Los dos amigos se fueron separando cada vez más, buscando en el estero sitio apropiado para cortar la paja.

El teniente, que no era hombre para estarse callado, llamó repetidas veces a Juan; pero como éste no contestara, siguió cantando:

...y hasta los canarios
ya les tienen miedo;
por eso los llaman
güeyes chacareros...

Se detuvo para encender el cigarro, cuya brasa había caído; mas no encontrando el avío, colocó el pucho atrás de la oreja y prosiguió:

Donde hay yeguas potros nacen,
donde hay agua hay aperiá:
las más lindas flores crecen
entre el barro y la humedá.

¡Juepucha!... y ya me tajié un dedo. ¡Bien haiga la paja más brava que cuchillo hallao!... ¡Suerte perra la del gaucho pobre, como que pa sufrir dijo la partera: barón!... Hoy hambre, mañana frío, necesidades siempre, y...

Yo soy del pago del Sauce,
pago lleno de dolores,
regado con sangre' e blancos:
¡allí ya no nacen flores!...

No más de un cuarto de hora había transcurrido, cuando un grito de dolor agudo y prolongado le hizo levantar la cabeza.

Quedó un instante perplejo y luego llamó por repetidas veces:

—¡Juan! ¡Juan! — sin que nadie contestara.

Entonces, dando brincos como toro montaraz perseguido entre las pajas, corrió a toda prisa hacia el sitio donde suponía a su amigo, sin cesar de llamarlo, y más alarmado a cada instante que pasaba. Una zanja llena de agua y defendida por un sarandizal cuyas ramas formaban malla impenetrable, cortóle el

paso, obligándole a dar largo rodeo. Ansioso, anhelante, gritando siempre el nombre de su amigo, emprendió la difícil carrera, hundiéndose en el suelo fangoso y sin parar mientes en la paja que le azotaba el rostro, ni en las espadañas y caraguatás que destrozaban sus piernas desnudas. Presintiendo una gran desgracia, seguro de que Juan había sido herido, quizá muerto, lo ahogaba el deseo de llegar, y su mano derecha oprimía el mango del facón, aprestándose a la venganza. Al fin vio el claro de la paja cortada, y de un salto estuvo en él. Rápidamente investigó el paraje, notando en seguida unas pequeñas manchas de sangre y el facón del mozo. Y él, ¿dónde estaba?... En la senda que conducía al campo vio otras gotas de sangre, y se lanzó por allí, corriendo y gritando y observando a uno y otro lado, sin encontrar nada. La paja iba disminuyendo en altura a medida que se acercaba a la linde del bañado, y en cuanto su cabeza dominó el pajonal, se irguió y tendió la mirada escrutadora hacia el campo. Quedaba aún una buena lonja de bañado, y la loma que se alzaba inmediatamente después, estaba poblada de chilcas altas y gramíneas exuberantes. Titubeó un instante, dudó, escuchó, y no hallando ningún indicio, prosiguió la carrera por el trillo estrecho, duro en partes, fangoso a trechos, siempre irregular, tortuoso, de tránsito difícil.

Cuando llegó al arranque de la cuchilla se detuvo nuevamente para examinar el paraje, y creyó ver un bulto humano caído sobre la senda. Como ya el terreno era más firme y menos nutrida y lujuriosa la vegetación, corrió casi sin obstáculo y llegó pronto hasta el punto negro divisado sobre la loma.

No se había engañado: era Juan, cuyo cuerpo exánime reposaba sobre la yerba.

En un segundo se abalanzó sobre él y se cercioró de que estaba vivo. Pero herido, ¿en dónde? Observólo con cuidado, lo movió, revisó el dorso y no sólo no halló la herida, sino que ni siquiera rastro alguno de sangre, lo cual le preocupó sobremanera. Recordó que sólo unas gotas rojas manchaban el playo, donde suponía perpetrado el crimen, y que otras pocas gotas coloreaban el sendero, y no se explicaba cómo podía su amigo encontrarse allí poco menos que muerto, sin haberse producido hemorragia.

De pronto lanzó un grito furioso: el joven tenía el rostro amoratado, y en la pantorrilla desnuda, se veían dos pinchazos pequeños y dos coagulitos que los cubrían.

Aquello bastó al teniente para formular su diagnóstico con entera seguridad:

—¡Bíbora! — gritó consternado; y después de permanecer algunos minutos perplejo, irresoluto, dominado por la pena, se fue corriendo en busca del caballo más próximo.

Enfrenó aprisa; puso un cojinillo por todo arreo; alzó a Juan con gran trabajo, atravesándolo sobre las cruces del animal, y en seguida montó de un salto y salió, rumbo a la estancia, todo lo aprisa que las circunstancias se lo permitían.

III

En medio de la consternación consiguiente, Juan fue llevado al rancho y acostado en una cama arreglada de la mejor manera.

Don Marcial y los dos peones confirmaron el diagnóstico hecho por el teniente Gutiérrez: — ¡Bíbora!... no cabe duda, — había dicho el viejo, lagrimeando y

recordando al hijo muerto: Era una víbora: de cascabel, de la cruz, ¡quién sabe!; pero la ponzoña trabajaba enérgicamente en aquel organismo joven y vigoroso.

En cuanto al pronóstico, se leía fatal en el semblante triste y adolorido de aquellos hombres rudos, hechos al rigor, avezados al sufrimiento y familiarizados con la muerte en el continuo batallar de la época.

El mozo no daba señales de vida: un sopor, por instantes más intenso, le embargaba, y notábase sin dificultad que quedaba muy poca vida a aquel cuerpo rígido.

Pusiéronsele en las sienes paños de agua fría, y se consiguió con ello, al rato, que recobrara un tanto el sentido; pero interrogado sobre el suceso, sólo pudo decir, y esto con toda la apariencia de un delirio febril:

—¡De cascabel... grande... en la pierna... grandota... grandota!...

Estaban bien marcadas las señales de la herida; el crótalo había hundido con rabia sus colmillos afilados en la pantorrilla del joven, que parecía moribundo. Su rostro, hinchadísimo, estaba cárdeno, casi negro; de cuando en cuando, los párpados abultados se levantaban con gran esfuerzo y miraba sin lograr distinguir los objetos ni las personas. Dolores horribles en la herida le arrancaban ayes que con dificultad pasaban por la garganta contraída.

La fiebre, cada vez más intensa, engendró el delirio; un delirio atroz, continuo y doloroso, poblado de escenas horripilantes, de persecuciones, de venganzas, de degüellos crueles y de mutilaciones feroces.

El pardo viejo fue al campo y regresó pronto trayendo hojas de guaco y yerba de la víbora, lo que bien machacado y mezclado con sebo de riñonada, aplicó en la herida en forma de cataplasma, garantiendo,— con el testimonio de varios difuntos, — la eficacia del antídoto.

Pasaron las horas, llegó la noche, y el mozo seguía cada vez peor. Don Marcial le dio a beber unos sorbos de caña con raíz de cipó-miló, —medicamento considerado infalible contra las ponzoñas, — y le puso en la herida paños humedecidos en la misma infusión; pero, el mal estaba adelantado, el veneno roía vorazmente el organismo y todo era inútil para arrancarlo a las garras de la muerte. El rostro disforme, monstruoso, se manchaba de rato en rato con la sangre negra que brotaba de las narices.

Pasóse la noche en horrible expectativa, sin que nadie durmiera. Tomando mate amargo, fumando tabaco negro y comiendo churrascos flacos, los hombres habían dejado transcurrir las horas largas y tristes, comentando el accidente, haciendo pronósticos y proponiendo remedios.

Cuando alumbró el nuevo día, la consternación fue mucho mayor. El enfermo se agravaba; todo el cuerpo, y especialmente las manos y los pies, estaban disformes; la cara, la cabeza y el cuello eran más de monstruo que de ser humano: parecía que le hubieran soplado con un fuelle, distendiéndolo cuanto diera la elasticidad de la piel. No se veían los ojos; la nariz se confundía con las mejillas, y los labios semejaban enorme jeta de negro africano. Un sudor viscoso humedecía la faz rubicunda. Manchas negras cubrían el tronço y las extremidades; y todo él ardía, devorado por la fiebre.

El pardo Luis tragaba el mate amargo a grandes sorbos, pasando desesperada revista a los recuerdos de sus muchos años, en busca de una medicina que en determinado caso hubiera sido empleada con éxito. En las picadas de víbora que él había visto— ¡y había visto bastantes! — se había aplicado... ¿qué diablos podía aplicarle a Juan, que no se lo hubiera aplicado ya?... Desde el apósito de "infundia" de lagarto, hasta la última yerba de los bañados, habíalo él prescripto y propinado, apoyando su terapéutica con el testimonio del individuo tal, de tal parte, curado de tal modo, en tal época, por tal persona. Al fin, agobiado por la pena que le causaba la desgracia de Juan, y la desilusión de su sabiduría médica, su espíritu se concentraba en el mate que oprimía entre sus dedos gruesos, nudosos, ásperos y oscuros, — de un oscuro de bronce viejo, — y de rato en rato, meneando la cabeza y escupiendo sobre las brasas, decía con angustia:

—¡Cómo a 'e sél... ¡Tuito hemo 'e morí, a cabo!... ¡Cómo a 'e sél...

Carmelo Sosa, el capitán Carmelo Sosa, no había abierto la boca para nada, ni había intentado hacer nada; porque él, en primer lugar, no sabía hacer sino aquello que le ordenara su jefe. No habiéndole dado orden alguna, él pitaba, escupía por el colmillo y hacía marcas en el suelo con el dedo: tres cosas para las cuales no pedía nunca permiso.

Gutiérrez, en cambio, estaba desesperado, siendo, como era, casi hermano del enfermo, y creyéndose culpable por no haber impedido la catástrofe. Le parecía que estando él allí, las cosas no hubieran debido pasar de aquel modo, y con la rabia con que lanceaba un enemigo en un "entrevero" peligroso, mesábase

los cabellos, unos cabellos rubios y ensortijados que le bajaban hasta los hombros, y a cada instante exclamaba colérico:

—¡Malaya!... ¡malaya!...

Don Marcial era el único que se conservaba sereno. Pasada la primera impresión, seguro del final doloroso e inevitable, había recobrado la sangre fría y la conformidad estoica de los varones fuertes, crecidos en la lucha, llegados a hombres con un rudo aprendizaje de trabajos y fatigas, y descendidos a la edad provecta sin abandonar el puesto de combate y sin ver disminuidas las contrariedades ni aumentada la dicha.

Sentado en un tronco de guayabo con la caldera entre las piernas y el mate en la mano, esperó tranquilamente que su ex asistente le trajera y le ensillara su caballo, según se lo había ordenado; y cuando le avisaron que ya estaba pronto, salió, recomendando el enfermo a sus dos oficiales, sin decir una palabra más ni demostrar apuro. Dos horas después regresó, —sudoroso el cabello y empolvado el traje,— seguido de un pardo viejo y harapiento, de luenga cabellera crespa, rostro rugoso, ojos opacos, boca sin dientes y abundosa barba cana.

Era el *tío Luis*, curandero de fama, no tanto por sus vastos conocimiento de herborista, que le habían familiarizado con cuanta yerba y cuanto "yuyo" existe en tierra uruguaya, sino por su sabiduría y raro don para *vencer.* Cuando los medicamentos silvestres no daban resultado; cuando las infusiones y las cataplasmas no surtían efecto; cuando la ciencia de los doctores se reconocía impotente, entonces íbase en busca del pardo Luis, como se va en busca de la Providencia, de lo sobrenatural y del milagro. Perdida

toda esperanza en los medios materiales, corríase aún en busca de la salvación no probable, pero posible, mediante la intervención del misterio, mediante la buena voluntad de un poseído que cura en nombre de Dios, por favor de Dios, como las aguas de Lourdes curan las dolencias de los fanáticos cristianos. No eran para contarse las maravillas que había hecho el viejo curandero mediante el poder de su oscura ciencia nigromántica. Más de una vez había llegado al lecho de un casi cadáver unido al mundo de los vivos por hilo casi impalpable, por llama casi invisible, y él había hecho del hilo una maroma y había soplado la llama convirtiéndola en resplandor de vida.

¿Cómo?...

¡Misterio!...

Al acercarse al lecho donde reposaba Juan, no pudo contener una expresión de disgusto.

—Ya e un poco tarde, —dijo; — pero con e favó 'e Dios hemos 'e hacé ago.

El enfermo se agitaba en medio de atroces padecimientos. Un temblor nervioso lo sacudía sin cesar, y a las náuseas y los vómitos continuados se unían los repetidos calambres que amenazaban romper las fibras musculares de los miembros.

Sin embargo, el extraño médico no se desmoralizó. Con su mano negra y callosa oprimió la frente del mozo, le hizo varias cruces, en la boca, en la cabeza, en el pecho; y luego, pidiendo un vaso, salió de la covacha solicitando que le dejaran solo.

Llenó de agua el vaso, y sacando de la cintura su cuchillo, trazó en el suelo un sello de Salomón; después, con la punta de la hoja acerada, recogió una pequeña porción de tierra de cada sección de círculo y las fue echando en el vaso. En seguida, con adema-

8

nes de sacerdote mago, misteriosos, solemnes, incomprensibles, levantó el vaso a la manera de un cáliz, murmurando una oración ininteligible. Miró el sol, dio dos o tres vueltas, se arrodilló, pronunció otra oración extraña, y santiguándose con el vaso, fuése a la cama del paciente. Una vez allí, hincó una rodilla en tierra, levantó con la mano izquierda la cabeza de Juan, y mientras con la derecha le hacía beber el líquido, pronunció cuatro palabras cabalísticas, cuatro vocablos oscuros e incomprensibles, que los asistentes no intentaron descifrar.

Luego arrojó al suelo el vaso vacío. En seguida comenzó a recoger los pedazos. Durante esta operación el rostro del viejo estaba ceñudo y sombrío; sus conjuntivas mostrábanse más rojas que de costumbre; las numerosas arrugas de la frente se marcaron más hondas, y sus largos dedos nudosos palpaban el pavimento en busca de los fragmentos de vidrio.

Cerciorado de que los tenía todos en la mano, se puso a contarlos, uno por uno, con gran cuidado, demostrando que atribuía suma importancia a la exactitud de la cuenta. Don Marcial y sus tres amigos rodeaban al curandero, lo oprimían, lo observaban, lo interrogaban ansiosamente con las miradas afligidas que traducían con fidelidad la angustia de sus almas sencillas y afectuosas. Seguían con prolija atención todos los movimientos del sabio, pareciéndoles, —en la tribulación de sus penas,— que se les escapaba una esperanza al perder un detalle. El tío Luis no era fuerte en aritmética: contaba despacio y mal, equivocándose a menudo; lo cual mortificaba a los espectadores de la escena, y le irritaba a él mismo, que debía volver a comenzar a cada instante. Ora porque al ir a coger un trozo de vidrio se olvidaba de lo que lle-

vaba contado, ora porque al pasarlos de una mano a otra se le escapaba más de uno, ello es que la cuenta se hacía interminable. Gutiérrez, que era quien más anheloso se mostraba, intentó varias veces llevar la suma, salvando los errores del viejo; pero éste se amoscaba, echándole la culpa de la equivocación; tornaba a empezar, en medio del silencio que hacíase triste, misterioso. cruel, en la pequeña pieza casi a oscuras, entre aquellas cuatro paredes negras de las cuales brotaba aún penetrante el olor de la tierra fresca y se mezclaba al olor del chalchal verde y al hedor de las "bajeras" y "caronas" pasadas de sudor. Por fin concluyó el pardo la cuenta, y sea por haber vencido la dificultad aritmética, sea porque le agradara el número obtenido, su rostro se iluminó, se despejó su frente, e irguiéndose cuanto se lo permitía el fardo de sus muchos años, exclamó gozoso: —"¡Onse!... To ta gueno, po qu'e none"... — Después se acercó otra vez al enfermo; púsole sobre el pecho las dos manos cerradas conteniendo los vidrios, y con el tono del niño que recita una fábula, pronunció en portugués chapurreado la extraña oración que, — arreglada, — damos en seguida: —"Juan Martínez, hijo mío, yo te bendigo en nombre de Dios, por orden de Dios y por el poder que me ha dado Dios; y con ese poder ordeno una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, seis veces, siete veces, ocho veces, nueve veces, diez veces, once veces, que el veneno de la víbora que te ha picado, salga de tu cuerpo, gota a gota, y deje limpia tu sangre y se hunda en la tierra negra, en la tierra fea, en la tierra fétida donde moran los animales malditos: los asquerosos reptiles, los sapos inmundos y los repugnantes escarabajos; y cuando estés curado por este grande favor de Dios Todopode-

roso, no te olvides de dar una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, seis veces, siete veces, ocho veces, nueve veces, diez veces, once veces las gracias al Dios grande y justo, remunerador de los buenos".

Cuando hubo concluído, y como nadie se atreviera a romper el silencio que reinaba en la pieza, sonriendo con orgullosa satisfacción, y guiñando ora uno, ora otro de sus ojillos turbios,

—E veleno era juete, —dijo:— 'e bíbora 'e la cruz bieja: pelo la vencelura ha sido güena tamién; ¡nu'ay piligro!...

Luego, dirigiéndose al patrón,

—Vamo a ve esa *cachacha*, don Marciá...

.. ..

.. ..

Quince días más tarde, don Marcial carneaba dos vaquillonas con cuero. En medio del paisanaje alegre y decidor, el viejo curandero se paseaba como un sacerdote misterioso y solemne. Todos se afanaban por servirle, y, más especialmente que ninguno, Juan; quien, aunque pálido y demacrado, había recobrado el buen humor y el apetito y hablaba de volver pronto al bañado a continuar la interrumpida labor.

EN FAMILIA

I

Casiano era alto, exageradamente alto; y era sobrada y uniformemente grueso; la cabeza, el cuello, el tórax, los flancos, las caderas, las piernas: todo parejo, con límites señalados por ranuras apenas visibles. Un tronco de viraró serruchado de abajo arriba, bien por el medio, hasta cierta altura, a fin de formar las piernas, tan próximas que al caminar rozaban la una con la otra desde el muslo hasta el tobillo. ¡Así gastaba de bombachas usadas en la entrepierna y de botas de cuero rojo, agujereadas en la caña!... Su cuerpo era un tronco de viraró, pero de viraró muy viejo, de los que habían conocido a Artigas, uno de aquellos como no se hallaban en las inmediaciones, en los montes de Cololó, Vera, Perico Flaco o Bequeló; al Norte, en el Río Negro, en la barra del Arroyo Grande, bien adentro en el secreto de los potriles, puede ser que se encontrara un ejemplar adecuado; pero probablemente habría que navegar río abajo, río abajo, e ir a buscarlo entre las greñas del Uruguay.

En oposición, su mujer, Asunción, —Sunsión en el pronunciar del pago, — era, —siempre en el caló nativo, — flaca, más flaca que mancarrón con "haba". El cuello de garza salía de la bata de zaraza a la manera del pescuezo de una muñeca de cera, y sostenía una cabeza eternamente desgreñada y una cara escuálida, salida de pómulos, hundida de ojos, con nariz

demasiado larga y boca demasiado grande: fina y corva la nariz como pico de rapaz; delgados los labios, blancos y fuertes los dientes, duro y marcado el mentón. Luego un cuerpo pequeño, mezquino en carnes y rico en flexibilidades de criolla comadrona: todo un cuerpo de gallina inglesa, gritona, inquieta y pendenciera.

Casiano, correntino de raza, hablaba poco, sin prisa y cantando las palabras con el dejo nativo.

Asunción estaba armada de una vocecilla aguda, aflautada, hiriente como el cantar de la cigarra. Y al igual de la cigarra que revienta cantando, después de cinco o seis horas de trinos, ella no reventaba, pero suspendía su charla rápida, silbada, improvisada, sólo cuando las cuerdas vocales no daban más: materialmente, cuando reventaba; porque motivos de conversación no le faltaban a ella, y cuando llegaban a faltarle, todavía tenía para tiempo vomitando refranes y escupiendo palabrotas.

El correntino era bueno, sosegado, calmoso, trabajador, limpio en el vestir y parco en el hablar: no parecía correntino.

La criolla era chillona como un grillo, haragana como petiso de muchacho, pendenciera como cuzco y sucia como "bajera"; no podía ocultar que era criolla.

Era un contrasentido aquella pareja.

Si se hubiesen observado sus cualidades una a una y disecado sus idiosincrasias fibra a fibra, se habría hallado que discrepaban de cualidad a cualidad, encontrándose también diferencias de fibra a fibra. Sólo en una afición concordaban: en la de beber caña. Pero, bebida ésta, la desemejanza tornaba a mostrarse en los efectos que en sus respectivos organismos producía el alcohol: diferencia fisiológica, di-

ferencia psíquica. En Casiano el licor obraba como anestésico para sus órganos, como analgésico para sus dolores; y en Asunción, por el contrario, excitaba el desordenado galope de las pasiones y exacerbaba las contrariedades o sufrimientos. El macho, fuerte, robusto, seguro de sus músculos, sentía el gozo correr con la enorme masa sanguínea que regaba su corpachón de toro, y la bondad le retozaba, le salía afuera en forma de risotadas y palabras buenas y frases llenas de una sinceridad encantadora.

Y a ella se le iba subiendo la caña a la cabeza al mismo tiempo que se le iba bajando por el cuerpo la hiel diluída en tres o cuatro calderadas de mate amargo; menjurje extraño que, como el agua acidulada sobre los nervios de la rana, tenía el poder de excitar los suyos, — superexcitar, — hasta presentarla de una irascibilidad insoportable.

Era un contrasentido aquella pareja.

Y sin embargo, vivían relativamente bien. A veces, cuando los nervios de Asunción estaban cargados en demasía; cuando su lengua iba más allá de lo humana y razonablemente soportable, el gigantón correntino solía esconder los ojos entre el yuyal de cejas en un fruncimiento de ceño, y levantando su mano, — más pesada que la *mano* de coronilla de pisar mazamorra en el mortero, — la dejaba caer sobre el cuerpo de la china, que salía "lomiándose", buscando a Lucio, el hijo mayor, el favorito del padre, sobre quien descargaba su rabia. Lucio, por su parte, transmitía a su hermana Cleta, tan pronto como lograba escapar de las garras de la madre, y con cualquier pretexto, la paliza recibida. Y la distribución de penas devolvía la calma y hasta la alegría al hogar.

Llevaban seis años de casados.

Casiano era puestero con majada en sociedad, su ganadito tambero y su tropillita de andar; boca más, boca menos, no le preocupaba, y por eso no puso obstáculo en que su suegra, la vieja Remedios, y su cuñada, la chinita Rosa, fueran a vivir con ellos.

Al año, Casiano hablaba de echar campo afuera a Rosa, una chicuela insolente y deslavada, una perra encelada que atraía al rancho a toda la mozada del pago; pero no tuvo tiempo, porque ella se alzó con un rubio guitarrero, sargento en la policía de la sección.

A los dos años, la vieja Remedios comenzó a hacerse insoportable. Su misión en la casa era preparar la comida, lavar los platos y vigilar a Lucio, quien pasaba el día en medio del patio, sobre un cuero de ternera, sin más ropa que una camisita agujereada. En las ausencias de Casiano, su suegra aprovechaba la cruzada de un buhonero, o del muchacho de la pulpería, para trocar algunos cueros de oveja por la limeta de caña. Y más de una vez, al regresar el amo, encontró a la esposa y a la suegra borrachas como cubas, ostentando en el rostro con frecuencia la señal de las uñas de la reciente gresca.

Por ese entonces dio en visitar la casa un tal Salustiano Sandes, un indio puestero del inglés don Jaime Smith, en Vera. Casiano lo miraba con malos ojos, pero no dijo nada. Sin embargo, cuando nació Cleta, una criaturita flaca y raquítica, se le puso que la tal se asemejaba al indio Salustiano; y aunque guardó silencio, espantó al visitante y echó del rancho a la vieja, que se fue al pueblo, de "piona", a estar a su dicho; y en oficio más lucrativo, aunque menos digno, a creer las voces que corrían y lo que Casiano opinaba.

II

La casa quedó peor, —porque Asunción era el prototipo de la haraganería,— pero el puestero quedó más a gusto: quedó como cuando, después de trotar varias horas al sol, en verano, se quitaba las botas y se ponía las alpargatas viejas, endurecidas con el barro.

Y no es que fuera celoso.

Bastantes veces, —riendo con aquella gran risa suya que le hacía saltar el abdomen y bailar la espesísima barba, como cañaveral soplado por el pampero,— contó o comentó la reciente aventura de Pancho Marín, el pardo estúpido del puesto de la Cañada.

Era una aventura curiosa y muy festejada en el pago, la de Pancho Marín.

Casado con la china Bonifacia, una de las más ladinas de la comarca, —por demasiado ladina le fueron *abriendo el caballo* los mozos del pago, —sucedió lo que forzosamente debía suceder, siendo ella querendona en demasía y él tonto por demás.

He aquí la historia:

En la mañana de un sábado, Bonifacia ensilló su malacara lunanco y salió como de costumbre a llevar la ropa lavada y planchada a los peones de la estancia. En el camino encontró a uno de éstos, Bernardo Romero, mocetón robusto, de complexión sanguínea y en cuyo rostro rubicundo señoreábase el sensualismo. Se acercó receloso como fiera que se lame el bigote a la vista de la presa; se le aparejó, le ganó el lado de montar, y mientras tranqueaban, le habló de historias viejas, de semi requiebros, de cuasi promesas. Marchaban despacio por la loma chilcosa, hablando bajito, sin mirarse: ella, entre satisfecha y huraña;

él, confuso, ahogado por el deseo, poniéndose escarlata y escupiendo pegajoso cada vez que su rodilla rozaba la pierna musculosa de la china.

La cuchilla era extensa; tardaron en trasponerla y se acercaba el medio día cuando llegaron al bajo. El sol ardía dorando las gramillas; la atmósfera estaba como polvo caliente; los caballos avanzaban al tranco, con el pescuezo estirado, las orejas gachas y en continuo plumereo la cola, espantando tábanos y jejenes.

—¿Querés apiarte?...

—Güeno.

El bajó de un salto y acollaró los caballos con las riendas; después la bajó a ella, cargada, apretándola mucho con sus rudos brazos de domador. El atado de ropas cayó al suelo, se deshizo y sembró las piezas blancas, asustando al malacara lunanco de Bonifacia... El valle era hondo; la chilca alta y espesa, y abajo, en el piso, la gramilla crecía en tapiz blando y perfumado; perfumado con el olor de la tierra gorda y fecunda, con el olor fuerte de la vida, de la proliferación, de la savia ardiente y pura que el sol de primavera hacía correr en borbotones...

Marín esperó inútilmente toda esa tarde el regreso de su mujer para que asase el medio costillar de carnero; y, ya entrada la noche, se acostó con la barriga llena de agua, habiendo inutilizado dos cebaduras de yerba y engullido dos espigas de maíz asado. Durante dos meses estuvo esperando el regreso de su esposa, cuyo paradero ignoraba.

Quizá en el interior llevara oculta una pena, o por lo menos sintiera el escozor del amor propio herido; pero su rostro de bruto no traslucía absolutamente nada. Conservaba el mismo apetito, dormía sin sobresaltos ni pesadillas y estaba siempre dispuesto a tra-

garse tres o cuatro litros de agua en forma de mate amargo. Lo que sí, andaba más puerco que de costumbre: durante los dos meses de que hablamos no se mudó ni la camisa ni los calzoncillos. Calcetines, felizmente, no usaba: la pata con la costra de mugre y el zueco descalzo, a la brasileña, como brasileño que era. Si alguna vez debía hacer referencia a Bonifacia, decía:

—*A mulher que eu tive.*

Y si alguno, entre chacota y verdad, le preguntaba cómo habían pasado las cosas, él contaba todo, del principio al fin, sin omitir los detalles que había ido adquiriendo; y concluía infaliblemente con un

—¡*A culpa não foi minha!*...

Ya estaba acostumbrándose a la vida solitaria en su rancho pobre, semejante a basurero de estancia y hediondo como nido de carancho, cuando una tarde, en momentos en que "verdeaba" sentado sobre la cabeza de vaca, junto a la puerta de la cocina, y cuidaba el churrasco que se tostaba en asador de espinillo, vio sobre la cuchilla un jinete que trotaba en dirección al puesto. No tardó en reconocer el malacara lunanco de Bonifacia, y, poco después, reconoció a ésta.

La china llegó a la enramada.

—Güenas tardes, — dijo.

—Boas tardes, — contestó él sin volver la cabeza, afanado como estaba en dar vuelta al asado, cerrando un ojo para evitar el humo que producía la grasa al caer en gotas sobre las brasas de tala del fogón.

Bonifacia pudo desmontar, desensillar, soltar el malacara, echar la montura en un rincón y acercarse a la cocina sin que su marido levantara la cabeza. Se dieron la mano sin proferir una palabra; después,

ella se sentó muy tranquila, como si volviera de una visıta.

Y quedaron en silencio hasta que Marín, cortando un trozo de carne.

—J'astá. — murmuró; y se puso a comer.

—No tengo cuchillo, — contestó ella.

—Na solera do rancho istá o melhao velho.

Comieron sin hablar una palabra; tomaron el postre de mate, y más tarde, cuando ya estaba oscuro,

—¡Vaite deitar! — exclamó Pancho.

—¿Ya?

—Ja.

—Vamos.

Ni una voz, ni un reproche, ni el eco de una queja salió del rancho pobre, revuelto como basurero y hediondo como nido de carancho.

La vida siguió como antes.

Pelea más, pelea menos, al igual de lo que había acaecido desde el día subsiguiente al del matrimonio; pero sin recriminaciones, sin la menor alusión a la falta cometida, sin el más mínimo reproche por la pena ocasionada.

Transcurrieron varios meses. Bonifacia no había vuelto a ir a la estancia para llevar ropa a los peones, ni Marín había vuelto a encontrar forasteros en su rancho al regresar del campo. La china parecía fatigada, hastiada de amores, y no oía requiebros: los dos meses de desordenado placer le habían dejado una laxitud, un desgano de los hombres, que la hacían mirar a todos con soberana indiferencia.

Pero existía para Marín otro motivo de pesadumbre. Los compañeros, los peones de la estancia lo volvían loco con los continuos y dolorosos ortigazos de una crítica cruel, con el cauterio de la broma gau-

cha, que es como golpe de rebenque de domar baguales, como pinchazo de aguijón de nazarena, de esas nazarenas herejes que ostentan siempre, pegados con sangre, pelos de ijar de potro. Si Marín iba a entrar en la cocina:

—"Agachate, Marín, no vas a romper la puerta con los cuernos."

Si en el sudar de una faena llegábanse a un arroyo para aplacar la sed:

—"¡Marín, emprestame tu guampa pa tomar agua!"

Si se tañía la guitarra y se cantaban versos estando Marín presente:

"Si los cuernos retoñaran
como retoña el tomillo,
¡cómo no estaría este mozo,
con más cuernos que un novillo!..."

O la variación:

"Si los cuernos retoñaran
como retoña la albaca,
¡cómo no estaría este mozo,
con más cuernos que una vaca!..."

Y si se hablaba de algún vacuno notable, había de ser: "grande como un rancho y cuernudo como Marín."

Al principio Marín reía, o no decía nada; su cabeza de microcéfalo era incapaz de concebir el honor. Sin embargo, a la larga, aquello fue como el vado de un estero muy ancho, entre la nube de jejenes que pican poquito, pero que concluyen por fastidiar: el indio empezó a calentarse.

Una mañana, —un jueves 15 de julio,— se trabajaba en el *Rodeo Grande*, en un aparte, y el pai-

sanaje se consolaba de la fatiga hiriendo sin piedad al pobre diablo Marín. Este, que era cobarde por instinto, por compensación a sus débiles medios de defensa, no decía nada, aunque se le conocía que andaba tragando fuego. Quiso su mala suerte que se le cansara el caballo, y hubo de ir a su rancho a mudar. Llegóse allí apesadumbrado; desensilló y fuése en dirección a la cocina para tomar agua. El destino le hizo tropezar en la piedra de afilar. Se lastimó, le dio rabia y sacó el facón con movimiento instintivo; después, notando lo absurdo de su acción, y como por no confesársela ni a sí mismo, se puso a afilar la lámina larga y aguda.

El brillo del acero lo encandiló, lo enloqueció, y él no supo cómo había entrado en la cocina, ni cómo fue que empezó a descargar hachazos sobre su mujer. Esta gritaba; él no decía nada, pero en cambio hería, hería, sin mirar, a lo bárbaro, descargando el arma con toda la fuerza del músculo, hasta que la víctima logró escapar, huyendo campo afuera.

Cuando los vecinos la recogieron estaba hecha una lástima: quince hachazos en el rostro, su belleza perdida como margarita aplastada por el casco de un potro, y las dos manos inútiles para toda labor.

Marín se presentó al comisario seccional y, seguido el proceso, no alegó nada en su favor, no trató de justificar de ninguna manera su delito, y fue condenado a quince años de presidio. Todavía está en la Penitenciaría de Montevideo.

Tal era la historia de Pancho Marín, una historia estúpida, que hacía reir a todo el vecindario.

Casiano era tal vez quien más reía. ¡Perderse por una mujer!... El, felizmente, no era nada celoso. Cuando su Sunsión no marchaba bien, le daba unos

golpes y un consejo en ancas. Esto del consejo era clásico; se lo había repetido cien veces, y ella lo sabía de memoria:

—"Y no te digo más. El día que no marchés derecho y se me acabe la pasensia, te hago traír el escuro, te lo ensillo, te hasés un atao de tus pilchas y te largo, con eso te vas a ensuciar naguas con los milicos del pueblo, junto a la arrastrada de tu madre."

Y esto lo decía sin enojo, tranquilo, sin alzar el diapasón de su voz gruesa y pausada de correntino legítimo.

No entraba en sus gustos la tragedia.

III

Desde la partida de la vieja Remedios, la casa andaba, en cuanto a limpieza y arreglo, cada día peor.

El pobre rancho de techumbre pajiza ennegrecida por el tiempo, y de paredes de terrón carcomidas por las lluvias, iba adquiriendo aspecto de tapera con la proliferación de yuyos que lo circundaban; vigorosa vegetación de gramíneas que, extendiéndose con cautela al ras de la tierra, dominaba casi el que antes fue patio, rodeaba los muros a manera de golilla esmeraldina, y en partes, atrevida, osada, aprovechando una grieta, trepaba por la pared y miraba con envidia la solera donde las golondrinas hacen sus nidos y dejan sus piojos. Cuando soplaba viento no podía soportarse en el rancho el olor que traía del basurero inmediato, donde se pudrían las sobras de carne, los residuos de la comida y los pedazos de guasca y cuero inservibles. En la boca del barril del agua se veía siempre atravesada una guampa blanca, que antes fue limpia y hasta bella, pero que ahora despedía un olor

desagradable, catingudo, casi repugnante. La cocina era una troja casi sin techo, con mechones de paja retinta y paredes de palo-a-pique con aberturas a los cuatro vientos. El agua entraba allí sin dificultades, apagando a veces el fogón que ardía en mitad de la pieza, y lavando otras la olla de hierro, la sartén, el asador, la guampa con la sal y el tarro con los "chicharrones", las dos fuentes de latón, los cinco platos de idéntico metal y unos pocos cubiertos diferentes; todo lo cual constituía la vajilla de la casa, cucharón más, espumadera menos. No menciono la "pava" y el mate, porque no puede concebirse rancho sin tales prendas. Enfrente de la cocina, a unos quince metros próximamente, estaba la puerta de la casa; una puerta bajita, de dos hojas, una arriba y otra abajo, que no juntaban bien, ni entre sí ni con el marco: el viento norte se colaba por las rendijas, en las frías noches de invierno, con entera libertad. Había una sola habitación dividida en dos por una especie de mampara de percal labrado: la primera era comedor, sala y cuarto de los pequeños; la segunda, que sólo recibía luz cuando se abría una ventanita sin vidrios que miraba al sur, era el dormitorio del matrimonio. En el comedor veíase una mesa de pino, pequeña, desaseada con la tabla superior sajada en los ángulos, donde el correntino o su mujer acostumbraban picar el naco. Había dos sillas de madera, —una sin respaldar,— y un escaño largo, que después de comer se arrimaba contra el muro. En un rincón de la pieza estaba un baúl grande y sobre el baúl la silla de montar de Asunción y el recado de Casiano. En las paredes, de un negro intenso, había un clavo del cual pendían el freno con copas muy grandes y "pontezuela" oscilatoria; el bozal, las cabezadas y riendas de plata: las

prendas de lujo; y más arriba, hundidos en la paja del techo, la marca y la tijera de esquilar, que más se empleaba en emparejar la crin a los caballos.

Se respiraba siempre una atmósfera impura en aquel cuarto, cuyo pavimento estaba lleno de huesos, costillas de vaca o paletas de carnero. Al olor fuerte de las bajeras impregnadas de sudor, se unía el de las ropas del catre de los muchachos, el de los desperdicios putrefactos llevados por los perros y el de los perros mismos, que era tufo de zorrillo y hedor de osamenta.

La segunda pieza era casi lo mismo: la otomana pintada de rojo en más y la luz de la otra en menos. Y el aseo por igual.

Asunción pasaba el día en el arroyo, lavando, o en la cocina tomando mate y charlando con algún peón, más comúnmente con algún muchacho de las inmediaciones.

Habiendo mate amargo y teniendo con quien hablar para sacarle el cuero a cuanto individuo, macho o hembra, conocía siquiera fuese de nombre, ya estaba ella a sus anchas; y si lograba algunos tragos de caña, podía contar aquel día entre los mejores de su vida. De los hijos no se preocupaba para nada. Medio desnudo el mayor, desnuda del todo la niña, —una camisa era habitualmente el abrigo,— vírgenes de calzado los pies de entrambos; ella, sin otra cosa en la cabeza que el cabello escaso, muerto en muchos sitios por un arestín persistente, lo que le daba el aspecto de campo invadido por los médanos; él, con un viejo chambergo del padre, sin color, sin forma, sin cinta, con las alas caídas y un gran agujero en la copa, por el cual salía siempre un mechón de crines de reluciente azabache. El varón contaba cuatro años

y sabía andar a caballo, —después de alzarlo, naturalmente, — repuntar la majada, echar las lecheras, escupir por el colmillo y largar ajos y cebollas como una persona mayor. A *mama* se los largaba a cada rato; lo que con frecuencia le valía un arreadorazo, o un moquete, o, con mayor frecuencia, un golpe de zueco en mitad del lomo, atrapado en la huída. No tenía recado aún, pero sí freno, riendas y un cuero de carnero para cojinillo. Juntaba "puchos", —porque fumaba, — y usaba cuchillo en la cintura.

Casiano pasaba todo el día en el campo o en la estancia, no yendo a su rancho sino a la hora del almuerzo o a la siesta subsiguiente, y luego al oscurecer para cenar y acostarse. Y mientras almorzaba el puchero de espinazo, sin verdura, — a veces sin sal, — o comía el asado de costillas o la pierna de carnero, o el guiso con zapallo, —la *carbonada,* — el correntino se sentía feliz, tragando sin pan ni galleta ni "fariña" grandes trozos de carne que masticaba ligero y con gran ruido.

Durante esas horas, la riña con Asunción no se suspendía más que por el tiempo necesario para dar un pescozón a uno de los chicos.

IV

Había entrado el invierno, un invierno crudo de continuas garúas, frías como nieve.

Los charcos y lagunajos blanqueaban desde lejos; los bañados llenábanse de agua; los cañadones desbordaban.

Las pobres gentes del campo habían mojado todos sus trapos, nunca abundantes, sin sol para orearlos, ni mucha leña seca para calentar sus cuerpos ateridos.

La eterna contemplación de los días grises avinagraba los ánimos; tanto más, cuanto que para ello se unía la holganza, la imposibilidad de distracciones, sobre todo para las mujeres en los ranchos aislados, que no podían salir a paseo, ni esperar visitas. Al cabo de varias semanas de ver los mismos rostros y escuchar las mismas voces, el fastidio llegaba, produciendo la consiguiente irascibilidad.

En Asunción el mal tiempo había obrado poderosamente. Condenada a no hablar sino con su marido, en quien se estrellaba sin eco el oleaje de sus murmuraciones, físicamente incomodada con la escasez de ropas, y contrariada en grado máximo por la carencia de caña, pasaba el día gruñendo, descargando su malhumor sobre las amplias espaldas de su marido.

"¡Tener una que andar tuito el día chapaliando barro como si juera chancho! — decía con una voz tan chillona que llegaba hasta el monte.

—¡Y así anda una hecha una mugre, nada más que pol haragán del correntino, que no había sido capaz de llevar una carrada de piedregullo pal patio! ¡Y eso que la piedra abundaba en el campo lo mesmo que sabandija! ¡Hombre más dejao de la mano de Dios, ni con candil! Dispués, siendo algo pa ella, ¡dejuro, ni esto!..."

Y hacía sonar contra los dientes la uña del pulgar; una uña encanutada, larga y sucia, como de peludo de años.

Estas recriminaciones, estos sangrientos apóstrofes a su marido, eran como un desahogo de su cuerpo pobre, de su alma pequeña. Tenía necesidad de injuriar, de ser feroz, para que no se creyera que admitía superioridades; tenía necesidad de mostrarse mala para con las personas que le eran afectas, a fin

de convencerse de que tales afectos existían. Y toda su aspereza de *garçon manqué,* toda su irascibilidad natural mostrábanse de tal modo acrecentadas en virulencia, que el puño formidable del correntino debió funcionar con sobrada frecuencia; y muchas veces en pocas semanas, su voz pausada y cantora debió repetir la consabida advertencia.

Uno de los últimos domingos de julio, había ido Casiano a la pulpería del Sauce, —distante tres leguas,— y regresó tarde, ya cerrada la noche. Se había demorado bebiendo caña, una caña "juertaza, que le había dejado el gañote raspao, la panza como juego y la cabeza pesada, medio ansina como abombao."

Mientras desensillaba trataba de entonar una canción, como si estuviera juntando alegría para oponerla a la granizada de denuestos que le esperaban.

A sus "buenas noches" no contestó la china.

Lo miró de hito en hito, con la pupila luciente y los labios contraídos. Su vasto repertorio de juramentos, su insondable abismo de refranes, se le vino todo junto a la garganta, le ató la lengua y le impidió hablar. Quería lanzárselos todos a la cara, y le sucedió lo que sucede a dos personas que quieren pasar al mismo tiempo por una puerta angosta.

Se fue a la cocina en busca de la comida, y al regresar con la fuente de lata llena de trozos de espinazo hervido, manchados de amarillo con el zapallo deshecho, ya llevaba estudiado el principio de su discurso:

—¡Como pa dárselo a los perros! —vociferó dejando caer la fuente sobre la mesa; — ¡tuito deshecho, lo mesmo que bofes, de recocido!...

Al igual de la novillada que remolinea en la orilla del vado y se va toda en seguimiento del que ha hecho punta, así, una vez lanzada la primera frase, las demás brotaban solas del fondo profundo de la china.

Casiano esperó a que escampara, y mientras ella escupía, él se atrevió a decir con humildad:

—¡Si no está malo el hervido!...

Fue una baza aislada; no pudo meter más, porque su mujer reanudó el discurso y se fue como bagual con lazo.

—Está güeno pa vos, —gritaba,— pa los animales de correntinos como vos, acostumbraos a comer matambre de yegua, y cuartos de capincho y alones de ñandú, y comadrejas, y una sinfinidad d'enmundicias más; pero no pa la gente, ché, pa la gente de'ste país, que no semos unos arrastraos como ustedes, que vinieron muertos de hambre, de pata en el suelo, cuando los trujo Urquisa, y aquí se quedaron pegaos al pais como garrapata, y pretendiendo hacernos poco caso a los que hemos nacido en esta tierra, que no tiene ni comparancia con el Entre-Ríos de ustedes. ¡Por linda cosa que ha de ser el Entre-Ríos!...

Casiano, muy tranquilo, se había puesto a servir la comida. Al pasar el plato a su mujer, ésta lo rechazó con furia.

—¡No como porquerías!... ¡todos no tenemos tu estógamo!...

Siempre sucedía lo mismo: Asunción no comía cuando se enojaba con su marido; y como esto ocurría casi a diario, había tomado la costumbre de atracarse mientras cocinaba. De este modo podía hacer rabiar a Casiano sin que sufriera su organismo.

El correntino comía en silencio, mientras su esposa continuaba la filípica.

—¡Que se mate una, que trabaje dende que aclara Dios hasta que escurece, pa que el arrastrao de su hombre se esté "mamando" en la pulpería!...

Casiano protestó:

—No, eso no, porque no he tomao...

—¡Consejos, no has tomao vos!... ¡Como no te se siente el jedor a la caña, y como no te se conose en los ojos! ¡Andá a mirarte en el vidrio y verás qué ojitos duros de carnero augao te se han puesto! ¡Andá, andá!...

El correntino comprendió que la discusión sólo podría mantenerse con la suprema elocuencia de sus manazas; y sintiendo la cabeza poco segura, la lengua torpe y los miembros fatigados, optó por callar.

Todavía continuó la china un buen rato su feroz increpación, paseándose por la pieza a grandes pasos agitados. Tenía la cabeza enteramente desgreñada, los ojos inyectados y brillantes, la faz congestionada, los movimientos bruscos e incesantes como los de un atacado del mal de San Vito. Al fin, viendo que su rencor se estrellaba contra la impasibilidad de buey cansado del correntino, calló y fue a recostarse en el marco de la puerta: los pies en el lodo del umbral, la mirada perdida en la oscuridad del patio, la actitud resignada y triste de una víctima inocente sacrificada a la saña de un marido brutal.

Este se atrevió a probar una reconciliación.

—¿No comés, china?

—¡No como!... —contestó ella sin volver la cabeza.

Casiano insistió cariñosamente:

—¡Comé, m'hijita!...

—¡Avisá si me vas a hacer comer por juerza!...

Se me hace que estás bobo de adeberas...

—Y a mí se me hace que has montao un picazo cumpa, y en pelos.

La broma cayó como pólvora en las brasas; las palabras tornaron a salir en borbotones de aquel cuerpo débil y pequeño; los insultos volvieron a rodar uno tras otro como yeguas corridas a bola, y con una mirada de incalificable desprecio, le vomitó al rostro esta frase:

—¡Andá a lamberte!...

Y tornó a dirigir a la oscuridad del patio su mirada centelleante de chimango enfurecido.

El gigantón cruzó los brazos sobre la mesa, dejó reposar sobre ellos la cabeza y se dispuso a dormir como lagarto al sol y a roncar como bagual que se ahorca con la soga.

A su derecha, Lucio arrancaba, a diente, las últimas partículas carnosas de una vértebra que sostenía con sus dos manitas amoratadas, hinchadas por los sabañones. A su izquierda, la pequeña Cleta comía una tajada de zapallo, embadurnándose con él su triste carita pustulosa.

Sus charlas incesantes y los gruñidos de *Zorro* y *Barcino*, que dormían debajo de la mesa, a los pies del amo, —soñando quizá con reses bravías o sabandijas ligeras,— eran las únicas voces que se oían en el interior del rancho.

V

Al día siguiente, Casiano fue a la estancia temprano y regresó antes de medio día, para no volver a salir en toda la tarde.

La garúa continuaba y arreciaba el frío, un frío que hacía soplarse los dedos a los paisanos y decir:

—¡Es yelo que está cayendo!...

Casiano, sentado junto al fogón, sobre un tronco de saúco, estaba alegre aquella tarde, tomando mate y contando cuentos a los muchachos. Había colocado a Cleta sobre sus rodillas y tenía a Lucio al lado, con los codos apoyados en su pierna y la carita en las manos.

Asunción cuidaba el asado, dando vueltas al asador o arreglando las brasas; y como no encontraba motivo de gresca con el marido, peleaba con el fuego:

—¡Pucha, juego emperrao!

Y como el humo la incomodara:

—¡Tamién, milagro había'e ser que no hubieras traído mataojo!

Casiano narraba la *Muerte de don Juan,* último episodio de la larguísima y azarosa vida de este personaje. Los chicos, que en diversas veladas habían oído las otras aventuras, escuchaban con ansiedad el relato de las postreras peripecias del héroe zorruno.

—"Hacía tiempo que don Patricio estaba enemistao con don Juan, — comenzó el narrador, — por causa de una pillería que don Juan le había hecho a don Patricio."

Don Juan era el Zorro; don Patricio, el Carancho.

Partiendo de estos dos personajes principales, el correntino se engolfó en el mar de las aventuras del Zorro; sacó a colación a todos los animales de la fauna nacional, y después de explicar con el sumario de sus aventuras cuál era su situación actual, perseguido con más encarnizamiento que nunca por su tío el Tigre; odiado por su antiguo compañero el Peludo, desde la broma de la enlazada del potro; ene-

mistado con la Tortuga por culpa de la volcada de la carreta; mal con todo el mundo; pobre, y a pie, sin un *tordillo* (ñandú), ni un *pangaré* (venado), iba el narrador a entrar de lleno en el último episodio, cuando Asunción lo interrumpió diciéndole:

—Güeno, dejate de rilaciones y sonseras, qu'el asao se está pasando.

—Aquí no más, — propuso Casiano.

Y bien que ella encontrara la idea de su agrado, por no estar una vez de acuerdo, contestó:

—Eso es, ¡a lo chancho!

Y sacando el asador del fuego, lo clavó en la orilla del rescoldo, entre ella y su marido.

Comieron en silencio, a dedo, sin necesidad de plato ni tenedor, mascando con ruido la carne gorda y arrojando a *Zorro* y *Barcino* las costillas bien peladas o el redondel de "contra el asador", que tiene mal gusto.

Concluida la cena, comenzó el mate amargo.

—Tata, cuente a *Don Juan*, — pidió Lucio volviendo a ocupar su sitio; y la chiquita, todavía con una costilla en la mano, se arrimó callada.

Hubo que continuar la historia.

—Güeno, — empezó. — "Don Juan había tenido que ganar las bagualas, y andaba muy pobre, tan pobre, que no tenía ni pa los vicios."

—¿Ni pa pitar? — preguntó Lucio.

—Ni pa pitar, — respondió el padre con convicción; y el chico sonrió con orgullo a la idea de que él nunca había andado tan pobre.

"Ansina iba una mañana por la costa de un arroyo, cuando vido venir a don Patricio, y encomensaron a platicar."

El gaucho guardó silencio un momento para chupar el cigarro; y notándolo apagado:

—Alcanse un tisón, vieja; — dijo a su mujer.

—¡Pucha el hombre éste si es haragán! — exclamó ella; — ¡toca el tisón con la pata y pide que se lo alcanse!

Se lo dio, sin embargo; y ya encendido el cigarro, Casiano reanudó el hilo de su relato, que se desarrollaba lleno de interés y era escuchado con admiración hasta por la terrible Sunsión.

Don Juan, después de múltiples peripecias, cedía a los ofrecimientos de su amigo, que quería llevarlo al Brasil sobre sus alas: camino seguro, sin peligro de ser sorprendidos por las policías, rápido como ningún otro, y, sobre todo, barato. Una vez pasada la frontera, el matrero se ingeniaría para vivir, y su generoso amigo regresaría a su pago contento con la buena acción llevada a cabo.

Don Juan se subió sobre don Patricio, éste abrió las alas y empezó a ascender, a ascender con creciente velocidad, hasta el punto de que su amigo, alarmado, lo interrogara:

—"¿Para qué tan alto, compadre?"

—"¡Pues pa que no nos baya a bombiar algún polecía y nos menee chumbo!"

La explicación no satisfizo del todo a don Juan; pero guardó silencio, mirando con ojos espantados la enorme distancia que lo separaba de la cuchilla, — distancia que aumentaba por minutos de una manera alarmante. — Iba a interrogar otra vez a su peligroso vehículo cuanto generoso amigo, cuando éste, adelantándose a sus propósitos, detuvo el vuelo y hablóle así:

—"¿Se acuerda, amigo don Juan de la trastada aquélla que me hizo en tal ocasión?

—"¡No hablemos de eso, amigo!" — se apresuró a decir el otro, disculpándose.

Y así continuaron un rato, el uno acusando, el otro defendiéndose y calculando que, si el pérfido amigo lo largaba desde allá arriba, al dar en el suelo, su cuerpo iba a hacerse más pedazos que huevo sacudido por coletazo de lagarto.

El auditorio seguía ansioso las peripecias del drama, y cuando Casiano pintó a don Patricio fiero, iracundo, implacable, haciendo un brusco movimiento y lanzando al vacío a su enemigo para realizar así su cruel venganza, los labios se contrajeron y se dilataron las pupilas en una expresión de horror y angustia, que sólo desapareció con las carcajadas que produjo el último ardid intentado por don Juan. Contaba la tradición, —por boca del correntino,— que cuando el Zorro iba cayendo, vio blanquear en el suelo una enorme piedra. "¡Me destrozo!" se dijo, y empezó a gritar con toda la fuerza de la desesperación:

—"Ladiate piedra, porque si no te parto!"

Como es de suponerse, la piedra permaneció en su sitio y el héroe se destrozó sobre ella, con gran pena de Lucio y Cleta, quienes no perdieron la esperanza de verlo resucitar en otro cuento.

Asunción, que se había interesado hasta el punto de haber dejado enfriar el mate y apagar el pucho, pero que de ninguna manera se avenía a declararlo así, se levantó diciendo con desprecio:

—¡Baya!... ¡Qué pabada! ¡Y una aquí como una sonsa escuchando con la boca abierta, en la crencia que era algo güeno! ¡Siempre el mesmo este ñandú!...

Después de un corto silencio, agregó:

—¿Vamos pal rancho?

—Vamos.

Y los cuatro salieron juntos, contentos, en una armonía bien poco frecuente.

Ya en el rancho, se acostaron los muchachos y el correntino se sentó en la cama para sacarse las botas. De pronto, Asunción, —que andaba dando vueltas sin objeto por la pieza,— dijo afectando indiferencia:

—Me había olvidado de decirte quién estuvo esta mañana.

—¿Quién?...

—El nación del hijo de don *Esmil.*

—El hijo de don *Esmil* no es nación.

—¿No? ¡pucha!... ¡es más atravesao que tranca'e corral!

—Güeno, ¿y qué andaba haciendo?

—Dice que iba pa lo 'e Pintos, a ver una majada que anda por comprar.

Al cabo de unos minutos, Casiano volvió a preguntar:

—¿Bino solo?

—Bino con un pión, —respondió Asunción en voz baja.

—¿Qué pión?...

Ella quedó un rato indecisa, y luego, con rabia, como enojada consigo misma por haber titubeado:

—¡Con Salustiano! — dijo; y se quedó mirando a su hombre cara a cara en fiera actitud de desafío.

Casiano, sentado en el borde de la cama, con la bota que se acababa de quitar en la mano, la observó un instante, alzó el largo brazo y descargó la bota sobre las costillas de la china con cuanta fuerza tenía, diciéndole irónicamente al mismo tiempo:

—¡Colgá en el clabo!

La pobre mujer se dobló, lanzó un bufido y, cuando pudo hablar, dio rienda suelta a su lengua incansable en insultos de todo género, mientras que su marido se desnudaba con toda calma, se metía en la cama, se abrigaba bien con el poncho de paño echado a manera de cobija, y volvía a encender el pucho para concluirlo antes de dormirse, como era su vieja y arraigada costumbre.

Al rato, entre bostezo y bostezo,

—Sigue la garuga, —dijo.— ¡Lindo día nos ba hacer pa la parada de rodeo de mañana!

Asunción, iracunda: —¡Quiera Dios y la Virgen santísima, —vociferó,— que pegués una rodada y te se ponga el mancarrón de poncho y te haga saltar la bosta!...

El correntino rió con socarronería.

VI

Al día siguiente el campo estaba empapado, lo que hacía peligrosísimo trabajar en el rodeo. Sin embargo, era forzoso hacer un aparte, y los peones concurrieron temprano al punto señalado.

Estaba aclarando y los hombres trabajaban recelosos, sacudidos a cada instante por las costaladas y tropezones de sus caballos.

Casiano, —que era un gran trabajador,— iba y venía, bromeando, riendo, presagiando accidentes a los compañeros, y no tardó mucho en ver cumplido su pronóstico en quien lo deseaba con fe: Salustiano, el detestado Salustiano, rodó al correr una vaca cerca del rodeo.

Los presentes festejaron la desgracia, y cuando el indio se levantó hosco y provocativo, Casiano lanzó una carcajada, diciéndole luego:

—¡Había sido parador el moso!

Salustiano odiaba a Casiano, pero le tenía miedo, y guardó silencio, esperaba el desquite.

El correntino corría como un endemoniado, "con una suerte loca", que hacía la desesperación de su rival. Partía a escape, gritaba, gesticulaba, inclinaba ya a un lado, ya a otro, su cuerpo de gigante, hacía dar a su caballo vueltas bruscas en mitad de la carrera, y regresaba al rodeo con la res, altanero, el sombrero en la nuca, la sonrisa en el rostro, el arreador levantado en alto en señal de triunfo.

—Este correntino tiene Dios aparte, — había dicho uno; y el indio Salustiano agregó entre dientes:

—A cada santo su día.

No tuvo que esperar mucho tiempo para ver satisfechos sus anhelos.

Varios peones corrían un novillo hosco de gran alzada y respetable cornamenta. Era ligero, los caballos de los perseguidores no daban, y Casiano, que tenía gran confianza en la rapidez de su "pangaré", pidió la bolada, cerró piernas y se lanzó como flecha por el peligroso cuesta abajo.

La peonada miró con ansia y pudo ver cómo el jinete alcanzaba la res, le hacía costado y, con asombrosa destreza, la traía al rodeo, cansada, rendida. Pero al entrar, al trote largo, en el peladar cubierto de una capa blanda y resbaladiza, el pangaré se dio vuelta de golpe arrojando lejos al amo, cuyo corpachón cayó de espaldas produciendo el ruido de un rancho que se desploma.

La risa fue general. Salustiano preguntó con acento hiriente:

—¿Paró, don Casiano?

—¡Con lo ancho'el lomo! replicó éste furioso, y se puso en pie para volver a montar. En ese momento las carcajadas resonaron con más fuerza: era que llevaba una bosta de vaca adherida a la espalda; lo que dio motivo al indio para gritarle irónicamente:

—¿Por qué no ata el fiambre al fiador, don Casiano? ¡Mire que lo va a perder!...

Casiano se quitó la inmundicia con el mango del arreador, y se fue derecho al indio en actitud amenazadora.

—¡Trompeta! — dijo alzando el palo.

Salustiano, muy pálido, echó mano al cuchillo; pero los compañeros intervinieron y la cosa no tuvo mayor trascendencia.

Sin embargo, cuando el correntino llegó a su rancho, iba con un mal humor poco común en él. Al llegar a la enramada para desensillar, le dio un moquete a Cleta. — porque le había pisado un cojinillo. — que le hizo sangrar las pústulas de la cabeza.

A sus gritos acudió Asunción.

—¿Por qué le pegás a la criatura? — preguntó enconada.

Y él, tirando el basto contra el suelo:

—¡Amolá mucho y verás si hoy ba ser el día que te largue por un cañuto!

La china lo miró, dio media vuelta, sacudió la pollera en señal de desprecio, y fuése para la cocina cantando con su voz aguda y penetrante:

¡Cielo, cielito,
cielito del despampajo,
que si te saco el horcón
te se viene el rancho abajo!.

El correntino, manifiestamente "quemado", no contestó y siguió arreglando el recado. Luego refregó el lomo a su caballo, desenfrenó y largó.

Cuando entró a la cocina para almorzar, iba como toro embravecido. Su cuchillo, siempre muy afilado, cortaba trozos de asado que el gaucho masticaba con fuerza. haciendo mover todo el bosque de pelos de su barba. Tan irritado lo encontró Asunción, que, dominando sus ímpetus, se abstuvo de toda querella. Mas, así que la barriga se iba llenando, la tranquilidad iba invadiendo al gigante. Y a medida que aclaraba su rostro, naturalmente franco y bueno, la hiel circulaba por las carnes pobres, por los miembros escuálidos de la china. A cada pregunta de Casiano contestaba con un descomedimiento, hasta llegar, camino ascendente, al esteral de sus insultos.

—¡No me calentés, Sunción! — había dicho él una vez; y ella proseguía.

El gaucho tomaba mate y mordía el pucho, un pucho chiquito que le quemaba el bigote.

—Tomá, pegamelé un botón a este saco, — dijo alargándoselo a la china.

—No tengo auja; se me ha roto el ojo del auja, — contestó ella.

—¡Lo que vos no tenés es bergüenza!...

—¡Y lo que a vos te sobra es lengua, mancarrón sancocho!

—¡Sunsión!

—¡Andá, andá!...

—¡Sunsión!

A cada palabra, la voz del correntino se hacía más ronca y amenazadora. Su mujer comprendió el peligro; pero una vez lanzada en aquel camino, ya no

podía retroceder. Al último ¡Sunsión!... de Casiano, había respondido furiosa:

—¡Andá a juntar bosta!...

El correntino se levantó pálido y terrible como para fulminarla. Su cuerpo de atleta se irguió altanero con el orgullo del macho fuerte; su cabeza de potro, de potro cerril de largas crines enabrojadas, se alzó como herida de un latigazo; sus ojos tuvieron un relámpago de cólera, sus poderosos dientes rechinaron con fuerza. La mujer, espantada, retrocedió hasta dar con las espaldas contra el muro, y allí quedó con las manos crispadas, el rostro trastornado, los ojos fuera de las órbitas. *Zorro,* asustado, se interpuso ladrando.

El gigante se detuvo: la crisis sanguínea había pasado. Asunción estaba salvada.

Lucio, que estaba por cebar un mate, quedó con la caldera levantada y la boca abierta, en cuclillas, al lado del fogón; mientras Cleta, movido el linfático rostro por una sonrisa triste de niño enfermo, miraba al coloso, encantada de verlo así, tan grande, tan bello.

Casiano se serenó rápidamente, y antes de que Asunción volviera de su estupor,

—Lucio, —dijo,— baya, monte a caballo y traigamé el escuro de su madre.

Y en seguida, dirigiéndose a la china:

—Y vos andá a hacer un atao de tuitas tus pilchas y aprontate pa volar.

Estas palabras fueron dichas con voz tranquila y calmosa; pero había en ellas tal firmeza y energía, que la china obedeció sin chistar.

Poco después, Asunción, vestida con su mejor vestido, —uno de zaraza marrón con flores verdes,— atado a la cabeza un pañuelo de seda multicolor y

puesto el atado de ropa en el gancho de la montura, se disponía a partir para el pueblo, ignominiosamente arrojada de su rancho. Estaba más bien triste que enojada y no se atrevía a hablar una sola palabra, amedrentada con el recuerdo de la escena de la cocina.

Montó a caballo, sola, de un salto, como un macho; castigó y partió al trote, altiva, bien derecha en la silla y sin volver la cabeza ni decir adiós.

Había andado un corto trecho, cuando su marido la llamó.

—¡Ché! — dijo.

Ella detuvo la cabalgadura y volvió el rostro:

—¿Qué querés?

—Mandame del pueblo una mujer pa cuidar los muchachos.

Asunción quedó un momento indecisa; luego, con voz humilde:

—¿Cuánto bas a pagar? — dijo.

—Cuatro pesos.

Volvió a meditar, y en seguida con resolución:

—¡Y güeno! —exclamó,— pagamelós a mí y yo me quedo.

Casiano, a su vez, quedó perplejo, asombrado con lo extraño, inesperado, absurdo de la proposición. Meditó, sonrió y preguntó con sorna:

—¿Como piona?...

—Como piona, — replicó Asunción.

—Güeno, bajate.

Ella se acercó, desmontó, y, tomando el atado, se dirigía al rancho.

—No, — gritó Casiano, — pay no; de piona... ¡la piona ba a la cocina!

LOS AMORES DE BENTOS SAGRERA

Cuando Bentos Sagrera oyó ladrar los perros, dejó el mate en el suelo, apoyando la bombilla en el asa de la caldera, se puso de pie y salió del comedor apurando el paso para ver quién se acercaba y tomar prontamente providencia.

Era la tarde, estaba oscureciendo y un gran viento soplaba del Este arrastrando grandes nubes negras y pesadas, que amenazaban tormenta. Quien a esas horas y con ese tiempo llegara a la estancia, indudablemente llevaría ánimo de pernoctar; cosa que Bentos Sagrera no permitía sino a determinadas personas de su íntima relación. Por eso se apuraba, a fin de llegar a los galpones antes de que el forastero hubiera aflojado la cincha a su caballo, disponiéndose a desensillar. Su estancia no era posada, ¡canejo! — lo había dicho muchas veces; y el que llegase, que se fuera y buscase fonda, o durmiera en el campo, ¡que al fin y al cabo dormían en el campo animales suyos de más valor que la mayoría de los desocupados harapientos que solían caer por allí demandando albergue! En muchas ocasiones habíase visto en apuros, porque sus peones, más bondadosos, — ¡claro, como no era de sus cueros que habían de salir los maneadores! — permitían a algunos desensillar; y luego era ya mucho más difícil hacerles seguir la marcha.

La estancia de Sagrera era uno de esos viejos establecimientos de origen brasileño, que abundan en la frontera y que semejan cárceles o fortalezas. Un largo edificio de paredes de piedra y techo de azotea; unos

galpones, también de piedra, enfrente, y a los lados un alto muro con sólo una puerta pequeña dando al campo. La cocina, la despensa, el horno, los cuartos de los peones, todo estaba encerrado dentro de la muralla.

El patrón, que era un hombre bajo y grueso, casi cuadrado, cruzó el patio haciendo crujir el balasto bajo sus gruesos pies, calzados con pesadas botas de becerro colorado. Abrió con precaución la puertecilla y asomó su cabeza melenuda para observar al recién llegado, que se debatía entre una majada de perros, los cuales, ladrando enfurecidos, le saltaban al estribo y a las narices y la cola del caballo, haciendo que éste, encabritado, bufara y retrocediera.

—¡Fuera, cachorros! — repitió varias veces el amo, hasta conseguir que los perros se fueran alejando, uno a uno, y ganaran el galpón gruñendo algunos, mientras otros olfateaban aún con desconfianza al caballero, que, no del todo tranquilo, titubeaba en desmontar.

—Tiene bien guardada la casa, amigo don Bentos, — dijo el recién llegado.

—Unos cachorros criados por divertimiento, — contestó el dueño de casa con marcado acento portugués.

Los dos hombres se estrecharon la mano como viejos camaradas; y mientras Sagrera daba órdenes a los peones para que desensillaran y llevaran el caballo al potrero chico, éstos se admiraban de la extraña y poco frecuente amabilidad de su amo.

Una vez en la espaciosa pieza que servía de comedor, el ganadero llamó a un peón y le ordenó que llevara una nueva caldera de agua; y el interrumpido mate amargo continuó.

El forastero, don Brígido Sosa, era un antiguo camarada de Sagrera, y, como éste, rico hacendado. Uníalos, más que la amistad, la mutua conveniencia, los negocios y la recíproca consideración que se merecen hombres de alta significación en una comarca. El primero poseía cinco suertes de estancia en Mangrullo, y el segundo era dueño de siete en Guasunambí, y pasaban ambos por personalidades importantes y eran respetados, ya que no queridos, en todo el departamento y en muchas leguas más allá de sus fronteras. Sosa era alto y delgado, de fisonomía vulgar, sin expresión, sin movimiento: uno de esos tipos rurales que han nacido para cuidar vacas, amontonar cóndores y comer carne con "fariña". Sagrera era más bien bajo, grueso, casi cuadrado, con jamones de cerdo, cuello de toro, brazos cortos, gordos y duros como troncos de coronilla; las manos anchas y velludas, los pies como dos planchas, dos grandes trozos de madera. La cabeza pequeña poblada de abundante cabello negro, con algunas, muy pocas, canas; la frente baja y deprimida, los ojos grandes, muy separados uno de otro, dándole un aspecto de bestia; la nariz larga en forma de pico de águila; la boca grande, con el labio superior pulposo y sensual apareciendo por el montón de barba enmarañada. Era orgulloso y altanero, avaro y egoísta, y vivía como la mayor parte de sus congéneres, encerrado en su estancia, sin placeres y sin afecciones. Más de cinco años hacía de la muerte de su mujer, y desde entonces él solo llenaba el caserón, en cuyas toscas paredes retumbaban a todas horas sus gritos y sus juramentos. Cuando alguien le insinuaba que debía casarse, sonreía y contestaba que para mujeres le sobraban con las que había en su campo, y que todavía

no se olvidaba de los malos ratos que le hizo pasar el "diablo de su compañera". Algún peón que lo oía, meneaba la cabeza y se iba murmurando que aquel "diablo de compañera" había sido una santa y que había muerto cansada de recibir puñetazos de su marido, a quien había aportado casi toda la fortuna de que era dueño. Pero como estas cosas no eran del dominio público y quizás no pasaran de murmuraciones de cocina, el ganadero seguía siendo un respetable señor, muy digno de aprecio, muy rico, y aunque muy bruto y más egoísta, capaz de servir al ciento por ciento, a algún desgraciado vecino.

Sosa iba a verlo por un negocio, y proponiéndose grandes ganancias, el hacendado de Guasunambí lo agasajaba de todas maneras.

Ofrecióle en la cena puchero con "pirón", guiso de menudos con "fariña" y un cordero, gordo como un pavo cebado, asado al asador y acompañado de galleta y fariña seca; porque allí la fariña se comía con todo y era el complemento obligado de todos los platos. Y como extraordinario, en honor del huésped se sirvió una "canjica con leite", que, según la expresión brasileña, "si è fejon con toucinho è muito bom: ella borra tudo".

Afuera, el viento que venía desde lejos saltando libre sobre las cuchillas peladas, arremetió con furia contra las macizas poblaciones, y emprendiéndola con los árboles de la huerta inmediata, los cimbró, los zamarreó hasta arrancarles las pocas hojas que les quedaban, y pasó de largo, empujado por nuevas bocanadas que venían del Este, corriendo a todo correr. Arriba, las nubes se rompían con estruendo y la lluvia latigueaba las paredes del caserón y repiquetea-

ba furiosamente sobre los techos de zinc de los galpones.

En el comedor, Sagrera, Sosa y Pancho Castro, — este último capataz del primero, — estaban de sobremesa, charlando, tomando mate amargo y apurando las copas de caña que el capataz escanciaba sin descanso.

Pancho Castro era un indio viejo, de rostro anguloso y lampiño, y de pequeños ojos turbios semiescondidos entre los arrugados párpados. Era charlatán y amigo de cuentos, de los cuales tenía un repertorio escaso, pero que repetía siempre con distintos detalles.

—¡Qué modo de yober! —dijo.— Esto me hace acordar una ocasión, en la estancia del finao don Felisberto Martínez, en la costa 'el Tacuarí...

—¡Ya tenemos cuento! — exclamó Sagrera; y el viejo, sin ofenderse por el tono despreciativo del estanciero, continuó muy serio:

—¡Había yobido! ¡Birgen santísima! El campo estaba blanquiando; tuitos los bañados yenos, tuitos los arroyos campo ajuera, y el Tacuarí hecho una mar...

Se interrumpió para cebar un mate y beber un trago de caña; luego prosiguió:

—Era una noche como ésta; pero entonses mucho más fría y mucho más escura, escurasa: no se bía ni lo que se combersaba. Habíamo andao tuita la nochesita recolutando la majada que se nos augaba por puntas enteras, y así mesmo había quedao el tendal. Estábamo empapaos cuando ganamo la cosina, onde había un juego que era una bendisión 'e Dios. Dispué que comimo "los" pusimo a amarguiar y a contá cuentos. El biejo Tiburcio... ¡usté se ha de acordá del biejo Tiburcio, aquel indio de Tumpambá, grandote como un rancho y fiero como un susto a tiem-

po!... ¡Pucha hombre aquél que domaba laindo! Sólo una ocasión lo bide asentar el lomo contra el suelo, y eso jué con un bagual picaso del finado Manduca, que se le antojó galopiar una mañanita que había yobido a lo loco, y jué al ñudo que...

—Bueno, viejo, —interrumpió Sosa con marcada impaciencia,— deje corcobiando al bagual picaso y siga su cuento.

—Dejuro nos va a salir con alguno más sabido que el bendito, — agregó don Bentos.

—Güeno, si se están riyendo dende ya, no cuento nada, — dijo el viejo atufado.

—¡Pucha con el basilisco! — exclamó el patrón; y luego, sorbiendo media copa de caña, se repantigó en la silla y agregó:

—Puesto que el hombre se ha empacao, yo voy a contar otra historia.

—Vamos a ver esa historia, — contestó Sosa; y don Pancho murmuró al mismo tiempo que volvía a llenar las copas:

—¡Bamo a bé!

El ganadero tosió, apoyó sobre la mesa la mano ancha y velluda como pata de mono, y comenzó así:

—Es un suseso que me ha susedido. Hase de esto lo menos unos catorse o quinse años. Me había casao con la finada, y me vine del Chuy a poblar acá, porque estos campos eran de la finada cuasi todos. Durante el primer año yo iba siempre al Chuy pa vigilar mi establecimiento y también pa...

Don Bentos se interrumpió, bebió un poco de caña, y después de sorber el mate que le alcanzaba el capataz, continuó:

—Pa visitar una mujersita que tenía en un rancho de la costa.

—Ya he oído hablar de eso, —dijo Sosa.— Era una rubia, una brasilera.

—Justamente. Era la hija de un quintero de Yaguarón. Yo la andube pastoriando mucho tiempo; pero el viejo don Juca, su padre, la cuidaba como caballo parejero y no me daba alse pa nada. Pero la muchacha se había encariñao de adeberas, y tenía motivos, porque yo era un moso que las mandaba arriba y con rollos, y en la cancha que yo pisaba no dilataba en quedar solo. El viejo quería casarla con un estopor empleao de la polesía, y como colegí que a pesar de todas las ventajas la carrera se me iba haciendo peluda, y no quería emplear la fuerza, — no por nada, sino por no comprometerme, — me puse a cabilar. ¡Qué diablo! yo tenía fama de artero y esa era la ocasión de probarlo. Un día que había ido de visita a casa de mi amigo Monteiro Cardoso, se me ocurrió la jugada. Monteiro estaba bravo porque le habían carniao una vaca.

—¡Este no es otro que el viejo Juca! — me dijo.

El viejo Juca estaba de quintero en la estancia del coronel Fortunato, que lindaba con la de Monteiro, y a éste se le había metido en el mate que el viejo lo robaba. Yo me dije: "ésta es la mía!" y contesté en seguida:

—Mire, amigo, yo creo que ese viejo es muy ladino, y sería bueno hacer un escarmiento.

Monteiro no deseaba otra cosa y se quedó loco de contento cuando le prometí yo mismo espiar al quintero y agarrarlo con las manos en el barro.

Así fue: una noche, acompañao del pardo Anselmo, le matamos una oveja a Monteiro Cardoso y la enterramos entre el maizal del viejo Juca. Al otro día avisé a la polecía; fueron a la guerta y descubrieron

el pastel. El viejo gritaba, negaba, y amenazaba; pero no hubo tutía: lo maniaron no más y se lo llevaron a la sombra dispués de haberle sobao un poco el lomo con los corbos.

Sonrió Bentos Sagrera, cruzó la pierna derecha, sosteniendo el pie con ambas manos; tosió fuerte y siguió:

—Pocos días dispués fui a casa de Juca y encontré a la pobre Nemensia hecha una mar de lágrimas, brava contra el *bandido* de Monteiro Cardoso, que había hecho *aquello* por embromar a su pobre padre.

Le dije que había ido para consolarla y garantirle que iba a sacarlo en libertad... siempre que ella se portara bien conmigo. Como a la rubia le gustaba la pierna...

—Mesmamente como en la historia que yo iba a contá, cuando el finao Tiburcio, el domadó... dijo el capataz.

—No tardó mucho en abrir la boca pa decir que sí, —continuó don Bentos interrumpiendo al indio.— La llevé al rancho que tenía preparao en la costa, y conversamos, y...

El ganadero cortó su narración para beber de nuevo, y en seguida, guiñando los ojos, arqueando las cejas, continuó contando con la prolijidad comunicativa del borracho, todos los detalles de aquella noche de placer comprada con infamias de perdulario. Después rió con su risa gruesa y sonora y continua como mugido de toro montaraz.

Una inmensa bocanada de viento entró en el patio, azotó los muros de granito, corrió por toda la muralla alzando a su paso cuanta hoja seca, trozo de papel o chala vieja encontró sobre el pedregullo, y luego de remolinear en giros frenéticos y dando au-

llidos furiosos, buscando una salida, golpeó varias veces, con rabia, con profundo encono, —cual si quisiera protestar contra el lúbrico cinismo del ganadero,— la sólida puerta del comedor, detrás de la cual los tres ebrios escuchaban con indiferencia el fragor de la borrasca.

Tras unos minutos de descanso, el patrón continuó diciendo:

—Por tres meses la cosa marchó bien, aunque la rubia se enojaba y me acusaba de dilatar la libertad del viejo; pero dispués, cuando lo largaron a éste y se encontró con el nido vacío, se propuso cazar su pájara de cualquier modo y vengarse de mi jugada. Yo lo supe; llevé a Nemensia a otra jaula y esperé. Una noche me agarró de sopetón, cayendo a la estancia cuando menos lo esperaba. El viejo era diablo y asujetador; y como yo, naturalmente, no quería comprometerme, lo hice entretener con un pión y mi hice trair un parejero que tenía a galpón, un tubiano...

—Yo lo conocí, —interrumpió el capataz;— era una maula.

—¿Qué? — preguntó el ganadero ofendido.

—Una maula; yo lo bide cuando dentró en una penca en el Cerro; corrió con cuatro estopores... y comió cola las tresientas baras.

—Por el estado, que era malo.

—Porque era una maula,—continuó con insistencia el capataz: no puede negá el pelo... ¡tubiano!...

—Siga, amigo, el comento, que está lindo, —dijo Sosa para cortar la disputa. Y don Bentos, mirando con desprecio al indio viejo, prosiguió diciendo:

—Pues ensillé el tubiano, monté, le bajé la bandera y fui a dar al Cerro-Largo, dejando al viejo Juca en

la estancia, bravo como toro que se viene sobre el lazo. Dispués me fui pa Montevideo, donde me entretuve unos meses, y di'ay que yo no supe cómo fue que lo achuraron al pobre diablo. Por allá charlaban que habían sido mis muchachos, mandaos por mí; pero esto no es verdá...

Hizo don Bentos una mueca cínica, como para dar a entender que realmente era el asesino del quintero, — y siguió tranquilo su relato:

—Dispués que pasaron las cosas, todo quedó otra vez tranquilo. Nemensia se olvidó del viejo; yo le hice creer que había mandao decir unos funerales por el ánima del finao, y ella se convensió de que yo no era cumple de nada. Pero, amigo, usté sabe que petiso sin mañas y mujer sin tachas no ha visto nadies tuavía!...La rubia me resultó selosa como tigra resién parida y me traía una vida de perros, jeringando hoy por esto y mañana por aquello.

—Punto por punto como la ñata Grabiela en la rilasión que yo iba a haser, — ensartó el indio, dejando caer la cabeza sobre el brazo que apoyaba en la mesa.

Don Bentos aprovechó la interrupción para apurar el vaso de alcohol, y después de limpiarse la boca, continuó, mirando a su amigo:

—¡Pucha si era selosa! Y como dejuro yo le había aflojao manija al prinsipio, estaba consentida a más no poder, y de puro quererme empesó a fastidiarme lo mismo que fastidia una bota nueva. Yo tenía, naturalmente, otros gallineros donde cacarear; — en el campo no más, aquella hija de don Gumesindo Rivero, y la hija del puestero Soria, el canario Soria, y Rumualda, la mujer del pardo Medina...

—¡Una manadita flor! — exclamó zalameramente el visitante; a lo que Sagrera contestó con un

—¡Eh! — de profunda satisfacción.

Y reanudó el hilo de su cuento.

—Cuasi no podía ir al rancho: se volvía puro llorar y puro echarme en cara lo que había hecho y lo que no había hecho, y patatrís y patatrás, ¡como si no estuviera mejor conmigo que lo que hubiera estao con el polecía que se iba a acollarar con ella, y como si no estuviera bien paga con haberle dao población y con mandarle la carne de las casas todos los días, y con las lecheras que le había emprestao y los caballos que le había regalao!... ¡No, señor; nada! Que "cualquier día me voy a alsar con el primero que llegue..." Que "el día menos pensao me encontrás augada en la laguna..." Y esta música todas las veses que llegaba y hasta que ponía el pie en el estribo al día siguiente, pa irme. Lo pior era que aquella condenada mujer me había ganao el lao de las casas, y cuando muy aburrido, le calentaba el lomo, en lugar de enojarse, lloraba y se arrastraba y me abrasaba las rodillas y me acarisiaba, lo mismo que mi perro overo *Itacuaitiá* cuando le doy unos rebencasos. Más le pegaba y más humilde se hasía ella; hasta que al fin me entraba lástima y la alsaba y la acarisiaba, con lo que ella se ponía loca de contenta. ¡Lo mismo, esatamente lo mismo que *Itacuaitiá!*... Así las cosas, la mujer tuvo un hijo, y dispués otro, y más dispués otro, como pa aquerensiarme pa toda la vida. Y como ya se me iban poniendo duro los caracuses, me dije: lo mejor del caso es buscar mujer y casarse, que de ese modo se arregla todo y se acaban las historias. Cuando Nemensia supo mi intensión, ¡fue cosa bárbara! No había modo de consolarla, y sólo pude con-

seguir que se sosegase un poco prometiéndole pasar con ella la mayor parte del tiempo. Poco dispués me casé con la finada y nos vinimos a poblar en este campo. Al prinsipio todo iba bien y yo estaba muy contento con la nueva vida. Ocupao en la costrusión de esta casa, — que al prinsipio era unos ranchos no más; — entusiasmao con la mujersita nueva, y en fin, olvidado de todo con el siempre estar en las casas, hiso que no me acordara pa nada de la rubia Nemensia, que había tenido cuidao de no mandarme desir nada. Pero al poco tiempo la muy oveja no pudo resistir y me mandó desir con un pión de la estansia que fuera a cumplir mi palabra. Me hise el sonso: no contesté; y a los cuatro días, ya medio me había olvidao de la rubia, cuando resibí una esquela amenasándome con venir y meter un escándalo si no iba a verla. Comprendí que era capás de haserlo, y que si venía y la patrona se enteraba, iba a ser un *viva la patria.* No tuve más remedio que agachar el lomo y largarme pa el Chuy, donde estuve unos cuantos días. Desde entonces seguí viviendo un poco aquí y un poco allá, hasta que, — yo no sé si porque se lo contó algún lengua larga, que nunca falta, o porque mis viajes repetidos le dieron que desconfiar, — la patrona se enteró de mis enredos con Nemensia y me armó una que fue como disparada de novillos chúcaros a media noche y sin luna. Si Nemensia era selosa, la otra, ¡Dios nos asista!... Sermón aquí, responso allá, me tenía más lleno que bañao en invierno y más desasosegao que animal con bichera. Era al ñudo que yo le hisiera comprender que, si no era Nemensia, sería otra cualesquiera, y que no tenía más remedio que seguir sinchando y avenirse con la suerte, porque yo era hombre así y así había de ser. ¡No, señor!...

La brasilera había sido de mal andar, y cuando me le iba al humo corcobiaba y me sacudía con lo que encontraba. Una vez cuasi me sume un cuchillo en la pansa porque le dí una cachetada. ¡Gracias a la cuerpiada a tiempo, que si no me churrasquea la indina! Felismente esto duró poco tiempo, porque la finada no era como Nemensia, que se contentaba con llorar y amenasarme con tirarse a la laguna: la patrona era mujer de desir y haser las cosas sin pedir opinión a nadies. Si derecho, derecho; si torsido, torsido: ella enderesaba no más y había que darle cancha como a novillo risién capao. Pasó un tiempo sin desirme nada; andubo cabilosa, seria, pero entonces mucho más buena que antes pa conmigo, y como no me chupo el dedo y maliseo las cosas siempre bien, me dije: la patrona anda por echarme un pial; pero como a matrero y arisco no me ganan ni los baguales que crían cola en los espinillales del Rincón de Ramírez, se va a quedar con la armada en la mano y los rollos en el pescueso. Encomensé a bicharla, siempre hasiéndome el sorro muerto y como si no desconfiara nada de los preparos que andaba hasiendo. No tardé mucho en colegirle el juego, y... ¡fijesé, amigo Sosa, lo que es el diablo!... ¡me quedé más contento que si hubiera ganao una carrera grande!... Figuresé que la tramoya consistía en haser desapareser a la rubia Nemensia!...

—¿Desaparecer, o *esconder?* — preguntó Sosa guiñando un ojo y contrayendo la boca con una sonrisa aviesa.

Y Bentos Sagrera, empleando una mueca muy semejante, respondió en seguida:

—Desapareser o esconder; ya verá.

Después prosiguió:

—Yo, que, como le dije, ya estaba hasta los pelos de la hija de don Juca, vi el modo de que me dejaran el campo libre al mismo tiempo que mi mujer hasía las pases; y la idea me gustó como ternero orejano. Es verdá que sentía un poco, porque era feo haser así esa asión con la pobre rubia; pero, amigo, ¡qué íbamos a haser! A caballo regalao no se le mira el pelo, y como al fin y al cabo yo no era quien pisaba el barro, ni era cumple siquiera, me lavé las manos y esperé tranquilamente el resultao. La patrona andaba de conversaciones y más conversaciones con el negro *Caracú*, un pobre negro muy bruto que había sido esclavo de mi suegro y que le obedesía a la finada lo mismo que un perro. Bueno, —me dije yo,— lo mejor será que me vaya pa Montevideo, así les dejo campo libre, y además, que si acaso resulta algo jediondo no me agarren en la voltiada. Y así lo hise en seguida. La patrona y *Caracú* no esperaban otra cosa. —continuó el ganadero después de una pausa que había aprovechado para llenar los vasos y apurar el contenido del suyo.— La misma noche en que bajé a la capital, el negro enderesó pa la estansia del Chuy con la cartilla bien aprendida y dispuesto a cumplirla al pie de la letra, porque estos negros son como cusco, y brutasos que no hay que hablar. *Caracú* no tenía más de veinte años, pero acostumbrao a los lasasos del finao mi suegro, nunca se dio cuenta de lo que era ser libre, y así fue que siguió siendo esclavo y obedesiendo a mi mujer en todo lo que le mandase haser, sin pensar si era malo o si era bueno, ni si le había de perjudicar o le había de favoreser; vamos: que era como mancarrón viejo que se amolda a todo y no patea nunca. El tenía la idea, sin duda, de que no era responsable de nada, o de que puesto

que la patrona le mandaba haser una cosa, esa cosa debía ser buena y permitida por la autoridá. ¡Era tan bruto el pobre negro *Caracú*...! ¡La verdá que se presisaba ser más que bárbaro pa praticar lo que praticó el negro! ¡Palabra de honor! yo no lo creí capás de una barbaridá de esa laya... porque, caramba, ¡aquello fue demasiao, amigo Sosa, fue demasiao!...

El ganadero, que hacía rato titubeaba, como si un escrúpulo lo invadiera impidiéndole revelar de un golpe el secreto de una infamia muy grande, se detuvo, bruscamente interrumpido por un trueno que reventó formidable, largo, horrendo, como la descarga de una batería poderosa. El caserón tembló como si hubiera volado una santabárbara en el amplísimo patio; el indio Pancho Castro despertó sobresaltado; el forastero, que de seguro no tenía la conciencia muy limpia, tornóse intensamente pálido; Bentos Sagrera quedóse pensativo, marcado un cierto temor en la faz hirsuta; y, durante varios minutos, los tres hombres permanecieron quietos y callados, con los ojos muy abiertos y el oído muy atento, siguiendo el retumbo decreciente del trueno. El capataz fue el primero en romper el silencio:

—¡Amigo! —dijo,— ¡vaya un rejusilo machaso! ¡Este, a la fija que ha caído! ¡Quién sabe si mañana no encuentro dijuntiao mi blanco porselana. Porque, amigo, estos animales blancos son perseguido po lo rayo como la gallina po el sorro!...

Y como notara que los dos estancieros continuaban ensimismados, el indio viejo agregó socarronamente:

—¡Nu'ay como la caña pa dar coraje a un hombre!

Y con trabajo, porque tenía la cabeza insegura y los brazos sin fuerzas, llenó el vaso y pasó la botella

al patrón, quien no desdeñó servirse y servir al huésped. Para la mayoría de los hombres del campo, la caña es un licor maravilloso; además de servir de remedio para todo mal, tiene la cualidad de devolver la alegría siempre y cada vez que se tome. Así fue que los tertulianos aquellos quedaron contentos: luchando el indio por conservar abiertos los párpados; ansioso Sosa por conocer el desenlace de la comenzada historia, e indeciso Bentos Sagrera entre abordar y no abordar la parte más escabrosa de su relato. Al fin, cediendo a las instancias de los amigos y a la influencia comunicativa del alcohol, que hace vomitar los secretos más íntimos hasta a los hombres más reservados, — las acciones malas como castigo misterioso, y las buenas acciones como si éstas se asfixiaran en la terrible combustión celular, — se resolvió a proseguir, no sin antes haber preguntado a manera de disculpa:

—¿No es verdá que yo no tenía la culpa, que yo no soy responsable del susedido?

Sosa había dicho:

—¡Qué culpa va a tener, amigo!

Y el capataz había agregado entre varios cabeceos:

—¡Dejuro que no!... ¡dejuro que no!... ¡que no!... ¡que no!... ¡no!... ¡no!...

Con tales aseveraciones, Sagrera se consideró libre de todo remordimiento de conciencia y siguió contando:

—El negro *Caracú*, como dije, y a quien yo no creía capás de la judiada que hiso, se fue al Chuy dispuesto a llevar a cabo la artería que le había ordenado mi mujer... ¡Qué barbaridá!... ¡Si da frío contarlo!... ¡Yo no sé en lo que estaba pensando la pobresita de la finada!... En fin, que el negro llegó

a la estansia y allí se quedó unos días esperando el momento oportuno pa dar el golpe. Hay que desir que era un invierno de lo más frío y de lo más lluvioso que se ha visto. Temporal ahora, y temporal mañana, y deje llover, y cada noche más oscura que cueva de ñacurutú. No se podía cuasi salir al campo y había que dejar augarse las majadas o morirse de frío, porque los hombres andaban entumidos y como baldaos del perra de tiempo aquél. ¡Amigo! ¡ni qué comer había! carne flaca, pulpa espumosa, carne de perro, de los animales que cueriábamos porque se morían de necesidá. La suerte que yo estaba en Montevideo y allí siempre hay buena comida misturada con yuyos. Bueno: *Caracú* siguió aguaitando, y cuando le cuadró una noche bien negra, ensilló disiendo que rumbiaba pacá, y salió. En la estansia todos creyeron que el retinto tenía cueva serca y lo dejaron ir sin malisear nada. ¡Qué iban a malisear del pobre *Caracú*, que era bueno como el pan y manso como vaca tambera! Lo embromaron un poco disiéndole que *churrasqueara* a gusto y que no tuviera miedo de las *perdises*, porque como la noche estaba de su mismo color, ellos se entenderían. Sin embargo, uno hiso notar que el moso era prevenido y campero, porque había puesto un maniador en el pescueso del caballo y otro debajo de los cojinillos, como pa atar a soga, bien seguro, en caso de tener que dormir a campo. Dispués lo dejaron marchar sin haber lograo que el retinto cantara nada. *Caracú* era como bicho pa rumbiar, y así fue que tomó la diresión del rancho de la rubia Nemensia, y al trote y al tranco, fue a dar allá, derechito no más. Un par de cuadras antes de llegar, en un bajito, se apió y manió el caballo. Allí, —el negro mismo contó después todos, pero todos los de-

talles, — picó tabaco, sacó fuego en el yesquero, ensendió el sigarro y se puso a pitar, tan tranquilo como si en seguida fuese a entrar a bailar a una sala, o pedir la maginaria pa pialar de volcao en la puerta de una manguera. ¡Tenía el alma atravesada aquel pícaro!... Luego dispués, al rato de estar pitando en cuclillas, apagó el pucho, lo puso detrás de la oreja, desprendió el maniador del pescueso del caballo, sacó el que llevaba debajo de los cojinillos y se fue caminando a pie, despasito, hasta los ranchos. En las casas no había más perros que un cachorro barsino que el mismo negro se lo había regalao; así fue que cuando éste se asercó, el perro no hiso más que ladrar un poquito y en seguida se sosegó reconosiendo a su amo antiguo. *Caracú* buscó a tientas la puerta del rancho, la sola puerta que tenía y que miraba pal patio. Cuando la encontró se puso a escuchar; no salía ningún ruido de adentro: las gentes pobres se acuestan temprano, y Nemensia seguro que roncaba a aquellas horas. Dispués con un maniador ató bien fuerte, pero bien fuerte, la puerta contra el horcón, de modo que nadie la pudiera abrir de adentro. Yo no sé cómo la ató, pero él mismo cuenta que estaba como pa aguantar la pechada de un novillo. En seguida rodió el rancho, se fue a una ventanita que había del otro lao y hiso la misma operasión. Mientras tanto, adentro, la pobre rubia y sus tres cachorros dormían a pierna suelta, seguramente, y en la confiansa de que a rancho de pobre no se allegan matreros. ¡Y Nemensia, que era dormilona como lagarto y de un sueño más pesao qu'el fierro!... Dispués de toda esta operasión y bien seguro de que no podían salir de adentro, el desalmao del moreno...

— ¡Parese mentira que haiga hombres capases de ha-

ser una barbaridá de esa laya!... — Pues el desalmao del moreno, como se lo cuento, amigo Sosa, le prendió fuego al rancho por los cuatro costaos. En seguida que vio que todo estaba prendido y que con la ayuda de un viento fuerte que soplaba, aquello iba a ser como quemasón de campo en verano, sacó el pucho de atrás de la oreja, lo ensendió con un pedaso de paja y se marchó despasito pal bajo, donde había dejao su caballo. Al poquito rato empesó a sentir los gritos tremendos de los desgrasiaos que se estaban achicharrando allá adentro; pero así y todo el negro tuvo alma pa quedarse clavao allí mismo sin tratar de juir! ¡Qué fiera, amigo, qué fiera!... ¡En fin, hay hombres pa todo! Vamos a tomar un trago... ¡Eh! ¡don Pancho!... ¡Pucha hombre flojo pa chupar!... Pues, como desía, el negro se quedó plantao hasta que vio todo quemao y todo hecho chicharrones. Al otro día mi compá Manuel Felipe salió de mañanita a recorrer el campo, campiando un caballo que se le había estraviao, se allegó por la costa y se quedó pasmao cuando vio el rancho convertido en escombros. Curiosió, se apió, removió los tisones y halló un muchacho hecho carbón, y dispués a Nemensia lo mismo, y no pudo más y se largó a la oficina pa dar cuenta del susedido. El comisario fue a la estansia pa ver si le endilgaban algo, y en cuanto abrió la boca, el negro *Caracú* dijo:

—¡Juí yo!

No lo querían creer de ninguna manera.

—¡Cómo que fuistes vos! —le contestó el comisario; — ¿te estás riendo de la autoridá, retinto?

—No, señó; ¡juí yo!

—¿Por qué?

—Porque me mandó la patrona.

—¿Que quemaras el rancho?

—Sí.

—¿Con la gente adentro?

—¡Dejuro!... ¡y pues!

—¿Y no comprendés que es una barbaridá?

—La patrona mandó.

Y no hubo quien lo sacara de ahí.

—¡La patrona mandó! — desía a toda reflesión del comisario o de los piones. Así fue que lo maniaron y lo llevaron. Cuando supe la cosa me pasó frío, ¡amigo Sosa!... Pero, dispués me quedé contento, porque al fin y al cabo me vi libre de Nemensia y de los resongos de la finada, sin haber intervenido pa nada. ¡Porque yo no intervine pa nada, la verdá, pa nada!

Así concluyó Bentos Sagrera el relato de sus amores; y luego, golpeándose los muslos con las palmas de las manos:

—¡Eh! ¿qué tal?... — preguntó.

Don Brígido Sosa permaneció un rato en silencio, mirando al capataz que roncaba con la cabeza sobre la mesa. Después, de pronto:

—Y el negro, — dijo, — ¿qué suerte tuvo?

—Al negro lo afusilaron en Montevideo, — contestó tranquilamente el ganadero.

—¿Y la patrona?...

—La patrona anduvo en el enredo, pero se arreglaron las cosas.

—¡Fue suerte!

—Fue. Pero también me costó una ponchada de pesos.

Don Brígido sonrió y dijo zalameramente:

—Lo cual es sacarle un pelo a un conejo.

—¡No tanto, no tanto! —contestó Bentos Sagrera fingiendo modestia.

Y tornó a golpearse los muslos y a reir con tal estrépito, que dominó los ronquidos de Castro, el silbido del viento y el continuo golpear de la lluvia sobre el techo de zinc del gran galpón de los peones.

TERU - TERO

Don Ciriaco Palma, hacendado rico, poseía dos estancias en el departamento de Cerro-Largo: una sobre el Aceguá y otra sobre el Río Negro, separadas entre sí por una extensión de quince kilómetros, más o menos. Su residencia del Aceguá, la constituía una maciza y pesada construcción de piedra, especie de fortaleza a prueba de matreros. Allí pasaba las tres cuartas partes del año, en compañía de su hija Camila, único fruto de su matrimonio con Rudecinda Puentes, buena paisana que murió de tisis, según el médico, y de *mal* echado por su marido, según las gentes. Decíase en la comarca, que Rudecinda era extremadamente celosa, y muy enamorado don Ciriaco, al punto de tener un par de hijos en el rancho de cada agregado, los que no bajaban de diez. Aseguraban también las gentes que no respetaba "pelo ni marca"; que caían por igual blancas y negras, y que cuando recorría el campo y llegaba a un puesto, solían caer de rodillas, juntar las manos y pronunciar un "¿Santito?", rapazuelos de tez cobriza, nariz chata, ojos azules y cabellos rubios amotados. En vida de su mujer, don Ciriaco hizo un viaje a la estancia del Río Negro para dirigir la esquila, y estuvo allí varios días. Concluida la faena, hubo fiestas: pasteles y tortas fritas, asado con cuero y vino a discreción. Por la noche se jugó al truco, hasta muy tarde; y doña Paula, mujer ya entrada en años, y que en sus mocedades había gozado fama de alegre y amiga de empinar el codo, acarreaba el mate amargo desde la cocina,

e iba, de rato en rato, a llenar en la despensa la botella de caña que los jugadores vaciaban con rapidez increíble. Como la despensa, —una troja,— estaba a oscuras, doña Paula llenaba demasiado la botella, y por no llevarla chorreando, apuraba unos tragos en cada ocasión. No andaría muy bien cuando don Ciriaco, al recibir la calabaza, le dijo, con entonación entre reprensiva y cariñosa:

—Su mate está lavao, bieja.

—¿Y d'iai? —contestó ella, lanzando un regüeldo de caña.— ¿Cómo quiere que esté güeno si hace dos horas que estoy trajinando de acá payá y ya se han tomao una sinfinidad de cafeteras de agua! Si no tienen las tripas verdes...

—Güeno, bieja, no se enoje: baya a trair otra boteya de caña y no sebe más mate.

La mujer salió tambaleando y la partida de truco continuó encarnizada, gritando y embrollándose mutuamente, porque todos estaban borrachos.

Como la botella no volvía, don Ciriaco, impaciente, se levantó y salió al patio. Gritó y no le respondieron. Entonces, dando traspiés, se dirigió a la despensa. Llamó y no obtuvo respuesta. Encendió un fósforo y vio a doña Paula tirada en el suelo, boca arriba, con la botella de caña en la mano. La pollera de percal, levantada, dejaba ver las piernas bien hechas y todavía incitantes.

Don Ciriaco la contempló hasta que el fósforo, quemándole los dedos, se le escapó y se apagó. Entonces, sin saber lo que hacía, se dejó caer, él también, sobre el pavimento de tierra de la troja.

Siete meses más tarde, Rudecinda daba a luz una hermosa y rolliza niña, y tres días después doña Paula moría de parto, dejando, como fruto del placer mo-

mentáneo saboreado en instantes de afrentosa borrachera, un niño débil, raquítico y con enorme cabeza alargada. Mientras la niña crecía lozana y mimada en la estancia de Aceguá, el pobre sietemesino criado guacho en la del Río Negro, se agrandaba poco a poco y sin vigor, como los molles en las infecundas hendiduras de la sierra. No tuvo otros juguetes que las "tabas" y "caracuces" que los perros abandonaban en el patio, ni otras caricias que los manotones de dos cuzcos canelos, únicos seres que jugaban con él, arañándole algunas veces, mordiéndole otras. A los dos años no caminaba y a los tres no articulaba sino una que otra palabra. Un día, el padre, que jamás le dio un beso, ni siquiera le tomó en sus brazos, decidió bautizarlo, aprovechando la visita del cura de la parroquia. Concluida la ceremonia, los concurrentes, — don Ciriaco el primero, — estuvieron de fiesta y holgorio, sin acordarse para nada del pequeño miserable que dormitaba tirado dentro de un cajón con un cuero de oveja por colchón, sin una pequeña almohada en que reposar su enorme cabeza de idiota. Le habían puesto por nombre Cirilo; pero los peones lo llamaban siempre *Teru-tero* y así siguieron llamándolo Don Ciriaco, — después de muerta su mujer, — llevó al Aceguá, en calidad de concubina, a una de sus agregadas; y casi todos los veranos iba, con ella y su hija Camila, a pasar un par de meses en la estancia del Río Negro, que era muy alegre, y tenía, a seiscientos metros, un bañadero espléndido. Durante estas cortas estadías, la diversión favorita de Camila era Teru-tero. Se servía de él como de un muñeco, mimándolo, acariciándolo, o pegándole y riéndose de su desgracia. — Así pasaron varios años. La última vez que Camila fue con su familia a la residencia veraniega

contaba veinte años y era una moza alegre, robusta y juguetona. Teru-tero había crecido también, pero era siempre el mismo ser disforme, de largas piernas escuálidas, brazos de chimpancé y enorme cabeza hundida entre los hombros, que se elevaban a manera de dos montículos. Su cara era larga, flaca y de color terroso; el cabello largo, lacio y mugriento, caía sobre la espalda y sobre la frente estrecha; la boca, muy grande, con el labio inferior grueso y caído, dejaba ver cuatro incisivos superiores, largos, separados, irregulares y negros; los ojos, de un azul claro, tenían la mirada de los idiotas, pálida y sin vida. Hablaba poco y con grandes esfuerzos, y haciendo mil muecas ridículas. En la estancia era menos que un perro; comía lo que sobraba, y más de una vez, hambriento, disputó a los perros un pedazo de carne flaca o los tendones de una rótula. Su traje eran harapos que recogía del basurero, o que algún peón le daba en pago de algunas torturas que le infligía; su habitación era un ángulo del galpón, donde dormía sobre una piel de carnero, entre pilas de cueros y bolsas de lana y cerda. Todos los hombres eran iguales para él: todos lo mandaban con modos groseros, todos lo pifiaban, a todos servía de estropajo casi siempre, y de risa y burla siempre. La burla grosera del gaucho, que consistía en darle golpes, en martirizarlo físicamente, ya que la idiotez de Cirilo le impedía comprender y por lo tanto enfadarse por los dicharachos. Su padre jamás se preocupó de aquella sangre suya, y no tenía para él ni odio ni cariño: le era completamente indiferente; lo miraba más como una cosa que como un ser humano. Él, por su parte, veía con terror a aquel hombre grande, barbudo, altanero, que mandaba con soberbia y llenaba la estancia con sus gritos cuando

montaba en cólera, lo que era frecuente. Una vez, mientras don Ciriaco ensillaba en la enramada, Teru-tero, con los brazos caídos y la boca abierta, lo contemplaba embelesado. El ganadero no había notado su presencia; pero, al recoger la sobrecincha, vio que el muchacho pisaba la punta de la correa. Entonces dio un tirón, levantó la prenda y descargó tan fuerte golpe sobre las piernas del desgraciado, que éste huyó dando gritos como perro castigado. Desde esa vez, Teru-tero huía del hombre barbudo como de un demonio.

Camila mostraba gran preferencia por un mocetón del pago, un gauchito aindiado, trigueño y jaranista, célebre por sus fuerzas y sus proezas como domador de afición. Con frecuencia iba a la estancia del Río Negro y sus relaciones con Camila aumentaban rápidamente. Eran dos caracteres semejantes y se entendían a las mil maravillas. Muchas veces, paseando por el patio, él, — que ardía en deseos y con la boca seca y el espíritu embotado no encontraba frases que dirigir a su prenda, — llamaba a Teru-tero y se ensañaba con éste, inventando diabólicas travesuras, que la china festejaba con grandes risotadas. Un día, fue a la cocina, asó un hermoso *choclo* y se lo dio a Camila, quien, cambiándolo de una a otra mano y soplándolo para no quemarse, se entretuvo luego en arrojar algunos granos a la distancia, exclamando al mismo tiempo alegremente:

—¡Tomá, Teru-tero, tomá!

Y Teru-tero, sumiso, humilde, recogía los granos, uno por uno, y los comía sonriendo, mientras Camila y su novio reían. Después tomaban piedras, un pañuelo, una "guasca", otros objetos por el estilo, y se los arrojaban para que fuera a traerlos.

—¡Busca, Teru-tero, busca!

El infeliz idiota corría presuroso y reía, sacudiendo su horrible cabeza deforme, contento con aquel juego, al cual debían seguir otros tan vejatorios y más crueles.

El gauchito había regalado a Camila unas boleadoras con piolín en vez de trenza, y bolas de plomo en lugar de piedras; boleadoras a propósito para cazar ñandús. Cierta tarde salieron los dos al campo, siguiéndolos, como un perro, Cirilo. Entre el gauchito y él espantaban los ñandús y Camila tiraba. Pero como no lograra apresar ninguna de aquellas ligeras zancudas, llegó a enfadarse y se le ocurrió descargar su mal humor sobre el huérfano, a quien acusaba de torpe y de no haber espantado bien los bípedos. En un momento de rabia le tiró las boleadoras, y el infeliz, enredado, cayó en tierra. Camila rió largamente y utilizó el descubrimiento. Teru-tero supliría a los avestruces.

—¡Corre, Teru-tero! —gritaba excitada;— ¡corre, Teru-tero!

Y sus piolines, con las extremidades terminadas en bolas de plomo, se enroscaban en las débiles piernas de Cirilo, machucándolo y haciéndolo caer, lo que motivaba una explosión de risa en Camila y su compañero. Éste iba por las boleadoras y el juego continuaba. A poco el idiota no pudo más y se detuvo como bestia transida; pero el paisanito comenzó a darle golpes de arreador y el infeliz tuvo que seguir disparando, hasta que, maniatado de nuevo, caía en tierra y de nuevo veíase obligado a levantarse azuzado por las bromas y la trenza del arreador del gaucho. Como zorro perseguido por mastines enfurecidos, corrió, corrió, en dirección a la estancia, hasta que

logró ganar el galpón, y fue a tirarse, rendido y con las piernas ensangrentadas, sobre el cuero de carnero que le servía de cama, entre pilas de cerda y lana.

Los dos jóvenes lo dejaron tranquilo, y él, hundido allí, a la manera de perro acosado, sin ánimo para moverse y con miedo de ir en busca de una piltrafa, se durmió profundamente, recogidas las flacas piernas laceradas y apoyada sobre los brazos escuálidos la enorme cabeza de idiota, cuyos cabellos desgreñados caían ocultando el rostro.

Hacía rato que dormía, cuando Camila, seguida de su novio, penetró en el galpón, llevando en una mano un candil de grasa de potro y un trozo de asado en otra. Golpeó con el pie al huerfanito, y cuando éste se despertó sobresaltado, abriendo enormemente los ojos:

—¡Pobre Teru-tero! —dijo la china; — naides se acuerda de vos. Mirá, te traigo un churrasco.

Y le dio el trozo de carne, gordo, bien asado, apetitoso.

Teru-tero se incorporó y lo tomó con ambas manos. Tenía hambre, pero no se atrevía a comer. Su semblante, transfigurado, expresaba inmensa gratitud; sus ojos azules, sin luz, repentinamente humedecidos, no se apartaban del rostro de la muchacha, que lo miraba sonriendo, y que le dijo de pronto:

—¡Comé, bestia!

El idiota clavó sus grandes dientes en la carne y arrancó un bocado que empezó a masticar con ansia. Pero en seguida lo soltó con rabia, se incorporó más, lanzó un gruñido sordo, mostrando la doble fila de incisivos largos y negros; y, rabioso, fuera de sí, tomó el trozo de carne y se lo arrojó a Camila, que reía hasta enfermarse, apoyada en el hombro de su

novio, que también daba salida a estruendosa carcajada.

Partieron. La covacha quedó a oscuras, y el pobre huérfano, después de escupir repetidas veces para quitarse de la boca el gusto que le dejó la carne mezclada con una materia inmunda, inclinó su cabeza de bestia y tornó a dormirse sobre el cuero de carnero, entre las pilas de lana y cerda.

En todo el siguiente día, nadie vio a Teru-tero, ni tampoco nadie se preocupó de él.

Había hecho una tarde de sofocante calor. El galpón, con su techo de zinc y su piso lleno de bosta fermentada; con las emanaciones de orinas putrefactas y los olores acres de las lanas y los cueros apilados, no convidaba a permanecer en él. Sin embargo, a la tardecita, cuando ya estaba oscureciendo, penetraron allí Camila y el gauchito. Apenas entrados, este último abrazó a la china con tanta fuerza, que ella se quejó y murmuró entre cariñosa y agresiva:

—¡Bruto!

Hubo un momento de silencio, durante el cual él la fue empujando hacia el fondo, donde estaba más oscuro y donde el olor de la lana grasienta y de los cueros secos era más acre e incitante; y entonces, de golpe, brutalmente, ferozmente, en un impulso irresistible de bruto encelado, la cogió y la arrojó con fuerza sobre la bolsa de cerdas, blando y cómodo lecho que la pareja conocía de tiempo.

Camila hizo un débil esfuerzo por levantarse, por escapar de los brazos nervudos que la sujetaban, de los dedos lúbricos que la quemaban, del aliento de fiera que sentía en la boca y en el cuello. En la lucha apoyó una mano en el suelo y tocó una cosa fría que la horripiló.

—¡Ah, qué asco! — dijo, y se puso en pie.

El gaucho quiso detenerla; pero ella huyó, perseguida por su novio. Sin preocuparse de nada corrió a la cocina, cogió el candil y volvió precipitadamente al galpón. El gauchito y otros peones la siguieron, y cuando llegaron al fondo, entre las pilas de lana y cerda y cueros vacunos, vieron a Teru-tero frío, rígido, con las piernas encogidas, el rostro terroso y los ojos cerrados.

¡Quién sabe cuántas horas hacía que había muerto! Muerto de fatiga, de inanición y de pesadumbre; solo en la oscuridad de aquel rincón infecto; sin recursos, sin una ayuda, sin un socorro, sin ver a su lado en los siempre terribles últimos instantes, no ya un amigo, — que ninguna amistad le acarició jamás, — pero siquiera un rostro humano que le lanzara una mirada de misericordia; la mirada de lástima que arranca el espectáculo de una bestia moribunda. Entre la lana, entre la cerda, entre los cueros, ¡quién sabe qué horribles tormentos acosaron al miserable; quién sabe qué espantosa agonía dio término a aquella vida siniestra! Solo, abandonado: así había vivido, así debía morir.

Camila lo contempló un rato, asombrada, confusa, con más muestras de desagrado que de pena; y luego, de pronto, como si le viniera a la mente el recuerdo de un placer frustrado a causa de aquel miserable, la cólera se pintó en su rostro, avanzó un paso y dio con el pie en el rostro de Teru-tero, exclamando con rabia:

—¡Bruto! ¡idiota!

Los hombres, que al principio se habían detenido impresionados por el respeto que siempre impone la muerte de un semejante, volvieron, — ante la frase de

Camila, — a recordar a Teru-tero, la bestia, la cosa, la piltrafa; y rieron de buena gana.

Después salieron. El galpón volvió a quedar oscuro y silencioso. Uno de los cuzcos canelos que jugaban con Teru-tero cuando éste era pequeño, fue el último en abandonar el fúnebre recinto.

El cadáver del idiota permaneció toda la noche sobre el cuero de carnero, y al día siguiente, como había faena y no podía perderse tiempo, don Ciriaco ordenó al pardo Anastasio que llevase al finado al monte, en la rastra de acarrear agua, y que lo pusiera sobre unos talas; agregando:

—"Que juera pa abajo 'e la picada, pa que no yegara el jedor a las casas."

31 DE MARZO

I

En la mañana del 31 de marzo de 1886, la infantería revolucionaria hizo alto junto a un arroyuelo de caudal escaso y márgenes desarboladas. El ejército había pernoctado el 28 en Guaviyú, vivaqueando allí mismo el 29, y en la tarde había emprendido la marcha, rumbo al nordeste, sobre un flanco de la cuchilla del Queguay, evitando los numerosos afluentes del río de este nombre. No fue posible conseguir más que un limitado número de caballos, y las infanterías debieron hacer la jornada a pie. ¡Dura jornada! Dos días y dos noches anduvo la pesada caravana arrastrándose por terrenos incultos cubiertos de rosetas y por abandonadas carreteras en cuyo pavimento la llanta de los vehículos pesados y la pesuña de los vacunos trashumados habían dejado, en la tierra blanda, profundas huellas que los soles subsiguientes convirtieron en duros picachos. Los soldados, en su mayor parte, iban descalzos; y aquellos pobres pies delicados de jóvenes montevideanos sufrían horriblemente al aplastar los terrones, o sangraban, desgarrada la fina epidermis por las aguzadas puntas de las rosetas. No se había comido, no se había dormido, no se habían hecho en el trayecto sino pequeños altos, — cinco o diez minutos de reposo en cada hora de marcha; — y aquellos músculos, demasiado débiles para soportar tanta fatiga, comenzaron a ceder como muelles gastados. Durante el último día, las carretas que

conducían municiones y pertrechos debieron alzar varios soldados que se habían desplomado, abatidos, rendidos por el cansancio, indiferentes a las amenazas, a los insultos y hasta a los golpes, como bestias transidas que caen y no van más allá, insensibles al acicate, rebeldes al castigo. Cuando hicieron alto junto a aquel regato, los soldados armaron pabellones y se tiraron largo a largo sobre la gramilla recalentada por un sol abrasador. Al cansancio se unía el estado atmosférico, el ambiente enrarecido, el calor húmedo y sofocante, para doblegar las energías; arriba, en la inmensa superficie gris, los nimbus blancos se movían lentamente amenazando tormentas. Los jefes habían conseguido algunos corderos que estaban allí, muertos, pero sin desollar, ya fríos; lo que ponía en apuros a los jóvenes inexpertos para arrancar el pellejo. Algunos hicieron fuego con ramitas secas y "bosta" de vacunos; otros arrancaban sin miramiento ninguno, trozos de carne que arrojaban a las brasas y los engullían en seguida, apenas calentados, sabiéndoles a manjar sabroso, a pesar de la ceniza y la tierra, y el nauseabundo tufo de la "bosta"; algunos, en cuclillas al borde del arroyuelo, bebían en la palma de la mano o en el kepis el agua clara y pura, sin saciarse nunca; y los más dormían, no obstante el hambre y la seguridad del peligro, con el sueño de piedra del bruto extenuado. Al lado de un fogón, Máximo Díaz, un jovencito rubio, endeble, sin barba aún, se afanaba en asar, entre las brasas y las cenizas, un pedazo de carne. Contrariado con el humo y con los lentes que se le caían, estaba refunfuñando en momentos en que se le acercó el teniente Cipriano Rivas, quien lo saludo sin bajarse del caballo.

—¿Qué tal, muy cansado?...

—Bastante, —respondió el jovencito con voz tranquila. — ¿Quieres churrasquear?

—Gracias; ya comí... ¿Y Alberto?

—Ahí está, durmiendo como un animal.

El oficial sacó del bolsillo un medio pan y se lo alargó a su amigo:

—Toma, — dijo.

—Dale un pedazo a Alberto.

—¡Pan! — exclamó el rubiecito alborozado.

En ese instante el clarín tocó llamada.

—¡Vivo, vivo, a formar! — gritaron los oficiales; y un gran tropel se produjo en el campamento.

—¡Hasta luego! — dijo Cipriano; y picando espuelas a su caballo, fuése hasta el destacamento que mandaba el coronel Matos, del cual era ayudante. Este destacamento, que estaba formado un poco a vanguardia, sobre el flanco izquierdo, se componía de unos ochenta hombres, gente de campo, armada a lanza y carabina.

Los soldados, unos montados, otros a pie, estaban agrupados en desorden. Al frente, sentado en el suelo, con el caballo de la rienda, el caudillo picaba un "naco". Sobre las rodillas tenía un winchester; a su lado estaba clavada la lanza, una lanza de largo astil ornado con tres grandes virolas de plata y un aguzado rejón herrumbroso, terminado por doble media luna: vieja reliquia de los tiempos heroicos, que parecía triste con la ausencia de la banderola partidaria.

—La infantería está en movimiento, —dijo el ayudante al acercarse al jefe.— Parece que vamos a marchar.

El gaucho se encogió de hombros, concluyó de liar su cigarrillo, y ofreciendo el "naco" al mozo,

—¿Quiere pitar? — contestó.

Y como éste hiciera un signo negativo con la cabeza, guardó el tabaco, se puso de pie, sacudió la bombacha y, recostándose al caballo, comenzó a fumar tranquilamente.

El joven permaneció un rato en silencio, fija la mirada en la infantería, que, ya en formación, estaba inmóvil junto al regato. Embargábalo la pena al considerar la afligente situación de aquella muchachada selecta, más habituada a la vida alegre de la ciudad que al penoso trajín de los ejércitos. Recordaba haberlos visto en Buenos Aires, errando alegres, contentos con sus andrajos, soportando con estoica resignación privaciones y miserias, haciendo galas de unas y de otras. Quiénes impelidos por un patriotismo fanático, exacerbado por la propaganda candente de la prensa de la época; quiénes guiados por ambiciones indefinidas o indeterminadas; quiénes, en fin, atraídos por la curiosidad, por el placer de viajar, de cambiar de vida, todos aparecíanle santificados por la grandeza de la causa que sustentaban.

La columna de infantería se puso en movimiento y casi al mismo tiempo se oyeron dos o tres detonaciones. La vanguardia gubernista alcanzaba al fin al ejército revolucionario, llevándose por delante la pequeña fuerza de caballería que guardaba la retaguardia de este último.

II

Las caballerías, tendidas en guerrilla, cubrían los flancos, peleando en retirada. En medio marchaba la infantería en columna cerrada, precedida por el convoy de carretas que llevaba armas, municiones y heridos.

Cipriano, bastante nervioso, sacudía la cabeza cada vez que un proyectil pasaba cerca, dando margen a que el coronel, que iba a su lado, lo increpara con dureza:

—¡No cabecee, amigo: ahora es el momento de no aflojar la vena del garrón!

El joven, herido en su amor propio, no respondió, y puso empeño en evitar la acción nerviosa.

Las guerrillas ocupaban una gran zona salpicada de rojo con los fogonazos. Acá y allá se veian pequeñas espirales de humo claro ascendiendo con desgano hacia el gris triste del cielo.

La retirada continuaba en orden.

—¿Pero el enemigo no es más que ese que se ve allá? — preguntó Cipriano, señalando las guerrillas poco numerosas que iban avanzando lenta, pero de manera segura.

El caudillo sonrió.

—Ya verá la cola: no se aflija por ver la cola, — dijo.

Poco a poco el fuego fue arreciando. Las detonaciones, que al principio se oían como ruidos sordos, sin eco y bien distintas unas de otras, comenzaron a multiplicarse; las diversas volutas de humo se fueron juntando hasta formar una nubecilla cenicienta, por entre cuyas mallas el sol del verano hacía pasar una lluvia de fuego recalentando la amplia loma. No se divisaban ni casas, ni árboles, ni terrenos cultivados, ni rebaños de ninguna especie. A lo lejos las fuerzas gubernistas se movían con toda regularidad; su masa crecía a cada instante; las compañías sucedían a las compañías, los batallones a los batallones: las tropas iban ocupando el campo, y entre las filas compactas, las hojas lucientes de las bayo-

netas y los gruesos cuerpos de los cañones, todavía silenciosos, enviaban al grupo revolucionario siniestros reflejos. En el destacamento, sobre el cual en esos momentos hacía el enemigo un fuego nutrido, reinaba un silencio pesado e imponente. Un proyectil fue a herir en medio de la frente a un indiecito de la primera fila, con choque tan violento, que el mozo saltó del caballo y cayó a los pies del ayudante, boca arriba, muerto instantáneamente, como fulminado por el rayo. Tenía los ojos bien abiertos y el rostro manchado de sangre y de pedazos de masa encefálica que había saltado del cráneo deshecho. Era el primer muerto, al cual sucedieron dos más en cortos intervalos. Cipriano empezó a experimentar un malestar indefinible y profundo, un irrefrenable temblequeo de los párpados, un frío doloroso en el epigastrio. Sentía la cabeza hueca y le parecía que todas aquellas detonaciones le reventaban dentro. Tuvo náuseas y se oprimió el vientre para contener las vísceras que se movían produciéndole espantosa angustia. El coronel, que no lo perdía de vista, fue en su auxilio. El caudillo sabía bien lo que eran esos desfallecimientos, esas cobardías momentáneas que hacen presa hasta en los corazones varoniles cuando se escucha por vez primera el canto lúgubre de las balas. Parece que todos aquellos proyectiles van a incrustársele en el cuerpo, que es el blanco de todos, que no hay medio de rehuir la muerte; mas, luego, cuando se han sentido pasar muchos centenares de plomos mortíferos, la confianza renace y se llega a creer en la invulnerabilidad. Muy pocos son los que no han experimentado ese amilanamiento del primer fuego, y el coronel, que había visto muchos bravos temblar en tales circunstancias, y no ignoraba que la frase ruda y hasta

los golpes de sable son el mejor remedio para volverles la serenidad tan necesaria en esas circunstancias, dirigió al joven cuatro palabras que fueron cuatro latigazos en mitad del rostro; y después, mientras cargaba tranquilamente su carabina, agregó, tuteándolo por primera vez:

—¡Como aflojés, yo mismo te voy a sumir el cuchillo!...

Aquello fue seco y breve, hiriente como un insulto, quemante como una bofetada. El joven se irguió, miró a la tropa con orgullo, disparó el arma y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la revolución! ¡Muera Santos!

¡Santos!... Ese nombre causaba una indignación ilimitada. Él se había alzado sobre todo un pueblo viril y grande. Él había domeñado a todos los altivos; él había abatido a todos los rebeldes; él había hecho escarnio de todas las libertades, y, cuando pasaba a escape, recamado de oro y seguido de su escolta de negros gigantes, por las calles de Montevideo, los corazones destilaban odio, pero las frentes se inclinaban con respeto! ¡La grandeza impone siempre, aun cuando esa grandeza sea el crimen!

III

La retirada continuaba cada vez más penosa para los revolucionarios. Las fuerzas gubernistas aumentaban siempre; el cañón había empezado a tronar, y allá, en el bajío, la masa negra y compacta de la infantería rebelde sufría bajas y bajas, satisfaciendo con un huracán de vivas y mueras el deseo, — reprimido por los jefes, — de luchar en otra forma y de otro modo. Cipriano, cuyo entusiasmo crecía por mo-

mentos, se encontraba a disgusto, pareciéndole pequeño aquel drama que él había soñado de una majestad imponente. En sus horas de fiebre, cuando encerrado en su cuarto, en la alta noche, se entregaba a sus largas meditaciones y vivía la vieja vida de las contiendas de antaño, imaginábase las infanterías ciudadanas cargando airadas y sembrando el terror a botes de bayoneta; representábase a las caballerías de empuje formidable haciendo retemblar el suelo con los cascos de los potros, y cayendo con ímpetus de huracán sobre los atónitos cuadros enemigos, y esto acompañado de músicas marciales, de furiosos alaridos, de espesa nube de humo negro y rojos resplandores de inmensa pira. Comparada con sus ensueños fantásticos, la realidad era pálida y pobre. Aquel lento tiroteo a varios centenares de metros, sin distinguir casi al adversario; aquella aburrida marcha en retirada, y hasta el fragor del combate, —que se le antojaba inferior al estruendo producido por las bombas y los cohetes en una noche de festejos de carnaval,— lo herían haciéndole ambicionar algo más grande, más solemne, más digno de la causa que se discutía y del entusiasmo que los impulsaba.

No pudiendo guardar silencio por más tiempo, se dirigió al caudillo, a aquel caudillo que él habíase imaginado bramando como un león al cargar a lanza, como en los tiempos de la tacuara y la chuza de tijera, y que veía mudo, tranquilo, haciendo fuego al par de los soldados, sin excitaciones ni entusiasmos estruendosos.

—¿Pero esto va a seguir siempre así? — le dijo.

El jefe, encogiéndose de hombros,

—¡Qué sé yo! — había contestado.

La verdad: él tampoco lo sabía. Los jefes ordenaban marchar y él marchaba, del mismo modo que había tomado la lanza y había ensillado su caballo de guerra, cuando los amigos de causa le dijeron que era necesario ir a la lucha. ¡Le habían cambiado su teatro, a él, hombre de otra época, acostumbrado a las jornadas inverosímiles y a los escurrimientos de zorro en el tiempo en que no había alambrados; a él, ducho en las cargas de caballería, en el combate cuerpo a cuerpo en el hervor del entrevero, allá en aquella época en que los cañones de mecha y los fusiles de chispa no eran sino accesorios de las batallas!...

A medida que el tiempo transcurría y que la derrota se iba dibujando con la línea siempre creciente de las fuerzas gubernistas, el oficial se revolvía inquieto, y el caudillo se abismaba en su impasibilidad sombría. El cañón tronaba sin cesar; el humo, cada vez más denso, oscurecía la escena, y la fusilería, continua, infatigable, lanzaba el enjambre silbador de sus terribles insectos de plomo.

Se llegó a unos palmares, cuyos grandes penachos volaban a cada instante arrancados por la metralla. En ocasiones caían los cachos enormes con su fruta madura y apetecible. Un griterío infernal brotaba de las filas de la infantería rebelde, que combatía toda tendida en guerrilla. Los vivas y los mueras llenaban el campo, frenéticos, furiosos, heroicamente desesperados.

El joven ayudante, que estaba observando la muchachada, no pudo reprimir su entusiasmo, y, dirigiéndose al jefe, exclamó:

—¡Qué valientes y qué patriotas!

—Son guapos, — contestó el caudillo; y luego, sin mirarlo y con voz muy baja, agregó:

—¡Chafalonía!...

Guapos, patriotas, sin duda. Él nunca los juzgó cobardes. Para los hombres como él, el valor era cosa tan común como la verdolaga en las huertas y la chilca en las cuchillas. Y en cuanto a patriotismo, ¿quién podría disputárselo a ellos, los primeros llegados a la escena, los que escucharon el tremendo ruido de las cadenas brasileñas rotas a sablazos en Sarandí, pulverizadas a cañonazos en Ituzaingó; a ellos, que nacieron respirando la atmósfera caldeada y aprendieron a odiar al extraño y amar el terruño desde pequeños; a ellos, que, desde las fragosidades de las sierras, o desde la umbría del bosque, donde buscaron refugio para afilar la garra, vieron arder sus moradas, vieron robar sus haciendas y asesinar sus hermanos; a ellos, en fin, que aparecían en el campo de la lucha, espontáneos y silenciosos, sin cantos de guerra ni música de clarines, y ofrecían su brazo y su alma, y lo daban todo, y no pedían nada, ni siquiera renombre, ni siquiera un girón de gloria, un ramo de laurel para sus sienes vencedoras, o un gajo de palma para sus cadáveres de héroes!... Ya acostumbrado a la vida quieta del trabajo, el caudillo había perdido la fe en las revoluciones. Los pobres gauchos regaban las cuchillas con su sangre para *servir de escalera a los dotores,* los políticos de levita negra y sombrero de felpa, de maneras finas y de sonrisas amables, de grandes promesas y de almas más negras que boca de "salamanca", con más vueltas que un camino y más agallas que un "dorado"... Sin embargo, cediendo a los empellones del instinto, a las alucinaciones de un patriotismo semibárbaro, de encarnizamiento inconsciente, y al mágico prestigio del símbolo partidista, concluía siempre por entregarse,

o, como él decía, "que era lo mesmo que mancarrón viejo; mañeriaba pa dentrar al corral, daba güelta, disparaba un poco, y cuando lo dejaban, él solito, dominao por la costumbre, atraído por el cencerro de la yegua madrina, volvía a la tropilla, iba hasta la tranquera y estiraba el pescuezo para que lo enfrenaran." Pero iba malhumorado, y al regresar de un desastre, la amargura de las derrotas emponzoñaba su bravo corazón de vencedor y cobraba odio a los políticos; a los que, perfectamente resguardados de todo peligro, comiendo bien y bebiendo mejor, urdían intrigas, tejían calumnias y, con el peso de sus desenfrenadas ambiciones, hacían zozobrar la causa en litigio, después de mucha sangre vertida y mucho sacrificio realizado por los hombres del campo; por los que, no obstante ser los dueños de la res, debían campearla, enlazarla y carnearla... y no habían de tener derecho ni siquiera a las "achuras".

IV

Las fuerzas legales fueron creciendo, extendiendo sus alas, abarcando una zona, —lenta, pero sensiblemente mayor a cada instante,— a la manera que el agua del arroyo desbordado va ocupando la llanura. Los batallones, perfectamente disciplinados y envalentonados con las escasas bajas que producían en sus filas las balas revolucionarias, avanzaban en orden perfecto, haciendo fuego continuo y certero sobre el adversario. ¡Pobre adversario!... La tenacidad de su resistencia se explicaba únicamente en el valor de algunos, en la ignorancia de muchos y en la desesperación de todos; pero se resistía sin fe, despedazado el ejército, triturados sus batallones, muertos o

heridos varios de los jefes principales. En medio de estos hombres desolados, los dos generales que habían dirigido el movimiento insurreccional se paseaban tristes, abatidos, doblemente heridos en aquella catástrofe que arrojaba hecha añicos su reputación militar, su prestigio de caudillos, obtenidos en larga vida de combate, a costa de muchas fatigas sufridas y bastante sangre derramada. Los soldados los miraban con odio; pedían órdenes, querían engañarse con el oropel de inútiles maniobras. ¡Órdenes!... ¿Qué órdenes podían darles los jefes en aquellos supremos momentos y después de haber hecho cuanto fue posible hacer para efectuar una retirada en forma?... ¡Infelices!... La única orden que podía dárseles era la de morir; y esa no la necesitaban, y morían sin ella como combatían sin otras. ¡Combatían por instinto, sostenidos por la fiebre, el terrible enardecimiento producido por el fragor de las armas, el olor de la pólvora y de la sangre, los ayes, los gritos, los quejidos, las blasfemias, los vivas, los mueras, el vocerío atronador que surgía como expresión de tanta cólera, de tanta impotencia y de tanto pánico! Así, escapando incesantemente en esa forma una considerable cantidad de flúido nervioso, se impedía a los cerebros llegar a una tensión que hubiera producido el estallido. ¡Y era necesaria esa válvula de seguridad! Los pequeños actos heroicos, — un soldado que al caer moribundo rechaza el auxilio de su hermano, diciéndole que lo deje acabar y vaya a cumplir su deber; otro que, agotadas las municiones, ofrece comprarlas; uno, todavía, que no quiere quedar en el campo con la pierna rota e implora a un amigo para que lo mate antes que dejarlo caer prisionero, — todo esto influye para avivar el entusias-

mo colectivo, exacerbar a los valientes, dar ánimo a los pusilánimes y espolear a los cobardes. Ya el final de la lucha se notaba próximo. Si la infantería revolucionaria resistía aún, no sucedía otro tanto con las fuerzas montadas, que en su casi totalidad habían huido: unas a las primeras descargas, otras en el transcurso de la pelea. El escuadrón de Manduca Matos se conservaba aún en su puesto, pero bastante mermado, más por los hombres que se habían ido desgranando, escurriendo, en cada confusión favorable, que a causa de las bajas ocasionadas por el enemigo. En su seno no se observaba la agitación febril que dominaba a la infantería. Aquí las sensaciones eran más individuales, por la índole del grupo y por el carácter peculiar de los hombres que lo formaban. Algunos peleaban con encarnizamiento, ceñudos y silenciosos; pero los más cumplían la consigna con desgano y estaban irritados, recelosos, atisbando la coyuntura para escapar; y otros, en fin, de rostros cetrinos, de miradas extraviadas, hacían sonar las rodajas de las espuelas con el temblor de las piernas, y estaban allí como autómatas, vencido hasta el espíritu de conservación con el exceso del miedo. Entre ellos, Cipriano, aturdido, desconcertado, se esforzaba inútilmente por darse cuenta del momento. La observación no aclaraba en nada su espíritu ofuscado. El humo y el polvo formaban una nube gris opaca que lo rodeaba, impidiéndole ver más allá de un círculo de corto radio. Hubiera deseado hablar, gritar, dar salida a algo que lo ahogaba y que él no atinaba a calificar, dudando si sería miedo, el gran miedo de horas antes, o la excesiva tensión nerviosa. Varias veces se dirigió al coronel Matos en la confianza de oir frases de aliento, arranques de bravura que le devolvieran un poco de

la tranquilidad perdida; pero el coronel, encastillado en un silencio duro y amenazador, mascaba el pucho y de cuando en cuando metía sus dedos gordos por entre la enmarañada patilla, o sacudía desdeñoso la cabeza sin dignarse mirar a su ayudante, el cual hubo de conformarse con el penoso aislamiento que permitía a su imaginación sobresaltada volar sin obstáculos acrecentando sus temores y zozobras, enlobregueciendo su espíritu más de lo que estaba ya. Era aquella situación, para él, semejante a la de quien, encerrado en una habitación sin luz, sabe que le amenaza un peligro inminente, pero ignora de dónde viene, por dónde viene, cómo viene y con qué medios ha de proceder a la defensa. Tanto más se empeñaba en un raciocinio consolador, tanto más la razón le abandonaba, y tanto más informes, extrañas, caprichosas e inverosímiles brotaban sus ideas. Más esfuerzos hacía por estudiar y definir la realidad de su situación actual, y más la fantasía lo empujaba al mundo oscuro de lo falso. La brutalidad de los hechos lanzaba su imaginación en un galope desenfrenado que sólo le permitía una rápida visión de los objetos; y así sus juicios resultaban inciertos, sin base, sin fundamento, pasando sin transición de uno a otro: sensaciones incompletas, recuerdos truncos, pensamientos borroneados, ideas incoloras. Si algunas veces penetraba, no lograba contenerse en el terreno de la leyenda, bañándose en la luz con que el tiempo ilumina, agrandados, los héroes que fueron. Lo que más lejos estaba de su espíritu en tal trance, eran las visiones apocalípticas de sus horas de fiebre en las vigilias del estudiante lector de Tácito y admirador frenético de Hugo. En lo que menos pensaba era en aquellas conclusiones suyas que explicaban la revolución y probaban la seguridad de

su triunfo. El país, —decía,— caído en manos del caudillaje, — ensoberbecido con el concurso que prestó a la causa de la independencia, —y excluyendo en absoluto al elemento culto, que se ve obligado a emigrar o a someterse a sus caprichos a fin de justificar o al menos encubrir muchos actos vandálicos y muchas acciones deshonestas. Más tarde, cuando los partidos se han desangrado en sus largas y cruentas contiendas; cuando los caudillos, —que para el joven, que los veía envueltos en la aureola del heroísmo, eran grandes, soberbios, respetables, no obstante sus defectos.— se han retirado abatidos para vivir sus recuerdos en el fogón del rancho, — el militarismo, su heredero legítimo, se yergue altanero e impone la ley del sable y la razón de las bayonetas. El pueblo protesta, los viejos guerreros se vuelven iracundos, los tribunos increpan, la prensa ruge y la nación se prepara para el sacudimiento que echará por tierra al tirano incapaz de resistir al tremendo empuje de las falanges ciudadanas que llevan luz en la frente y fuego en el corazón. Todo esto es lógico, todo esto es justo, razonable, comprensible y fácil. Gobiernos de motín, gobiernos de cuartel, gobiernos de fraude que se sostienen corrompiendo, llevan en la entraña el germen del despotismo, el instinto de la tiranía. Y desde luego, la revolución, la fuerza contra la fuerza, se indicaba en nombre de los principios sagrados, en desagravio del derecho absoluto y en obsequio a la libertad, una, única, indivisible, inalienable e imprescriptible; en obsequio a la libertad, ante todo; a la libertad abstracta, a la libertad símbolo, a la libertad fin, a la libertad de Kant, que la considera como único anhelo del hombre; a la libertad de Fichte, quien sólo por ser instrumento de la libertad, considera sagrado al hombre.

La inmoralidad en el origen y en las acciones ponía a los gobernantes fuera de la ley; y el pueblo varonil que mordió el polvo del Catalán con Artigas y escuchó las dianas de Sarandí con Lavalleja, se alzaba en masa, —"la bíblica visión enardecida", — y en cuatro zarpazos arrojaba deshecha y ensangrentada a la alimaña vil que le insultó, le vejó y le explotó. ¡Con qué seguridad y confianza exponía Cipriano estas ideas poco antes de la invasión revolucionaria!... Al presente nada de eso chisporroteaba en aquella mente trabajada, perturbada, desquiciada con las terribles sensaciones de la batalla; en aquel cerebro mortificado, en el cual no se encontraba un sitio que no vibrara a cada detonación que reventaba en el campo. ¡Todavía si le hubiera deparado la suerte un amigo, un camarada, aunque más no fuera un hombre de su clase, capaz de comprenderlo y animarlo!... Pero allí todo le era extraño, opuesto, antagónico. Ninguno de aquellos hombres se le parecía; jamás sus ideas alcanzaban un mismo nivel; nunca el carácter impresionable del joven intelectual halló resonancias en los caracteres duros de aquellos hombres incultos, sólo sensibles al encanto del placer material. Sin embargo, no era así que él los había juzgado en las horas quemantes de sus alucinaciones guerreras, cuando viviendo la vida de los perseverantes luchadores, postraba su espíritu inteligente ante las hordas bárbaras, a las cuales consideraba como el brazo de Dios sobre la tierra, vengador y sagrado. Por eso eligió la caballería y abandonó a sus compañeros e iguales, pareciéndole que allí, entre los hombres de tez morena y barba espesa, estaba más cerca de la visión, más en contacto con los héroes de su ensueño de redentorista. Poco a poco, los hombres de fierro

dejaron ver que llevaban coraza y el joven se encontró con que en el fondo de aquellas almas no dormitaba el héroe que él esperaba. Por eso, en los momentos críticos como aquél, no intentó siquiera explayarse con los soldados u oficiales, en medio de los cuales se hallaba aislado, en medios de los cuales flotaba sin mezclarse, al igual de la gota de aceite en la superficie del agua. Decididamenie estaba solo, y a la par que crecía el convencimiento del aislamiento, aumentaba la duda, con la duda la inquietud, y con la inquietud el miedo.

Otra vez empezó a nublársele la vista y de nuevo sintió mareos repentinos y dolores fugitivos en las piernas y el abdomen. En eso oyó a su lado hablar a dos hombres de tropa, muy agitados. Uno de ellos, mozo vigoroso, daba instrucciones a otro más joven y de semblante más adusto.

—Por las puntas de Soto, hasta la serrillada, pa ganar los montes del Daymán, — decía el primero.

Y el otro replicaba, tartamudeando, mascando las palabras:

—¡No me va a dar el caballo!... ¡Está aplastao!... ¡Galopié una barbaridá esta mañana... por culpa de esos sarnosos de infantes!... ¡No viá poder!...

Y no hablaron más. Oyóse una descarga cerrada, formidable; una granizada de balas cayó sobre la tropa, sembrando el espanto, al punto que aquélla, rota la última energía, remolineó, se oprimió, formó grupo desorientado, a manera de "majada" que cae al arroyo y se ahoga por pelotones, aturdida, inconsciente; y así, como montón inerte, como una bola de carne, rodó por el declive, y fue, en el fondo del

bajo, a chocar contra los restos de la infantería destrozada por la metralla.

V

Un instante se confundieron hombres y bestias sin darse cuenta de la situación, empujados violentamente unos contra otros. Después que se hizo un poco de calma, los jinetes fueron buscando la salida, al campo, la salvación. Y al galope, primero, para abandonar cuanto antes la zona mortífera; al trote, en seguida, para no extenuar las cabalgaduras fatigadas, se fueron uniendo a otros dispersos, y en grupos compactos de hombres torvos, sombríos, pálidos, recelosos, marcharon callados, camino del Daymán, rumbo al Brasil. El coronel Matos había arrojado la recalentada carabina, — trebejo inservible ya, — y abarcó en una mirada la inmensidad del desastre. Involuntariamente recordó el *Væ victis!* que había pronunciado más de una vez y escuchado más de ciento en las terribles luchas de antaño; y prefiriendo las incertidumbres, los sobresaltos y los peligros de la huida a las probabilidades del degüello, no titubeó un segundo, se orientó, fijó el rumbo, y él también, el caudillo bravío de embestidas de jaguar, de ímpetus de toro alzado, de indomable empuje de bruto sin conciencia del peligro, sacudió la melena y bajó la cabeza como potro rendido al rigor de la espuela y del rebenque.

Cipriano no pudo seguir a su jefe. Perdido, desconcertado, anduvo un rato buscando a sus compañeros, sin saber por dónde abandonar el campo. A poco rato una bala de cañón le mató el caballo, yendo él a caer a gran distancia. Al levantarse atontado por el golpe, lleno de lodo y de sangre, ni siquiera se dio

cuenta de si estaba o no herido, —porque en la olla de grillos de su cabeza ya no podía brillar ninguna idea,— y comenzó a caminar, intensamente pálido, descompuesto el rostro, colgantes los brazos, las manos vacías, recibiendo empellones y mostrando un aire de bestia que en otras circunstancias habría producido general hilaridad. Su única preocupación era huir, escapar de aquel sitio, irse a cualquier lado, hallarse en cualquier condición, con tal de no escuchar un minuto más el horrendo tronar de las detonaciones que lo estaban enloqueciendo. En prosecución de ese anhelo, pero impotente para coordinar una idea, iba y venía sin rumbo y sin acierto, como el ratón aprisionado que choca incesantemente con los alambres de la trampa sin convencerse de que por allí no ha de salir. En uno de esos vaivenes se encontró con Máximo Díaz, —el jovencito rubio de los lentes de oro y de las manos blancas,— quien lo miró con extrañeza y le dijo con voz jovial:

—¿Qué diablos haces por aquí, con esa cara, con esa facha?... ¡Pareces un idiota!

A la vista del antiguo compañero, cuya fisonomía mostrábase iluminada, altiva, casi riente, Cipriano tuvo, no obstante su inmenso abatimiento, un momento de reacción, algo como un débil despertamiento de sus gastadas energías. El tono burlesco de la frase del amigo, que era sólo un soldado, alcanzó a herir su orgullo de oficial; y olvidando momentáneamente el estampido del cañón, se puso a pensar en lo que había de contestar, en la disculpa que iba a dar en defensa de su honor. No le dio tiempo una metralla que en ese preciso instante reventó cerca de ellos. Abrióse el grupo, empujáronse unos a otros los soldados, y Cipriano perdió ya de vista a Máximo. En

cambio tuvo el disgusto de hallarse con Alberto, quien estaba tirado en el suelo, echado sobre el vientre, levantado el tórax mediante la mano derecha, que apoyaba en la tierra, mientras la mano izquierda oprimía el flanco que se observaba profunda, enorme, horriblemente destrozado por la metralla. Los intestinos rotos saltaban entre sus dedos crispados y la sangre manaba a grandes chorros enrojeciendo la yerba. La faz descompuesta, lívida y cubierta de sudor viscoso que la asemejaba a piel de abortón, y los ojos tristes, con la inmensa tristeza del moribundo, Alberto se sentía acabar e imploraba desesperadamente una ayuda, buscaba ansiosamente una mano caritativa, una voz cariñosa, allí, en medio de la trágica escena, del torbellino indescriptible y del egoísmo inconmensurable, obligado, forzoso, fatal. Retorciéndose sobre la yerba entre su propia sangre, gritaba sin cesar:

—¡Oh!... ¡qué barbaridad!... ¡Cómo me duele!... ¡Mamita, cómo me duele!... ¡cómo me duele!

Cipriano, mudo de espanto, olvidado del propio peligro, quiso inútilmente hablarle y consolarlo. El otro proseguía:

—¡Cómo me duele!... ¡cómo me duele!... ¡Qué barbaridad!... ¡Mamita, qué barbaridad!...

El brazo derecho no pudo sostener por más tiempo el peso del cuerpo, se dobló, y éste cayó pesado sobre la masa intestinal deshecha, coagulosa, infecta con el derrame de materias fecales. Sin fuerzas ya, con la boca apoyada sobre el pasto, dejando escapar una voz apagada, lúgubre y llena de infinita desesperación, repetía a cortos intervalos:

—¡Qué barbaridad!... ¡qué barbaridad!...

Con un esfuerzo poderoso levantó la cabeza y su mirada se fijó en Cipriano con tal expresión de dolor, de angustia y desesperación, que el oficial bajó la vista anonadado. Aquella mirada parecía decirle si era posible que un hombre joven, sano, vigoroso, que tiene padre, que tiene madre, que tiene fortuna, lujo, comodidades, muriera así, en medio del campo, entre el apeñuscamiento de hombres y bestias que empezaban a pisar su cuerpo antes que hubiera exhalado el último suspiro. Y la idea de que él habría podido ahorrarse todo eso; de que podía a esas horas haber estado tranquilo y mimado en el hogar paterno; o jugando el vermouth o el cocktail al cubilete con sus amigos de la "Bodega"; o aplaudiendo a *Paysandú* en la cancha San José, sano, bueno, feliz, en la plenitud de la vida, en el apogeo de una vida ancha y brillante, le horrorizaba y pintaba en su mirada un poema de arrepentimiento y de odio, de odio frenético contra su imbecilidad y contra la hora aciaga e inconcebible en que se le ocurrió abandonar sus comodidades, sus diversiones, sus placeres, para ir a enrolarse en las filas de una revolución que no significaba nada para él, joven sin opiniones ni tendencias políticas. De cuando en cuando el dolor quebraba sus ideas, y sus labios temblorosos volvían a murmurar a la manera de una queja y de una súplica, el

—¡Ay, mamita!... ¡Qué barbaridad!... ¡qué barbaridad!... ¡Cómo me duele!... ¡Mamita!... ¡Cómo me duele!...

Quiso incorporarse como para huir del sufrimiento, y lo consiguió, porque un proyectil le dio en medio de la frente, le deshizo el cráneo y su cuerpo se estremeció y quedó inmóvil, cortada por la mitad la última queja:

—¡Qué barb!...

Momentos después los revolucionarios levantaban bandera de parlamento. La enseña blanca del vencido tremoló triste sobre el campo de muerte, besada por una brisa cálida que presagiaba tormenta. Estaba anocheciendo, los relámpagos cortaban con sus fosforescencias instantáneas el gris oscuro del cielo, y, apagada la voz de los cañones y de los fusiles, en el silencio inmenso y terrible de la contienda concluida, los truenos lejanos, sordos y prolongados, parecían significar el disgusto de arriba por la masacre consumada abajo.

Cipriano, que había caído de rodillas, desfallecido, inconsciente de cuanto le rodeaba, inclinó la frente hacia el suelo, y así estuvo largo rato, inmóvil, mudo, triste como la estatua del supremo abatimiento. Cuando se dio cuenta de que el fuego había cesado; cuando dejó de oir aquellas detonaciones que desde la mañana le sonaban en los oídos como martillazos dados en el cráneo, quedóse primero confuso, irresoluto, temeroso de que volvieran; y luego, convencido de que el silencio se hacía al fin, de que la batalla había concluido y de que iba a serle posible el descanso para sus pobres músculos transidos y para su martirizado cerebro, vióse embargado por un bienestar indescriptible. Y sin cambiar de postura, de hinojos, con la cabeza inclinada hacia la tierra maldita tinta en tanta sangre humana, sintió que las lágrimas, unas lágrimas de infinito alivio, llenaban sus ojos enrojecidos por el sol, por el humo, por el polvo, por los insomnios y por las terribles emociones del día.

PAJARO - BOBO

I

Era un día gris, bastante frío, cuando Pancho Carranza salió, a las dos de la tarde, de la estancia de Manungo Láinez, en la 5ª sección del departamento de Treinta y Tres.

Había estado cinco días en la casa de su correligionario, comiendo churrasco a todas horas, tomando mate amargo en los intervalos, fumando del tabaco del amo, y enfermándose cada vez que las faenas necesitaban brazos. Hubo una parada de rodeo, hubo un aparte de ganado y hubo una compostura de alambrados: todos los peones con el amo a la cabeza habían salido al campo; pero él, hoy por dolor de cabeza, mañana por indisposición de vientre, y pasado por un reumatismo crónico, se quedaba en las casas tomando mate y comiendo tortas fritas con la "patrona".

Al tercer día, Láinez frunció el ceño; al cuarto le habló con grosería; al quinto, de mañana, lo detuvo en momentos que cortaba un churrasco en el galpón, diciéndole:

—Amigo Carranza, su caballo hace cinco días que está en un potrero bien empastao: ya tiene la panza llena... y usted también.

El aludido se escarbó los dientes con la punta del cuchillo, miró al estanciero y dijo simplemente, secamente:

—Está bien.

Fue a la cocina, asó su churrasco, lo comió muy tranquilo y esperó a que la peonada llegara para almorzar. Mientras tanto, preparó el amargo y estuvo mateando. Dos horas más tarde almorzaba con apetito desmedido, devorando el puchero de espinazo y el asado de costillas con fariña cruda. En seguida, mate otra vez para asentar la comida. Recién a la una y media recogió su caballo, ensilló y se dispuso a partir.

Era Carranza un hombre de cuarenta años: alto, escuálido, de fisonomía repelente. El pelo rubio tirando a rojo, lacio y apelmazado, bastante largo, cubría la parte posterior del cuello del saco, —negro en un tiempo, color ratón al presente,— al cual había trasmitido el aceite de almendras rancio y la grasa de patas, dibujando una mancha inmensa y repugnante, aumentada y hecha más visible con el polvo que se unió y formó una costra resistente al enjebe más poderoso. El rostro enjuto, salpicado de pecas, estaba casi en su totalidad oculto por una barba roja, larga, rígida y sucia, confundiendo sus hebras con las del bigote desparejo y crecido sin cuidado alguno. De entre ese bosque de pelos que no dejaba ver la boca, salía una nariz fina y aguileña, terminada en punta aguda, y en cuya base dos ojos diminutos, medio ocultos por el matorral de las cejas, lanzaban una mirada recelosa, hipócrita, torva.

Trotaba tardo el overo viejo y panzón, arrastrando los cascos largos y rotos, y muy estirado el pescuezo ornado de crines con pelotones de abrojos. Sobre el mezquino apero, "recado de negro", según la frase consagrada, alzábase inclinado hacia adelante el gran

busto de Carranza, mientras las inmensas piernas flacas se balanceaban sin gracia y taloneaban a menudo, quizás para ahuyentar el frío que penetraba a través de las bombachas de casineta y de las alpargatas de lona, cuyas flores coloreadas había casi borrado el desaseo. El jamelgo ascendía penosamente una cuesta por amplia senda festonada de cerraja, y el viajero, preocupado con el frío que amorataba sus manos, no prestaba atención ni mucha ni poca al panorama espléndido que se ofrecía a su vista. Pequeñas colinas amarilleando con las brañas secas del que fue pasto jugoso, se alzaban sin orden, negreando en las lindes donde corría un arroyo o se ocultaba una hondonada o dormitaba un vallecito. Ni los cantos pelados, ni los riscos agudos, ni los conos de los cerros lejanos, ni la gallarda crestería de la sierra envuelta en cendales de espesas neblinas, despertaban sensaciones artísticas en el tosco espíritu del bordonero. En su cerebro oscuro de gaucho sin hogar, cínico, corrompido y haragán, no bullía otra idea que la de encontrar quien saciara sus apetitos. Un mes pasado en campaña, de estancia en estancia, de rancho en rancho, había agotado el sentimiento hospitalario de los propietarios rurales, y veíase forzado a dirigirse al pueblo, donde esperaba conseguir recursos. Por lo demás, estaba tan acostumbrado a la incertidumbre sobre el pan del mañana, que eso no le preocupaba gran cosa. Profesaba una máxima: para jugar y para beber, siempre se consigue plata, y careciendo de vergüenza nadie se muere de hambre. Mientras existan corazones sensibles que se conmuevan por el mal ajeno sin investigación de causa, y mientras haya almas egoístas y torpes que piensen ganar el cielo con limosnas, los truhanes pueden estar tranquilos y vivir sin te-

mores en la quietud apacible de su holganza. Carranza conocía a fondo estos defectos y debilidades de la humanidad; y por eso viajaba sosegado, lamentando el frío, causa única que impedía su completa felicidad presente.

Trepó la cuesta, siguió la senda que serpenteaba en plano inclinado y penetró en un boquete de la sierra, costeando un cañadón de lecho arenoso y de riberas salpicadas de isletas de sauces y molles. Desmontó, y volviendo al revés el sucio chambergo alicaído, se sirvió de él como de una copa para beber el agua cristalina que corría saltando sobre piedras blancas y arenas finas. De su caballo no se ocupó para nada y tornó a cabalgar por el valle que desembocaba en el camino real, extendido sobre una ladera amplia y cubierta de pajonales.

Una idea le asaltó de pronto. ¿No era jueves? Si no se equivocaba, esa tarde debía salir del pueblo su gran amigo y protector don Marcos Correa, y era necesario apresurarse para no dejarle escapar. Apuró la marcha y no estuvo contento hasta columbrar el boscaje del Yerbal retorciéndose a inmediaciones de la villa.

El paso estaba crecido; funcionaba la balsa, pero cobrando un real por pasaje. No; un real significaba varias copas de caña. Recordó que en sus mocedades había sido gaucho, algo gaucho, al menos; recogió los cojinillos, —unos pobres cojinillos blancos de cuero de carnero sin curtir,— arrolló las piernas... y ¡al agua! Dio ésta arriba del cuadril de su caballo, pero no nadó; lo cual no fue obstáculo para que, ya vadeado el río, desmontara y preparase un cigarrillo a fin de descansar y festejar su arrojo.

II

En la noche de ese mismo día, Carranza entraba satisfecho en un café muy concurrido por la plebe, que existe hace años en la plaza del pueblo.

Bullicioso enjambre de harapientos bullía en aquel salón de techo aplastado y desaseados muros. Quiénes a la carambola, quiénes a la *treinta y una*, quiénes al *truco* o al *tute*, todos los vagos del pueblo se agitaban allí, impacientes, casi febriles, sin que el frío traspasara sus trajes pingajosos, con las ansias de ganar un real en el *apunte*, para saciar con pan y queso la hambre vieja, o un par de vintenes en el capricho del naipe mugriento, para pagar la caña, el anís o el duraznillo. Entre la concurrencia no faltaba un oficial de policía embriagándose con las convidadas de los adulones, ni un guardia civil, — algún moreno con el kepis sobre la oreja izquierda, bombacha remendada, casaquilla sin botones, alpargatas enlodadas, y gran sable en la cintura, — quien, entre consejo y consejo a los jugadores de *truco*, *ligaba* una *copita* debida a la generosidad del ganador.

En aquella tertulia, Pancho Carranza era conocido viejo y estimado de veras. Por eso, apenas entró, escarbándose los dientes con una pluma de perdiz, le salió al encuentro un camarada.

—¿No hace pierna pa una truquiada? — le dijo.

Y él, abriendo los brazos para desperezarse a gusto, y la boca para dar salida a un bostezo prolongado y bullicioso,

—Bueno, — contestó.

Se sentaron los cuatro jugadores: Carranza, un sargento de policía, un indio con cara de facineroso y un negro, cuya borrachera lo hacía locuaz y jaranista.

Una lámpara de kerosene, suspendida de un tirante del techo, iluminaba a Carranza. Veíase su saco roñoso, cuyas solapas estaban cubiertas de suciedad, al extremo de que, según la expresión de un su amigo, "podían venderse en el saladero para grasa, como las yeguas". Cada comida había dejado su rastro, y databa de tanto tiempo la acumulación de materias grasosas, que desde lejos percibíase el olor a olla sucia o a cocina mal cuidada. El chaleco claro, a cuadros, sin botones en la parte superior, dejaba al descubierto la pechera de la camisa, casi negra con la mugre.

—¡Tengo "flor"! — exclamó el negro hamacándose en la silla.

—"Contra flor el resto", — respondió Carranza, que había dado las cartas.

—¡Quiero!... ¡Treinta y siete!

—Cuarenta.

El negro, impacientado al perder, tiró las barajas y se levantó de la silla exclamando con rabia:

—¡Ya "pastelió", *Pájaro-bobo!*

Debido a su aspecto desgarbado y ridículo, a su modo de hablar pausado y torpe, a su holgazanería proverbial y a su hábito de andar muy lentamente, echado su cuerpo hacia atrás y estiradas las piernas como chajá, pusiéronle a Carranza por apodo o por "mal nombre", como allí se dice, *Pájaro-bobo*. Pocos le conocían por su verdadero nombre; y eso que si no había nacido en el departamento, al menos en él estaba desde tantos años atrás, que ningún vecino se hubiera atrevido a fallar sobre qué había visto primero en el pueblo: si los eucaliptus gigantes de la plaza, o la figura desairada y sombría de Pancho Carranza. Nadie tampoco le conoció más pobre ni más rico, ni mejor ni peor puesto, ni más joven ni

más viejo: era uno de esos hombres que tienen siempre la misma edad y el mismo aspecto y que parecen haber comprado el derecho de resistir a la acción destructora del tiempo, a cambio de tener desde la juventud la apariencia de viejos. El cómo y el con qué vivía, era para la población otro problema insoluble. Durante largo tiempo, hombres y mujeres se afanaron en averiguarlo, no mezquinando tretas y ardides para conseguir su fin; pero, sea porque se reconocieran impotentes para dar con la clave, sea porque otros motivos de murmuración distrajeran la curiosidad pública, dejaron de preocuparse de él y se avinieron a considerarle como un producto natural del pueblo, igual o por lo menos semejante a los eucaliptus de la plaza, cuyas corpulencias tampoco se explicaban.

III

Finalizada la partida de truco, y vaciada de un sorbo la copa de caña, *Pájaro-bobo* se puso en pie y comenzó a pasearse por el salón, arrastrando las chancletas que dejaban ver el calcetín de algodón rojo, roto en el talón, que mostraba la piel roñosa. Escarbándose unas uñas con las de los meñiques, — que usaba largas cual de peludo y "curadas con ajo y sebo", — recorría las mesas ofreciendo consejos a los jugadores y comentando las probabilidades de ganar en unos y de perder en otros.

Un indiecito de cara deslavada, que, sentado junto a unos jugadores de naipes, seguía la partida con atención, vendiendo al que estaba a su lado, lo miró sonriendo y le dijo:

—¿Qué tal, amigo Carranza, no tiene miedo que lo güelvan a maniar?

Él, sonriendo también, respondió:

—Yo me sé sacar el lazo con la pata.

Y miró con aire desdeñoso al oficial de policía; el mismo que semanas antes lo había prendido por vago junto con otros varios. Él, como los otros, encontró quien dijera ser su patrón y tenerlo empleado a sueldo. El juez hubo de absolverlo y la policía de largarlo; y gracias que no había exigido una indemnización pecuniaria como vindicación de su honor ofendido, y en pago de los días pasados en la cárcel imposibilitado para el desempeño de sus numerosas obligaciones.

Al poco rato penetró en el café don Marcos Correa, un hermoso viejo, alto, grueso, bien plantado, de venerable cabeza poblada de ensortijados y largos cabellos blancos, frente despejada, grandes ojos llenos de vida y abundosa barba color de nieve: era un rostro que reflejaba nobleza, inteligencia y bondad.

Saludó atentamente a toda aquella plebe, —de la cual sólo los que se hallaban cerca de la puerta se fijaron en él, y eso para ver si la cerraba, porque entraba un gran viento frío,— y tendió la mano a Carranza, que fue a su encuentro.

Hablaron algunas palabras en voz baja y salieron juntos.

Las campanas de la iglesia tocaban a ánimas cuando los dos amigos cruzaban la plaza negra y desierta. Un viento huracanado rugía entre la espesa ramazón de los grandes eucaliptus, y *Pájaro-bobo,* hundidas las manos en los bolsillos de la bombacha y levantado el cuello del saco, respondía con monosílabos a las preguntas de su amigo; sentía deseos de hallarse pronto en la pequeña sala de juego. Allí, —donde la única puerta estaba continuamente cerrada, para evitar el

refistoleo policial, y donde el humo del tabaco y las respiraciones de diez o quince individuos calentaban el ambiente, — él se hallaba muy a su gusto, muy en su centro.

Al enfrentar la Casa Departamental, se detuvo un momento, contemplando gozoso el gran edificio, que se alzaba negro e imponente, con dos farolillos empotrados en la pared, uno a cada lado de la puerta principal, como si fueran ojos diminutos en rostro de gigante. ¡Necio gigante! no volvería a tenerle en sus brazos; ¡no era Pancho Carranza el que había de dormir de nuevo en las crujías oscuras o en frío calabozo, mortificado con el continuo rebramar del viento y el triste ¡alerta! de las centinelas!

En cambio, allá adentro se pasaban alegremente las horas y con gusto se veía entrar la luz del nuevo día por las rendijas de la puerta. Allí, confundidos, en igualdad republicana, se codeaban el rico con el pobre, el magnate altanero con el humilde harapiento; se bebía en las mismas copas, se tomaba mate en la misma calabaza y hasta se fumaba del mismo tabaco, dando fuerza de ley a la frase: "a cigarro en carpeta se le menea jeta"...

Atravesaron la calle barriosa y entraron en un café, cuyo amplio salón estaba ocupado por una media docena de parroquianos. Dos mozalbetes imberbes jugaban a la carambola y tenían los rostros infantiles enrojecidos y descompuestos por la acción del alcohol y la fiebre del juego; en un ángulo, casi en tinieblas, algunos personajes políticos de la oposición conversaban en voz baja, mustios y alicaídos, reprimiendo el deseo de repetir la taza de café, porque sus capitales exiguos no les permitían tal derroche.

Detrás del mostrador dormitaba el mozo, y en aquel gran recinto casi a oscuras, no se oía otro ruido que el del choque de las bolas sobre el billar, o las interjecciones del mozuelo que erraba un golpe tirado con pretensiones de maestro.

Los recién llegados pasaron por el salón sin detenerse, abrieron una puerta, penetraron en un patio y llamaron a otra puertecilla con la señal convenida.

Segundos después la puerta se abría y ellos entraban en aquel templo asqueroso del vicio pobre, donde el padre de familia, olvidando la mujer, los hijos, la dignidad, consumía el dinero ganado con esfuerzo y destinado a las necesidades del hogar, agotando su vida, la fuerza del músculo que la vigilia rebaja, y el espíritu que pierde su tonalidad y se baja y se degrada con el hervor de la pasión impura, — junto al perdulario repelente de oscuro origen, de sucia vestimenta, de conversación soez y de truhanescas costumbres heredadas en el lecho de la mancebía y acrecentadas hora a hora con la práctica del mal.

Las velas de sebo que iluminaban la pieza permitieron ver el rostro transfigurado de Pancho Carranza. No muy bien instalado, comprimido por los jugadores y los "mirones", — "las lechuzas", — al lado de don Marcos, se restregaba las manos esperando que le llegara el turno de manejar los naipes y lucir sus habilidades de "pastelero".

Y cuando ese turno llegó, sus manos blancas, sus dedos finos y diestros se agitaron febriles, brillaron sus ojillos entre el matorral de las cejas y la lengua torpe comenzó a moverse rápida, llamando la atención con compadradas y refranes, a fin de practicar más libremente sus fullerías. Aquello era la dicha, la vida,

el único objeto de su existencia, el mayor placer y la fuente de todos los demás placeres.

IV

No fue feliz aquella noche. Su protector había perdido todo cuanto dinero llevaba consigo, y aún quedaba debiendo una suma jugada sobre su palabra; y como no contara con más recursos, ese mismo día salió a campaña en busca de trabajo que le proporcionara nuevo combustible para alimentar su pasión. Contra lo de costumbre, *Pájaro-bobo* salió esa vez con las manos vacías, y empezó el día malhumorado, hosco, ceñudo, y se dio a vagar por donde él sabía hacerlo, de un café a otro, de la cancha de pelota a la de bochas, de este almacén a aquél; por todos los parajes donde estaba seguro de encontrar similares y podía obtener limosnas bajo una u otra forma: un real, un peso, un vaso de caña, una invitación para almorzar, o cuando más no fuera un pan. No premeditó nada, no se tomó la molestia de idear nada; porque, para este gran haragán, hasta pensar era labor pesada y difícilmente emprendida.

Conocía bien los sitios y las horas, sabía con certeza dónde y en qué momento encontraría a determinadas personas, y allá iba, tranquilo, indiferente, encasquetado el descolorido sombrero fungiforme y arrastrando las largas piernas con pereza.

A las once se encontró en la trastienda de un almacén asaz concurrido por negros y por pardos. Recostado sobre el mostrador, pisándose un pie, estuvo largo rato silencioso, limpiándose las demás uñas con las del meñique de la mano derecha. La vigilia y la mala suerte en el juego, habíanle pintado el rostro

con barniz cetrino y apenas brillaban los diminutos ojos gatunos, que aparecían más chicos con la hinchazón de los párpados.

Poco a poco fueron llegando los marchantes. Un negro viejo, medio paralítico, apareció primero. Llevaba un paquete con una docena de huevos que vendió al dueño de casa por unos centésimos. En seguida pidió un vaso de caña, ofreciendo otro galantemente a *Pájaro-bobo,* e iban a beber en momentos que se presentó un conocido, un moreno viejo, portador de un cuero de carnero, cuyo precio arregló sin dificultades con el almacenero.

Y acto continuo, ¡a beber!

Minutos más tarde, la trastienda se llenaba de gente, poniendo en aprietos al mozo para servirlos a todos.

—¡A ver, galleguito, si me servís pronto! — gritaba uno; y más allá un indiecito vicioso, cuarteador de diligencias, golpeaba el mostrador con la gran argolla de su rebenque:

—¡Vamos, nación, que se me yelan las tripas!

En tanto Carranza y los dos negros iban concluyendo el producto de los huevos y el cuero, sosteniendo amigable conversación.

—¿Sabe, don Carranza, — decía el primer negro, — qu'ando po vendé el telenito?

—¡Ah! ¿sí?

—¡Chí; no lo puelo elificá, de toa soelte!... La patrona no quiele... ¡Pucha, amigo!... ¡Sabe qu'e juerte esta caña!...

—¡Qué ha de ser juerte! — contestó el otro negro sonriendo; — é que osté etá mu viejo, compare...

—Viejo son lo trapo, compare, — replicó el aludido, algo amostazado.

Siguióse un corto diálogo injurioso, y luego, entre las frases de "¡No, amigo!" y "¡Pero, amigo!" volaron un par de aquellos vasos chatos y culones y un cuerpo cayó pesadamente sobre el pavimento humedecido por los licores y las escupidas. La autoridad, representada por un negro grandote, se presentó sable en mano. *Pájaro-bobo* intervino, los combatientes se reconciliaron sobre el terreno, el polizonte bebió de un trago la copa de caña que le ofrecieron, y limpiándose la boca con la manga de la blusa, salió, recomendando orden. Después, Carranza se paraba en el umbral de la puerta y agitando los brazos, semejantes a astas de molino, ahuyentaba a los pilluelos curiosos, gritándoles con indignación:

—Vamos a ver: ¿qué les importa a ustedes las cuestiones de los hombres?...

Y *los hombres,* los dos negros andrajosos y borrachos, estaban ya muy tranquilos, departiendo amigablemente, sentados uno al lado del otro. sobre una barrica de yerba.

Estas escenas eran frecuentes; pero muy rara vez *Pájaro-bobo* desempeñaba el papel de protagonista. Él no daba moquetes: sacaba a relucir un facón de hoja corta, pero buena, según él, que garantía ser de origen brasilero; y quien lo dudaba podía ver el escudo, el globo terráqueo con sus meridianos, la cruz y la leyenda: *In hoc signo vinces.* Su facón no había muerto a nadie; pero imponía respeto, porque todo el pueblo estaba conteste en que Carranza había sido hombre de empuje allá en sus mocedades, y hasta se le asignaba un grado militar ganado en las luchas civiles y no reconocido por el adversario triunfador. Además estaba emparentado con varios oficiales y hasta jefes *de verdad,* "con despachos", lo que influía

para que no se le despreciara y al contrario se le considerase como agregado político de marcada importancia; tanto más, cuanto que se hablaba con encomio de la firmeza de sus convicciones partidarias. ¡Como si en aquella alma podrida de hombre estéril para todo bien, pudiera arraigar algún sentimiento noble o alguna idea generosa! Ni siquiera halagaba su vanidad esa estima pública, porque el aprecio de sus semejantes era para él lo que el beso del sol de primavera es a las infecundas faldas de los cerros, donde no se alzan árboles ni crecen gramillas; lo que la lluvia benéfica es a la llanura yerma y arenosa donde cavan sus cuevas los tucutucus y en cuya soledad pasean de noche yaguapopés y mulitas. Vago de origen, vago de profesión, sus sentimientos eran secos guijarros, ásperas hierbas y punzantes zarzas. ¡Hablarle de la patria, a él, que había permanecido alegre en la carpeta la noche en que moría triste y abandonada la madre; madre impura, es cierto, pero madre al fin! ¡Hablarle de la patria, a él que pasaba silbando junto a la tapera que le abrigó en la infancia, y no tenía para ella una mirada, ni un recuerdo! Ignorante en toda industria, incapaz para cualquier labor, enemigo del trabajo que enaltece y dignifica, se contentaba con la limosna diaria, sin ninguna ambición para el mañana, sin ninguna esperanza para el futuro. Ninguna obligación a que sujetarse, ningún amo a quien obedecer, ninguna ley moral que cumplir: ¡ésa era vida!

V

Casi afuera del pueblo, sobre un barranco, al pie de un zanjón, solo, sin huerto, sin árboles, se elevaba un rancho miserable, carcomidas las negras paredes

de cebato y con grandes averías en la techumbre de paja. Era un repugnante cobertizo, donde al desaseo uníase la pobreza para afearlo y hacerlo indigno de vivienda humana.

El playo que había delante de la puerta estaba sembrado de huesos, de sobras de comida, papeles y basuras de todas layas, a cuyo olor nauseabundo se agregaba el no menos repelente de los "yuyos colorados", la borraja cimarrona y el apio silvestre, que crecían con exuberancia rodeando la casa, sin respetar otra cosa que una senda estrecha, frecuentemente convertida en barrizal peligroso.

A eso de las cinco de la tarde, Pancho Carranza llegóse allí, más hosco y ceñudo que por la mañana, más apagado el brillo de sus ojuelos, más repulsiva la expresión del semblante.

Entró como dueño de casa, y con un simple ¡buenas tardes! dado a la mujer que tomaba mate sentada sobre un banquito de ceibo, fue a tirarse sobre el catre, cuyas pocas ropas, rotas y sucias, estaban en desorden.

—¿Querés un mate? — le preguntó la mujer; y él respondió secamente:

—Alcansá.

Ella se levantó con pereza para alcanzarle la calabaza, y al recibirla, *Pájaro-bobo* estuvo un rato mirando con persistencia a la dueña de casa. Era ésta una mulata destruida, no tanto por los años como por el trabajo, las privaciones y la vida licenciosa. Alta y flaca, con el pelo desgreñado y vistiendo un batón de zaraza descolorido y desgarrado en varios sitios; tenía unos ojos negros y brillantes y una boca grande y lasciva. Sus manos morenas estaban lustrosas a fuerza de refregar ropa en el río, pues había aceptado el

oficio de lavandera cuando, huida la juventud, no le fue dable seguir viviendo del placer. En las noches de suprema pobreza, Pancho Carranza había encontrado albergue en el rancho derruido de la mulata y había aceptado la mitad del lecho de lona, y, con más frecuencia, habíase llevado el producto de algún lavado para poder concurrir a la carpeta.

Algunas veces los golpes suplían a las súplicas y tomaba por la fuerza lo que no le daban por voluntad. Esa tarde había ido con la intención de obtener algo, y no tardó en manifestar sus deseos.

—China, —le dijo con displicencia,— ando muy cortao.

—¿Y a mí qué? — respondió ella liando un cigarrillo.

—¿A vos, qué? ¡Ya estás escondiendo la leche! Has de tener algunos riales.

—¡Sí, afilate que has de oler! ¡Te pensás que yo voy a estar trabajando como burra pa pagarte tus vicios! ¡No, m'hijito! ¡El que quiera celeste, que le cueste!... Y además que yo no tengo ni medio vintén... Tuve que comprar esta yerba y este tabaco al fiao, al pulpero don José, ¡y entuavía tuve que peliar, porque el roñoso no me quería fiar dos vintenes!... Y además que si tuviera lo precisaría y sería mío... y pa mí... que pa eso lo gano con mis lomos...

—¡Es al ñudo que palabriés tanto!

—¿Al ñudo?... te equivocás, y no pensés que vas a hacer como en otras ocasiones... mirá que ya me tenés hasta el buche... y, palabra de honor, pa la falta que hacés aquí, más vale que no vengás más... ¡Sí, que no vengás más!... ¡Por este puñao de cruces!...

Y al decir esto, la mulata, furiosa, puso una mano sobre la otra, haciendo el "puñao de cruces".

Carranza quiso parlamentar. Sin moverse de la cama, y mientras la lavandera se paseaba por el chiribitil gruñendo enojada, él, con toda calma, le decía:

—Vamos, no te enojés. Prestame unos riales, que yo te los devuelvo mañana. ¡No me hagás perder una buena jugada en que voy a ganar a la fija!...

—¡No doy! ¡no doy!... y dispués que no tengo; ¡te he dicho que no tengo ni medio vintén! — repetía ella con rabia.

Pájaro-bobo se puso de pie. Estaba decidido a conseguir dinero por cualquier medio, a fin de poder ir esa noche por el desquite; y él no era hombre que retrocediese ante ningún obstáculo.

—Vamos a ver, — dijo; y fue hacia el baúl desvencijado que estaba enfrente de la cama.

Ella saltó como una tigre, y hundiendo rápidamente la mano entre las ropas sucias y las baratijas que contenía el baúl, sacó un pañuelo, en una de cuyas puntas tenía atado su dinero, los veinticinco reales del lavado cobrado la víspera.

Carranza la zamarreaba, la golpeaba, la insultaba; pero ella no largaba su presa, oprimía el pañuelo contra su pecho y se revolvía furiosa.

—¡Largá, o si no te mato! — gritó el bandido encolerizado.

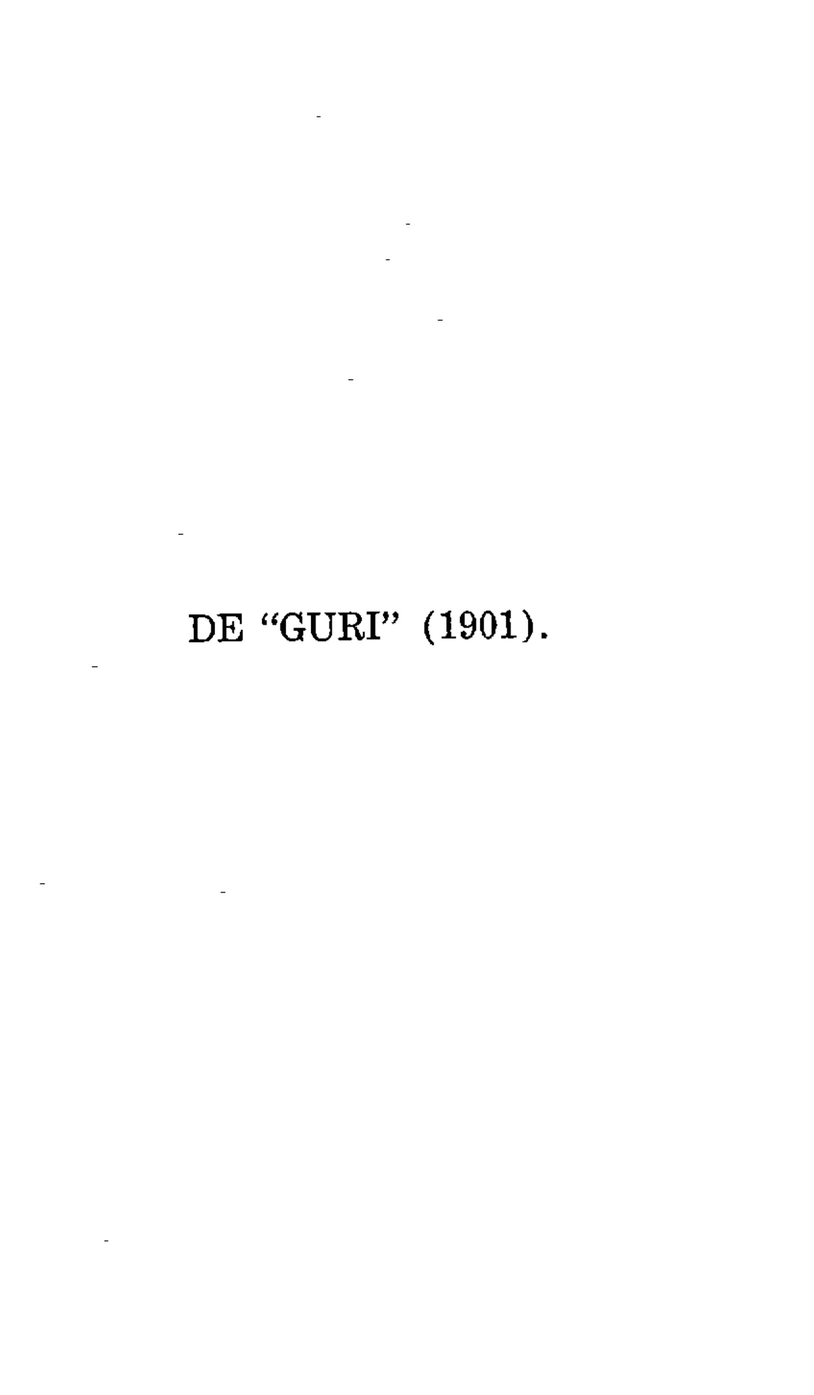
—¡No! ¡no! — repetía ella.

Pájaro-bobo la soltó un momento y fue hasta la puerta. Estaba oscureciendo y no veía alma viviente por las inmediaciones; era uno de esos crepúsculos tristes de los suburbios de aldea, sin luces y sin rumores.

Carranza, veloz como un felino, se abalanzó sobre la mulata y le asestó un golpe de plancha con su facón, en medio de la frente. La mujer lanzó un grito, un grito horrible, más de rabia que de dolor, y retrocedió apretando su tesoro contra el pecho, con ansia convulsiva; y mientras el bandido le descargaba golpe sobre golpe, ella vociferaba iracunda, vomitando palabras horribles, insultos sangrientos. Al fin *Pájaro-bobo,* cansado de sostener tan larga lucha, la asió de la trenza, dio un tirón seco y la arrojó al suelo. Le puso un pie en la garganta, otro en el vientre, e iba a robarla miserablemente, cuando tres hombres, sable en mano, entraron de súbito en la covacha.

—¡Date preso! — gritaba una voz imperativa, al mismo tiempo que los sables caían sin misericordia sobre Carranza, que no tuvo tiempo de recoger su facón y defenderse. En pocos segundos estuvo amarrado. Lo condujeron a la cárcel, donde su aparición fue ruidosamente festejada. Allí estuvo toda la noche, una horrible noche de invierno, a la intemperie, atormentado por el alerta de las centinelas y el rebramar del viento que azotaba los grandes eucaliptus de la plaza.





DE "GURI" (1901).

EN LAS CUCHILLAS

Dedicado a Fructuoso del Puerto.

La primera vez que le bolearon el caballo, tuvo tiempo para tirarse al suelo, cortar las sogas y montar de salto: pingo manso, blando de boca y ligero para partir, el tordillo recuperó de un solo bote el corto tiempo perdido. El segundo tiro de bolas lo paró en el astil de la lanza, donde las *tres marías* se enroscaron a la manera de culebras que juegan en las cuchillas durante el sol de las siestas; y como el jinete viera que las piedras eran bien trabajadas, —piedras charrúas, seguramente,— que el "retobo" era nuevo y en piel de lagarto, y las sogas de cuero de potro, delgadas y fuertes, pasó rápidamente bajo los cojinillos la prenda apresada. Y siguió huyendo, con las piernas encogidas, sueltos los estribos que cencerreaban por debajo de la barriga del caballo, y el cuerpo echado hacia adelante, tan hacia adelante, que las barbas largas del hombre se mezclaban con las abundosas crines del bruto. Con la mano izquierda sujetaba las bridas, tomadas cerquita del freno, por la mitad de la segunda "yapa", tocando a veces las orejas del animal. En la mano derecha llevaba la lanza, cuyo regatón metálico iba arrastrando por el suelo, y cuya banderola blanca, manchada de rojo, flotaba arriba, castigando el rejón, sacudida por el viento. De la muñeca de la misma mano iba pendiente, —por la manija de cuero sobado,— un rebenque corto, grueso, trenzado, con grande argolla de plata y ancha "sotera" dura.

Alentado por los repetidos *¡hop!... ¡hop!...* del jinete, el tordillo se estiraba, — "clavaba la uña", — con sordo golpear de cascos sobre la cuchilla alta, dura, seca, quemada, lisa como un arenal y larga como el río Negro: todo igual, lo andado y lo por andar.

El hombre no cedía, sin embargo; no disminuía en nada la celeridad de la carrera: parecía una desesperación perseguida a bola sobre campo limpio y plano, un campo triste, pintado de amarillo, pero del amarillo feo de los pastos secos, tostados por el sol y medio desprendidos del suelo, de la tierra pardusca y agrietada como revoque de barro en horno de Estancia. Flores de clase alguna, no se veían, y, en vez del habitual aroma de las cuchillas, percibíase un olor áspero, quemante, que las sequías prolongadas arrancan a la tierra removida, allí donde sólo quedan tallos rotos, raíces blancas y yerbas muertas.

De lejos, caballo y jinete casi se confundían. Los perseguidores veían, en los flancos del bruto, las piernas del calzoncillo, infladas, blanqueando y saltando como enormes maletas de vendedor ambulante; después una mancha negra: la camiseta de merino, con un triángulo blanco formado por la golilla que caía sobre la espalda; finalmente, otra mancha oscura, más pequeña y movible, constituida por las melenas confundidas del hombre y del tordillo.

Los perseguidores eran seis: cinco mocetones fornidos, con barbas ralas y morenas como trigal recién brotado, y caras color de "picana" asada a punto; el sexto era indio y viejo. Tres de los mozos calzaban bota de potro; dos iban descalzos, al aire la gruesa pantorrilla, al aire el pie pequeño y negro. Uno de los que llevaban botas, había perdido el sombrero, y, en el otro, no era blusa la blusa que llevaba. Todos

montaban buenos pingos criollos e iban armados de largas lanzas ornadas con banderolas rojas. Como el perseguido, ellos también taloneaban recio, clavando la espuela sin compasión.

No se veía más gente que ellos en el campo; pero se oían retumbos cercanos, viniendo de varias direcciones, indicando que la persecución era general, que el exterminio se proseguía a los cuatro vientos. Los mocetones habían salido juntos, guiados por el indio que corría a un jefe enemigo. Hacía rato que le tenían cerca, sin poderle dar alcance. Cuando el viejo acertó el primer tiro de bolas, los seis hombres rugieron a un tiempo y las seis lanzas se blandieron, ganosas de sangre, embriagadas con la sangre que habían bebido en la pelea, sedientas de más sangre. Al ver que el fugitivo frustraba sus anhelos, los talones golpearon los flancos de los caballos y sonaron las grupas castigadas por las lonjas de los rebenques. Y durante un rato, los seis perseguidores continuaron así, "tapándoles la marca" a las pobres bestias transidas. En el empuje habían ganado terreno y lograron distinguir el apero y la vestimenta del jefe perseguido.

—¡Las botas son pa mí! — gritó roncamente uno de los descalzos.

—Una pa mí, — agregó el otro descalzo.

—Güeno; y jugamo la'utra, — replicó el primero que había hablado.

Apuraron los pingos, y, al cabo de un tiempo, un tercero exclamó:

—¡Copo el chiripá!...

Y un cuarto, un jovencito petiso y rechoncho, que iba haciendo fuerza por ganar la punta:

—¡Los estribos son míos, cabayeros! — gritó con una vocecita aflautada.

Pero el indio, que iba adelante y revoleaba un nuevo par de "boleadoras", contestó con energía de jefe y sin volver la cabeza:

—Chapiao e mío.

Y largó las bolas, que fueron a enroscarse en la lanza del diestro fugitivo.

No iba asustado aquél. Todavía tenía caballo, y él sabía dónde se salía con el rumbo que llevaba. El continuo castigar de sus perseguidores le decía que sus cabalgaduras no irían lejos: ¡habían lanceado mucho en ellas, aquella mañana!...

Otras boleadoras picaron cerca, un poco atrás, golpeando los garrones del tordillo y las espaldas del jefe con pedazos de tierra dura. Y el tordillo dio un balance y el otro tiro de bolas cayó lejos.

—¡Los tres volidos de la perdiz grande! —murmuró sonriendo el fugitivo.

El viejo zorro había escapado una vez más a la perrada: el matorral estaba cerca. ¡Dejarlo para otro día, camaradas!...

La tarde empezaba a declinar. De cuando en cuando, una nube oscura y delgada nublaba el sol y proyectaba sombra sobre la loma. Y aquellas cortas interrupciones de la radiación solar producían como un alivio, como un consuelo en el alma áspera del jefe perseguido. Durante esos rapidísimos instantes, hacía menos calor, y el viento azotaba fresco las sienes del caudillo, que tendía siempre hacia adelante la mirada, con insistencia, con tenacidad, como si a lo lejos, en el fin de la cuchilla, en el confín azul, le esperase un auxilio o un refugio, una partida amiga o un monte espeso. Tanto confiaba en la salvación, que empezó a examinar la insignificante herida que tenía en el muslo, un arañazo de lanza, y hasta sintióse fatigado

con la postura incómoda que llevaba sobre el caballo. Estiró las piernas y, después de buscar un rato con la punta del pie, logró estribar fuerte, firme, con satisfacción marcada. Varias veces volvió la cabeza para observar a sus enemigos, y sonrió irónicamente al considerarlos furiosos e impotentes.

Ellos, en efecto, iban perdiendo terreno y habían renunciado a emplear las boleadoras, convencidos de que el único resultado era perder tiempo en recogerlas. Por eso se resignaban a seguir la presa de cerca, sin perderla de vista un solo instante, calculando que en el campo habían de encontrar algún caballo descansado; y tan pronto como el indio jefe de la partida hubiese "mudado", la cosa iría como lista de poncho.

Entre tanto, ¡con qué enconada avidez seguían al fugitivo sus miradas! Jamás aguará alguno se vio acosado por perrada más inclemente. Era inútil que el perseguido se ocultara un momento al bajar un vallecito, o que intentara escurrirse por la falda de una cuchilla: bien pronto advertía que sus enemigos, sin abandonar el rastro, lo seguían con una constancia de potrillo guacho. Ellos abarcaban el campo, la inconmensurable campaña abierta a los cuatro vientos; las cuchillas de ancho bombeo, las amplísimas lomas, desnudas, desiertas, tristes y monótonas con el eterno tapiz trigueño de las gramíneas secas, deslumbradoras con la ardiente reverberación de un sol tropical que derramaba torrentes de fuego por entre la atmósfera diáfana, liviana, cansadamente gris, tediosamente uniforme; ellos abarcaban el campo con sus visuales inquietas que erraban del suelo al cielo, de la cuchilla al bajo, contentos con la soledad, satisfechos de no columbrar ningún ser humano, ninguna morada huma-

na, obstáculos o enemigos que hubieran podido disputarles o hacerles extraviar la codiciada presa. ¡Pobre presa!... Desdichado aguará que trotaba confiado, olfateando la guarida, pensando quizá en pegarles el grito burlón, — como el zorro detrás de la maciega, — sin imaginarse que a él también pudiera aplicársele la conocida copla cantada en honor de otro de sus congéneres:

"Pobrecito el aguará,
que andaba de cerro en cerro:
al cabo de tanto andar,
lo hicieron bostiar los perros..."

¿Sería posible?... ¡Oh, cachorros para cazarlo a él, viejo aguará de las selvas del Río Negro!... ¡Tenían que echar colmillos todavía! ¡Todavía tenían que ser mordidos por muchos zorros y perfumados por muchos zorrillos, para aprender por *dónde se empieza a tragar!*...

Aquellas cuchillas eran una desolación. No se encontraba en ellas ni un caballo enteco ni un vacuno flaco: la vida se había escapado, huyendo a tranco largo de aquellas lomas caldeadas, — sin pasto y sin agua, — dejando tan vasto dominio abandonado a los seres ruines, a los escarabajos y a las víboras.

Los perseguidores vieron llegar la tarde, vieron declinar el sol, vieron aparecer las primeras sombras de la noche, sin haber satisfecho su furioso deseo de darle caza al tenaz fugitivo, que había estado haciendo con ellos el juego de la mariposa con el niño. Cuando cerró la noche, lo habían perdido de vista y habían tenido que resignarse a hacer alto, desensillar, atar a soga los caballos y entregarse al sueño para recuperar las fuerzas gastadas en la dura brega de aquel día. Y al

siguiente amanecer... ¡quién sabe! acaso se podría satisfacer todavía la venganza... y el "carcheo"; el "carcheo", sobre todo, que necesitaban para cubrir sus desnudeces, y que sería siempre escaso botín y menguada recompensa a la fidelidad y el valor con que servían su causa. Sino... otros prisioneros habían de hacer, y no por andar desnudos y descalzos abandonarían las filas. El soldado oriental de todas las épocas escucharía siempre impasible la frase del sargento francés de la República a la tropa harapienta: —"*Le Représentant a dit comme ça: —"Avec du fer et du pain on peut aller en Chine." —Il n'a pas parlé de chaussures.*" El soldado oriental exigía menos: con el fierro bastaba.

Entre tanto, el jefe vencido trotaba contento por un terreno ligeramente quebrado. Sonreía con placer al imaginarse a sus perseguidores mascando rabia y tragando fuego. Poco a poco fue creyendo que nunca había sentido el miedo, que nunca había dudado de su salvación, que nunca había creído que pudieran apresarlo a él, —potro viejo de colmillo retorcido, ñandú arisco acostumbrado a los sogazos,— aquellos mocetones inocentes, que, como los cuzcos, sólo sabían ladrar. ¡Los pobres gurises!... ¡Una cosa es pialar terneros en la playa de la manguera y otra enlazar toraje alzado en los riscos de la sierra o en las dificultades de los potriles!...

Al trote, llegó a una cañada, un arroyuelo de márgenes desnudas, pero que debía de tener su origen en manantiales fecundos, cuando conservaba aguas claras en sequía semejante.

El gaucho se apeó, se quitó el sombrero y, ahuecando la palma de la mano, sirvióse de ella como de recipiente, para beber con fruición de la linfa pura y

fresca que corría sobre lecho de pedrezuelas blancas y arenas finas. Luego quitó el freno al tordillo, que se abalanzó sediento y estuvo largo rato con el sudoroso hocico sumergido en el agua; después levantó la cabeza para paladear el último buche, que empezó a caer a chorros por los lados de la boca, y tornó a beber, a beber con ansia insaciable, "como pa secar el arroyo".

El fugitivo "bajó el recado" para que el pingo se refrescara, lo dejó tirar una docena de mordiscos "pa engañar el hambre", ensilló de nuevo y volvió a montar, marchando al trote, con el rumbo "bien escrito en su mente y en el tino", como dice el galano cantor de las cosas nuestras, de las taperas y de los tréboles.

Había cerrado la noche, una noche oscura, sin luna, sin estrellas, una de esas noches que, en la inmensidad desierta, en lo ilimitado del campo, donde no se distingue una sola luz ni se oye un solo ruido, oprimen el corazón y despiertan el miedo en todo aquel que no ha nacido y crecido en el despoblado. Pero el viejo caudillo, que no conocía otra vida y que había hecho mil veces esas travesías nocturnas conduciendo huestes armadas en tiempo de guerra y tropas de vacunos en tiempo de paz, sentía placer por aquella oscuridad que le ocultaba al ojo del enemigo y que no le impedía proseguir tranquilamente la marcha hasta un refugio seguro.

La alegría había vuelto a su alma y, olvidando fatigas, se entretenía en pasar revista a los últimos acontecimientos: la noche pasada en vela con el arma al brazo, frente al enemigo tendido en batalla; el amanecer nubloso, las guerrillas, los primeros tiros, y luego las terribles cargas a lanza, el entrevero, el caos, lo indescriptible del combate; finalmente, aquel pá-

nico sin explicación que se apoderó del ala derecha e hizo huir despavoridas a tres divisiones, una de ellas *de arriba,* sin haber entrado al fuego; después, la inmediata derrota, una espantosa derrota que impidió toda retirada en orden, deshizo el ejército y forzó el desbande, la huida vergonzosa al grito desesperado de ¡sálvese quien pueda! Tras esa visión rápida del conjunto, de todo el drama, el caudillo se detenía a considerar escenas parciales: la actitud de tal jefe, la bizarría de tal carga, lo horrendo de tal episodio.

Y así fue andando, andando, por colinas y por valles, hasta que un olor fresco y húmedo le denunció la cercanía de un arroyo. El paisano detuvo su caballo.

—¿Un arroyo aquí? Pu'aquí nu'hay arroyo nenguno. ¡Si andaré sonsiando!...

Unos pasos más, y se encontró con un cañadón de lecho de piedra por delante. Entró en él, observó y sacudió la cabeza con rabia. ¡El mismo cañadón, el mismo vado, el mismo sitio de donde había salido horas antes!... No pudo reprimir su enojo ante aquella malaventura que le dejaba en situación incierta, que volvía a poner en peligro su vida tan hábilmente disputada al enemigo, y que, sobre todo, hería en lo hondo su orgullo de gaucho, de hombre campero, baqueano en todo el país, capaz de "rumbear", por tino, por instinto, por herencia, aun en los parajes desconocidos, aun en las comarcas que no había visitado jamás.

Como el caballo, todavía sediento, intentara detenerse en mitad del arroyuelo, el jefe, enfurecido, le clavó, inclemente, la espuela en el ijar sudoroso, al mismo tiempo que descargó sobre la grupa un rebencazo tan recio, que el chasquido repercutió y oyóse fuerte en el silencio de aquella negra soledad. El no-

ble animal dio un brinco, hizo saltar con los cascos las piedrezuelas del vado y traspuso el regato, en la vera del cual detúvole el jinete con brusco tirón de riendas.

Durante unos minutos el gaucho estuvo pensativo, recordando cuchillas y bajíos, zanjas y cañadas. arroyos y ríos, ranchos y estancias. Poco después toda aquella inmensidad tenebrosa se dibujaba clara y precisa en su mente de rastreador, y tornaba a emprender la marcha, reanudando el hilo de sus recuerdos. Otra vez renació la confianza en su espíritu y de nuevo sonrió al peligro pasado y a las amenazas burladas.

¿Dónde estaría a esas horas su amigo Basilio Laguna, quien tanto se había empeñado para que se quedara tranquilo? Recordaba bien sus palabras: "No se meta, compadre, que esta guerra va'ser como el juego del lobo con la oveja; mire, compadre, que más vale ser terutero, que perder el cuero." Y al verlo reir incrédulo, su compadre le había dicho muy serio: —"Güeno, yo se lo alvierto pa su bien; dejesé estar en sus ranchos cuidando los animalitos, y sepa que amigos semos y ligaos pol sacramento, y pa serbirlo; pero la guerra es la guerra, y si nos topamos en una, yo he de hacer juerza por lanziarlo, como a cualisquiera que lleve divisa blanca..."

¡Pobre compadre! ¡Quién sabe si no le había tocado quedar panza arriba en las cuchillas!... ¡Quién sabe si los cuervos y los caranchos no estaban cebándose en su osamenta en aquellos mismos instantes!...

Y la marcha proseguía, al trote, cada vez más lento, porque el tordillo, con el cuello estirado y la cabeza baja, comenzaba a ceder, hasta el punto de que a menudo la espuela del amo tenía que recordarle la necesidad de continuar el esfuerzo.

En tanto, el fugitivo comenzó a extrañarse de no encontrar una cerrillada, que por fuerza debía hallar en su itinerario; pero como de noche, y sobre todo cuando se va huyendo, los caminos parecen más largos, esperó. Y al andar unos metros más, volvió a sentir el olor fresco y húmedo que anunciaba la proximidad de un arroyo. Hincó espuelas furioso y se encontró en la misma cañada, en el mismo vado, en el mismo sitio de donde había salido horas antes lleno de fe y de confianza. Por su cuerpo pasó como el estremecimiento que produce el inesperado grito de la lechuza oído en las noches de estío, mientras se toma mate en el patio de la Estancia, junto a la puerta de la cocina oscura. Fue aquello un presentimiento, un rebencazo dado a su fantasía nativa, que se lanzó al galope por los esterales de la superstición. Anuncio, agüero, presagio: su corazón sereno y bravo ante el peligro real y visible, se ablandó —aflojó— ante la sospecha de una intervención misteriosa empeñada en perderle. Sintió que las fuerzas le flaqueaban, que el coraje se le iba, como se le va la sangre a la res degollada: a chorros, a borbotones, por segundos...

Sin embargo, —gaucho indomable, alma de acero,— no se rindió aún e intentó luchar, hacer los últimos y desesperados esfuerzos por escapar de aquel círculo terrible e inexplicable que le hacía girar y volver siempre al punto de partida. Anduvo, anduvo, deteniéndose de trecho en trecho, dilatando desesperadamente la pupila en vano intento de rasgar las tinieblas, de arrancar a las sombras su secreto.

Desmontaba de cuando en cuando para palmar el suelo y oler el pasto; sofrenaba el caballo con frecuencia, creyendo ver delante un bulto negro que se le antojaba un animal o una casa y que sólo existía en

su exaltada imaginación, y concluyó por encontrarse, por tercera vez, en el vado del cañadón.

No pudo más. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y se apeó; se quitó el sombrero y lo arrojó al suelo con rabia; se mesó furiosamente los cabellos y exclamó desesperado:

—¡Parece mentira que un hombre como yo haiga andao tuita la noche dando güeltas lo mesmo que oveja loca!...

Sus dientes castañeteaban, su respiración era un ronquido. Le quitó el freno al tordillo, pero no se preocupó de desensillarlo. En seguida se tiró al suelo, largo a largo, boca abajo, dispuesto a esperar resignadamente el fin que la Providencia le tuviere reservado...

Al día siguiente, muy temprano, al rayar el alba, —cuando los teruteros empezaban a gritar en las alturas,— el jefe despertó, más por hábito de madrugar que por sobresalto o precaución; y aquel despertar, tendido sobre el pasto, junto a un paso y cerca de su caballo, que pacía ensillado, causóle infinita pesadumbre.

Durante un largo rato no pudo poner en orden sus recuerdos ni aclarar su situación. Sentía la cabeza pesada, las ideas revueltas, y una gran debilidad en el cuerpo y en el espíritu. Hacía treinta y seis horas que no probaba alimento y había pasado cuarenta y ocho a caballo, ¡y de qué modo!... Los oídos le zumbaban, tenía "como una cerrazón" en los ojos, y lo pasado se le aparecía como una pesadilla. Tantas escenas, tantos episodios, tantas faces del mismo drama, tantas sensaciones, habían concluido por transformar su cabeza en olla de grillos.

Paulatinamente su espíritu fue renaciendo con la luz que blanqueaba el horizonte; los hechos empezaron a encajar uno en otro y la situación concluyó por manifestarse.

Enfrenó, arregló el recado, se lavó la cara, montó y partió, bien orientado esta vez, pero no ya con la confianza que le había animado en la noche. Ahora era imposible errar el camino, sabía perfectamente por dónde iba y adónde iba, pero sentía la fatalidad cernerse sobre su cabeza. Siguió trotando distraído, sin prisa, sin ideas, sin proyectos ni propósitos.

No había avanzado gran trecho, cuando sintió tropel a sus espaldas. Volvió la cabeza, escudriñó el horizonte, y aunque nada pudo divisar, no le quedó duda de que la partida enemiga había logrado mudar caballos y le seguía con el feroz encarnizamiento de los odios partidistas.

Siguió trotando lentamente, sin talonear, sin mirar atrás, pero con el oído atento al ruido seco y continuo que producían en la tierra dura los cascos de los caballos de los perseguidores. El tropel resonaba a cada instante más cercano; el caudillo no se intimidó por ello, parecía no preocuparse. De pronto oyó un grito ronco: los contrarios lo habían visto y aceleraban la carrera.

El caudillo tuvo un instante de debilidad, uno solo, —un estremecimiento de animal que olfatea la muerte,— y acto continuo, convencido de que no tenía caballo para huir, de que todo esfuerzo por escapar sería inútil, sofrenó el caballo, dio media vuelta, se echó el sombrero a la nuca, e hizo cimbrar la lanza, a cuya resistencia iba a confiar, no la defensa de su vida, pero sí la de su honor de hombre y de partidario.

De lejos, de bastante lejos todavía, el indio, jefe de la partida, lo vio, y, blandiendo la tacuara, espoleó el brioso "pangaré" que montaba, y se adelantó a los cinco mocetones que le seguían a poca distancia.

El caudillo los esperó de frente, alta la cabeza melenuda, erguido el tronco de anchas espaldas y pecho recio, los labios contraídos, los ojos ardientes, la lanza en guardia.

Chocaron, y el choque fue épico. Durante un cuarto de hora, los insultos, los vivas y los mueras se cruzaron tan violentos como los botes de lanza. En una embestida furiosa, el caudillo ensartó, levantó y arrojó hacia atrás a un enemigo, de la misma manera que un jabalí ensarta, levanta y arroja a un perro. En el esfuerzo, la lanza se cimbró, crujió y se partió por el medio con un ruido de vidrio quebrado. ¡Era de urunday! .. Dos moharras entraron a un mismo tiempo en aquel pecho de gigante. Pero había mucha vida en aquel bárbaro, y siguió defendiéndose con el pedazo de astil.

En la solemnidad de aquella lucha, ya nadie hablaba. ¡Rostros contraídos, ojos fulgurantes, saltos bruscos, desordenada e incesante contracción de músculos!...

En medio de aquel silencio, sintióse de pronto una detonación: el caudillo saltó por las orejas del caballo y quedó tendido en el suelo. El soldado herido, casi moribundo, había logrado, en un postrer esfuerzo, sacar la pistola y le había hecho saltar un pedazo del occipucio con los cortados de la carga. Los otros se quedaron inmóviles, instintivamente avergonzados de una cobardía que ponía un fin indigno a una lucha heroica.

Pero el caudillo no estaba muerto todavía. Mientras duraba el asombro de sus adversarios, se puso en pie, echó mano a la daga y avanzó amenazante. Sin hablar una palabra, aceptando el reto en silencio, el indio "voleó la pierna" y cayó en guardia con el facón en la mano. Los demás no se atrevieron a intervenir: el combate se hizo singular. Diestros y fuertes los dos, la brega hubiera sido larga; pero mientras el indio sólo tenía algunas heridas insignificantes, el otro desangraba por cuatro bocas. Retrocediendo a cada golpe, a cada golpe recibía una puñalada o un hachazo.

—¡Sos duro! —exclamó el indio con admiración.

—¡Como aspa'e güey barcino! — bramó el caudillo.

Ya el jefe retrocedía tambaleando, amagando con la daga golpes que no lograba desarrollar; ya la vida se le iba por múltiples heridas, cuando un jinete llegó a escape y gritó con voz imperativa:

—¡Alto! ¡No maten a ese hombre!

El indio se volvió, bajó el arma y retrocedió con rabia.

El jefe, el comandante Laguna, —un viejo grande y fornido, de cuyo rostro, cubierto de pelos blancos, sólo se veían la larga nariz aguileña y los grandes ojos negros, — exclamó:

—¡No se mata ansina a un oriental guapo como éste!...

El caudillo había dado unos pasos más hacia atrás y había caído de espaldas, la muerte pintada en el rostro enérgico y bravío, donde aún se manifestaba altanera su alma indomable. El jefe adversario se acercó, hincó una rodilla, le tomó una mano y le dijo con cariño:

—He llegao tarde, compadre. ¡Qué vamo'hacer: ansina es la vida, mesmo como la taba, unas veces suerte y otras culo!...

—Ansina es, —contestó con voz muy débil el herido.

Su rostro palidecía, sus ojos se enturbiaban, su respiración se hacía fatigosa.

—Compadre, ¿tiene algo que encargarme? —preguntóle el comandante Laguna con voz conmovida.

Por respuesta, el gaucho hizo un esfuerzo y arrancó de él la divisa, una divisa blanca, amarillenta a causa de las lluvias y los soles, y que en medio llevaba escrito en letras de oro: *Oribe, leyes o muerte.*

—Quiero, —dijo penosamente,— que entriegue esta divisa a mi hijo, pa que se acuerde'e su padre y pa que cuando sea hombre se la ponga y muera con ella defendiendo su partido...

El comandante la dobló cuidadosamente, la guardó y contestó lagrimeando:

—Ta güeno.

Durante un largo cuarto de hora permaneció el comandante de rodillas al lado de su amigo moribundo.

Su faz hirsuta y tostada, en la cual brillaban los grandes ojos negros de mirada mansa y bondadosa, su frente lisa y serena como el cristal de la laguna cortada, su boca contraída, expresaban, con la sinceridad propia del hombre inculto, la pena que embargaba su alma grande y buena.

En tanto el moribundo se agitaba en convulsiones terribles: la agonía empezaba, larga y dolorosa, en aquel gran cuerpo lleno de vida, de una vida potente que se resistía a ser desalojada. El sufrimiento era tan grande, que arrancaba al paciente sordos y terribles rugidos. Las piernas y los brazos se estiraban, los

dedos se crispaban, el rostro adquiría expresiones espantosas.

El comandante Laguna, —profundamente emocionado, — exclamó de pronto:

—¡Es fiero ver penar ansina a un cristiano!...

Y desenvainando su cuchillo, lo degolló de oreja a oreja, con un movimiento rápido.

Se oyó un ruido ronco, se vio una gran sacudida, y el cuerpo quedó inmóvil.

En un momento los soldados desnudaron al muerto, repartiéndose las prendas, mientras el indio viejo ataba la cola "contra el marlo" al pangaré escarceador, que estaba lindo de veras con el "chapiao" de la víctima.

El jefe montó a caballo.

—Mañana, a la güelta, lo enterraremo, —dijo; — aura no tenemo tiempo.

Y la partida se puso en movimiento, alejándose para cumplir la comisión de que iba encargado el comandante Laguna.

Cuando regresaron, — dos días después, — se detuvieron ante el cadáver que, desnudo e hinchado, — estaba tendido en el camino. En el cuello, la espantosa degollación había abierto una boca negra, sombría, repugnante, retraídos los dos labios gruesos y cárdenos. Las moscas y los jejenes formaban enjambre sobre la llaga y sobre las entrañas que habían salido de las brechas abiertas en el tronco por los lanzazos, y que los caranchos y los chimangos habían arrancado y arrastrado a fuerza de pico y garra.

Se detuvieron un momento.

El comandante Laguna, muy triste, contemplando con marcada pena el cadáver de su amigo y compadre,

—Parece un güey muerto, —dijo.

Y el indio viejo, —mirándose la pata ancha y desnuda desparramada sobre el gran estribo de plata, contestó sonriendo:

—¡Memo!... ¡Parece un güey po lo grandote!...

Después agregó filosóficamente:

—Hombre grandote e sonso.

Y escupió por el colmillo.

Montevideo, 1896.

LA YUNTA DE URUBOLI

A Benjamín Fernández y Medina.

I

Quizás Orestes Araújo, — nuestro sabio e infatigable geógrafo, — sepa la ubicación precisa del arroyo y paraje denominados de "Urubolí", el lindo vocablo quichúa que significa *Cuervo blanco,* y que según Félix Azara, dio origen a una curiosa leyenda guaranítica. Las cartas geográficas del Uruguay no señalan ni uno ni otro; y por mi parte sólo puedo aventurar que están situados allá por el Aceguá, en la región misteriosa de ásperas serranías mal estudiadas, de abruptos altibajos donde mora el puma. y abras angostas donde suele asomar su hocico hirsuto el aguará. en los empinados cerros de frente calva y de faldas pobladas de baja y espesa selva de *molles y espina de cruz.* Ello es que, encerrado entre dos vertientes, existía hace tiempo un pequeño predio, un vallecito hondo y fértil, rico en tréboles y gramillas, donde acudían en determinadas épocas las novilladas alzadas. En un flanco de la montaña, mirando al norte, alzábase un ranchejo de adobe y totora, y en él moraba el poseedor, — ya que no el dueño, — de aquel bien mostrenco.

Segundo Rodríguez se llamaba el usufructuario de la tierra y la hacienda; y era el tal un gigante que, parado en el interior del rancho, no tenía nada más que estirar la mano para tocar la "cumbrera". Para hacerse unas botas, — que no sé por qué se llama-

ban y siguen llamándose *de cuero de potro,* — necesitaba las piernas de un novillo corpulento, y tenía que sacar la piel desde muy arriba, de cerca de la "capadura". Sus piernas eran dos troncos que el más prolijo estanciero hubiera codiciado para horcones de su galpón; su busto era macizo y ancho, y sobre él, unida a un cuello de toro, descansaba una cabeza pequeña, la clásica cabeza de Hércules. Sus brazos estaban en relación con las piernas, y las manos no eran tan largas, pero sí más anchas que los pies. Segundo Rodríguez pasaba por muy presumido en el vestir y poseía una navaja con la cual se afeitaba todos los sábados, cortando pelos como quien corta árboles en el monte, sin respetar nada más que el espeso y negro bigote, que era su orgullo. No hay para qué decir que no ponía mucho cuidado al afeitarse, y rascaba con fuerza los mofletes rubicundos, "como quien lonjea guascas", según su propia pintoresca expresión; y al concluir la obra, reía de buena gana al mirarse en un pedazo de espejo y encontrarse "tuito charquiao". La frente era baja y estrecha, una de esas frentes sin luz que van diciendo el cerebro que guardan. Las cejas muy pobladas, la nariz fuerte y aguileña, los ojos pequeños y vivos, rebosando malicia y una de esas miradas que son brillantes como una superficie bruñida, que reflejan, pero que no emiten luz, como en todos los seres en que la vida es simplemente sensitiva. En lo físico y en lo moral, Segundo Rodríguez era un Porthos, un Porthos gaucho, noble, valiente, vanidoso y caballeresco. Fuerte como un toro, bravo como bagual de sierra, bueno como china antigua, decidor, jaranista, servidor y desprendido, era bruto como "bota nueva". En su faz, tostada por las inclemencias del tiempo, no se había marcado ninguna arruga, porque

las arrugas del rostro son huellas de ideas. No sabía a ciencia cierta cuándo había nacido, ni dónde ni de qué padres: cosas eran éstas que no tenían mayor importancia en la buena vida nómade de nuestros felices antepasados. No calentó los bancos de la escuela, porque en aquella época se empezaba temprano el oficio de soldado. El gobierno "arreaba" chicos y grandes, y las revoluciones entusiasmaban y ponían en armas a grandes y chicos. Y, por otra parte, la escuela era innecesaria. Para enlazar, "pialar", domar, pelear y manejar el naipe y la taba, no era menester saber leer ni escribir; los contratos se hacían verbalmente, garantidos por la fe de la palabra gaucha, muy rara vez violada, y como entonces no había Universidad, no se conocía la plaga de abogados, escribanos y procuradores, de manera que los pleitos eran raros y la propiedad estaba relativamente garantida. A la vuelta de una de sus campañas, y llamándose ya "el capitán Segundo Rodríguez", pobló en el vallecito de Urubolí y se dispuso a vivir allí como pudiera, porque no tenía recurso alguno. Su grado, como los de casi todos los jefes y oficiales gauchos de aquella época, era lo mismo que las baronías brasileñas, puramente honorífico, simplemente decorativo. Poco paraba en su rancho. Las carreras eran su pasión primera y su primera fuente de recursos también; después seguían el naipe y la taba. Por asistir a una jugada andaba leguas, y no conocía distancias tratándose de ver correr un parejero de renombre. Cuando permanecía en su casa, no le faltaban amigos con quienes tomar "el amargo" y charlar a gusto de acciones de guerra, de caballos y desafíos. Su fortuna la constituían su apero y su tropilla, nueve "pingos", de los cuales tres, — un tordillo, un overo y un gateado, — eran parejeros de

nombradía. De tiempo en tiempo convocaba a sus amigos para hierras o apartes de novillada alzada.[1] Era aquélla, penosa y arriesgada faena, que el gauchaje desempeñaba entre alaridos y frenéticas corridas de cazador salvaje. En medio de todos, por numeroso y selecto que fuese el grupo, siempre Segundo Rodríguez descollaba. Era de verlo en aquella lidia. Calzaba bota de potro y espuela *chilena;*[2] recogía el "chiripá" bajo el "tirador" de badana; desabrochaba la camisa de percal y echaba a la espalda el sombrero, sujeto al cuello por medio del barboquejo. Cerraba piernas a su flete, corriendo en dirección al toro más corpulento y bravío, se abría cancha con un rugido de su voz estentórea, y lanzaba, "con todos los rollos", el pesado lazo de doce brazas. Sonaba la argolla al chocar contra la frente del vacuno y la armada se cerraba alrededor de la fiera cornamenta.

Entonces gritaba con el orgullo de un jefe ordenando una carga decisiva:

—¡Aura los pialadores de güen pulso y garrón juerte!...

En un segundo, diez jinetes habían desprendido el lazo y desmontado, corriendo aprisa hacia la res embravecida.

—¡Pido la imaginaria![3] —vociferaban en coro; y estrujándose, armando los lazos, se acercaban enardecidos.

---

1 En las sierras y en los bosques de los grandes ríos del norte y del este, existe aún cantidad de hacienda chúcara. En el rincón de Cebollatí y Corrales suelen salir, en las crecientes de invierno, novillos de cinco y seis años, completamente orejanos, y por lo tanto sin dueño.

2 Espuela de hierro, cuya rodaja medía hasta diez centímetros de diámetro Se diferenciaba de la *nazarena* en que, en ésta, la rodaja estaba constituida por dardos, semejando una corona de espinas.

3 La prioridad.

Oíase una estruendosa gritería.

—¡Aguajajaaa!... ¡aguajajaaa!...

—¡Aflojelé a esa maula, capitán!...

—¡Aguajajaaa! ¡brrr! ¡aguajajaaa!...

Y el capitán respondía sereno:

—No se apuren, muchachos, que no arrebatando hay pa todos.

—¡Aflojelé! ¡aflojelé!...

—¡Déme lao, compañero!

—¡No apriete, que no es pa queso!...

—¡Aguajajaaa!... ¡aguajajaaa!...

Enloquecido por los gritos, el toro bufaba, sacudía el borlón de la cola, escarbaba el suelo con la pezuña, bajaba el testuz y embestía fiero. Diez armadas de lazo lo recibían, ligándole las manos y tumbándolo pesadamente. Antes de que la bestia pudiera hacer un movimiento, los hombres estaban encima, y quién le oprimía el flanco, quién le torcía el cuello, quién le quitaba el bozal de las aspas y lo aseguraba en las patas traseras, "pa estaquiarlo". En seguida venía la marca del estanciero [4], un fierro grandote y hecho ascuas, que se aplicaba en la pierna, en la grupa, en las costillas, donde mejor cuadrase. Después uno del grupo, reconocido como de "buena mano", desenvainaba el cuchillo y operaba rápidamente la mutilación, y por final, cortábale las cerdas de la punta de la cola, "pa que se supiese que le faltaba... lo de alegar". Y,

—¡A bañarse, cuzco bayo, y a castigar con el rabo! — como gritaba Rodríguez.

4 Los *agregados*, como Segundo Rodríguez, marcaban la hacienda alzada con la marca del propietario del fundo, y como generalmente tenían como premio de su trabajo la mitad de lo señalado, lo que les pertenecía lo distinguían estampando la marca volteada.

En seguida, a caballo, para continuar la tarea en la misma forma, con idéntico entusiasmo e igual algarabía.

II

—¿Y bos, Librija, qué hacés ay como zorro atrás de una chilca? ¡Ah, Librija! ¡Siempre maula lo mesmo que mancarrón tubiano!...

Estas palabras del capitán fueron dirigidas a un hombrecillo de aspecto lastimoso, que, caballero en un jamelgo escuálido y miserablemente enjaezado, había permanecido alejado del rodeo, a la entrada de una abra, más dispuesto a escurrir el bulto detrás de las peñas, que a dar el frente y sostener la embestida de una atropellada. Tenía este tipo, unas piernas cortas y flacas y unos largos pies perezosamente apoyados en los estribos; sus manos pequeñas, de dedos afilados, asentaban en la cabecera del "recado"; el busto se encorvaba hacia adelante y la cabeza caía sobre el pecho cóncavo; el rostro era enjuto, muy poblado de barba negra, y armado de una poderosa nariz de ave rapaz. Las mejillas descarnadas y terrosas, los labios finos, los pómulos aguzados, el mentón prominente y unos pequeños ojos oscuros y lucientes, acusaban el hombre astuto y de recursos. Se llamaba Casiano Mieres y era el amigo inseparable, el *hermano* de Segundo Rodríguez, en cuya casa vivía desde muchos años atrás. En los ranchos, en las carreras, en las jugadas, en los viajes, siempre se les veía juntos. Alguien les puso por mote la *Yunta de Urubolí;* y la designación quedó y ya nadie les llamaba de otro modo, en el pago y fuera de él.

Jamás se vio amistad más estrecha ni más extraña. El capitán Segundo Rodríguez era un toro, un toro

en lo grande, en lo bravo y en lo audaz. Casiano Mieres fue el *Don Juan* de la leyenda gaucha, hecha hombre: el zorro de inmensa astucia e inagotables recursos para salir airoso en las más críticas situaciones. No tenía ni poder físico, ni poder moral, ni músculos, ni valor; pero manejaba admirablemente el naipe y era profesor en "pasteles". [5] No sabía manejar el lazo a la puerta de una manguera, ni se entusiasmaba corriendo en un rodeo; pero nadie en el pago componía mejor un "parejero", ni tenía mayores ardides para hacer mal juego y engañar a los *veedores*. Era incapaz de armar o de quinchar un rancho, y jamás había cogido la tijera para esquilar una oveja; en cambio, con la vihuela en las manos, las cuerdas reían en los "pericones" y lloraban en los "tristes". En su época tal vez no hubiese otro gaucho que no supiese trabajar en guascas, cortar "tientos" y "echar corredores". Sin embargo, hasta los hombrazos de barba espesa y crin revuelta lagrimeaban al escuchar sus décimas; porque su voz, —decía un viejo paisano contemporáneo,— "era mesmamente como humo de mataojo en cocina chica, que hace llorar a chorros". Nunca discutió con nadie. Hablaba poco, era complaciente con todos y, no teniendo jamás opinión propia, daba la razón a todos. Las bromas, las pifias y los insultos de que era objeto continuamente, no lograban hacerlo enfadar, o, por lo menos, exteriorizar su enfado. Le despreciaban, pero le temían sus camaradas. En el tapete se lo disputaban para echarlo de gallo, dándole una "vaca" que en sus manos no había peligro de que resultase machorra, aunque era casi seguro que resultase mal la cuenta y faltaran onzas al final. Siem-

5 Fullerías.

pre "pitaba ajeno" y jamás pagaba la caña que bebía. Andaba en el caballo que le prestaban; comía donde hallaba un churrasco pronto; "cimarroneaba" en todos los ranchos, y hasta en los caminos con los carreros que encontraba en las siestas; dormía en las pulperías, en casa de los vecinos, o a campo raso, siempre teniendo por cama su pobrísimo recado y por abrigo su poncho "vichará". Constituía una especie de bohemio gaucho: cuerpo miserable e inteligencia sutil, que tenía un profundo desprecio por todos los hombres, por todos los seres y por todas las cosas. Su caballo solía permanecer un día y una noche atado al palenque, ensillado y con freno, sin comer y sin beber; galopaba lo mismo con el fresco de la mañana o con el incendio de los mediodías de enero, que con las heladas de los crepúsculos de agosto, suponiéndole poco que la pobre bestia muriese de insolación o se pelase por la sarna desde la cruz a la cola. Igual le daba galopar por la blanda cuchilla alfombrada de yerba, que sobre los guijarros de un cerro o los lastrales de la sierra. Y si el animal se detenía rendido de fatiga, desensillaba tranquilamente, sin un momento de malhumor, sin un asomo de contrariedad, y seguía despacio, muy despacio, con el recado al hombro. Si encontraba algún rancho cerca, llegaba a pedir caballo, si no... agarraba el primer "mancarrón" que encontraba y que "paraba a mano" [6] o se ponía a tiro de "bolas". Era superior a todos sus congéneres, porque tenía más desarrollado que todos ellos el desprecio por los hombres y por las miserias de la vida. Era inteligente hasta el punto de no tener odios ni vanidades; era in-

6 Caballo que se deja agarrar en el campo, sin necesidad de llevarlo al corral.

mensamente grande, merced a la carencia absoluta de sentido moral. Los convencionalismos sociales no le estorbaban en lo mínimo. Los había arrojado como a poncho mojado que incomoda y no abriga.

Tal era Librija. Su amistad con Segundo Rodríguez fue toda una historia. Las gentes del pago la cuentan así:

En las grandes carreras jugadas en las puntas del Caraguatá, sólo los brasileños apostaban, —y eso aprovechando la usura,— al colorado patiblanco de Juca Pintos. En cambio, el gauchaje oriental "tapaba con onzas" el tordillo del capitán Rodríguez. Cuando llegó la hora de enfrenar, un gentío inmenso rodeó a los corredores y las apuestas se cruzaron, formuladas con frases insultantes.

—Veinte patacones contra quince... ¡voy al tordillo caballeros!...

—¡Diez novillos contra seis, y juego al mesmo!

Una voz gruesa y áspera resonó:

—¡Cien onzas al tordillo, y doy luz, pa tuito el mundo!

El silencio que produjo aquella gruesa suma ofrecida a las patas de un caballo, fue roto con sonoras carcajadas, motivadas por el reto de un morenito:

—Yo tamién doy lu... ¡Una pataca al ñandú del capitán!...

De rato en rato se oía una voz tímida que decía:

—Tomo diez a tres.

Empezaron las partidas. El día estaba nublado y la pista blanda con la lluvia de la víspera. Los caballos, en sus rápidos arranques, hacían saltar el lodo con los cascos, "cachetiando" a los curiosos. Toda la concurrencia estaba impaciente. El único que conservaba su habitual serenidad era Casiano Mieres, Li-

brija, que corría el colorado en camisa y calzoncillos, el espolín calzado sobre la carne, un rebenque en cada mano y una boina roja en la cabeza.

Un moreno viejo, con una fuente bajo el brazo, pregonaba a gritos:

—¡Pasteles! ¡pasteles!

Y un gaucho andrajoso, melenudo, arrastrando las chancletas, ofrecía:

—¡Sandia güena! ¡sandia!...

En tanto, las partidas se eternizaban y Casiano fingía no oir los repetidos convites de su adversario. La impaciencia crecía, y cuando ya se había decidido poner bandera, Librija gritó:

—¡Vamos!

Y el contrario, aceptando:

—¡Vamos! —respondió.

Los dos caballos partieron como flechas: el tordillo medio atravesado y algo encogido, el colorado firme y en toda carrera, ganando del primer arranque un cuerpo de ventaja.

Sintióse el tropel de la concurrencia que galopaba precipitadamente hacia la meta, ansiosa de ver la llegada.

A los doscientos metros, el tordillo, "curtido a lazo y espuela", había logrado recuperar el terreno perdido en la salida, apareándose al contrario; hizo un nuevo esfuerzo y su fina cabeza pasó la cabeza del colorado. Desde allí la lucha siguió reñida hasta los trescientos metros, al pisar en los cuales el caballo del capitán llevaba medio cuerpo de ventaja.

En ese momento, Rodríguez gritó entusiasmado y considerando el triunfo seguro:

—¡Cien onzas a diez!

—Eu pago, — contestó con tranquilidad un ricacho brasileño.

Y en el mismo momento, el tordillo perdió pie y se dio vuelta, arrojando lejos al jinete.

Hubo un momento de asombro. Casiano pasó al galope el "maneador" que servía de meta. Los jueces sentenciadores se reunieron y deliberaron breves instantes. El comisario los oyó, y alzando el "arreador plateado", exclamó dominando el vocerío:

—¡Caballeros! Para todos: ¡el caballo colorao ha ganao!...

Segundo Rodríguez, silencioso y con el ceño fruncido, se fue abriendo paso con el encuentro del caballo y llegó hasta donde estaba Juca Pintos, un viejecito apergaminado que, muerto de frío en pleno verano, ocultaba la cabeza, cubierta por un pañuelo de yerbas y un gran sombrero de fieltro, entre el cuello del poncho y la boa arrollada al cuello.

Al acercársele, el capitán dijo secamente:

—Le corro la mesma carrera pa mañana y por cincuenta onzas.

—Está bom, — respondió con calma el brasileño.

El capitán se alejó pálido y cejijunto. No se podía conformar con la fatalidad que le había hecho perder una carrera considerada "en fija". Las pérdidas materiales, que eran grandes, no le suponían nada: lo que sufría era su amor propio. Le quedaba poco dinero, pero no le fue difícil encontrar entre los amigos la manera de completar el monto de la apuesta.

Al día siguiente, los partidarios del tordillo no tuvieron necesidad de dar usura. Las ofertas eran aceptadas en el aire, y ya no se jugaba en especie: tantos novillos, tantas vacas; cien reses de corte, veinte potros, cincuenta yeguas: este fiador contra lo que den;

este rebenque en lo que lo tasen; cinco lecheras paridas; el caballo ensillado en lo que ofrezcan.

Y los muchachos, taloneando los "petisos", pasaban al tranco gritando:

—¡Un vintén al tordillo!...

—¡Una torta al tordillo!...

—¡Una balastraca al tordillo!...

—¡Una sandia al tordillo!...

—¡Dos pasteles al tordillo!...

—¡Al tordillo esta manea!...

El negro viejo hacía coro:

—¡Pasteles! ¡pasteles!

Y el gaucho harapiento acompañaba:

—¡A la rica sandia! ¡a la rica sandia!...

Al empezar las partidas fuertes, ya casi no se oían apuestas. Más de cuatrocientas personas, que formaban la concurrencia, estaban absortas, enmudecidas por la ansiedad. Hasta las chinas "quitanderas", de suyo barullentas como *loros barranqueros,* guardaban silencio, se empinaban sobre la punta de los pies y estiraban el pescuezo para ver mejor. Más de una pierna temblaba, —como en los preparativos de una batalla,— dejando oir el runrún de las espuelas. Los corredores no lograron ponerse de acuerdo: entraron "en las obligadas", se puso bandera, pasó aún media hora, y al fin el pañuelo blanco se bajó en medio de la ansiedad general.

El tordillo sacó luz en la salida y siguió adelante hasta el segundo tercio del camino; pero en seguida su carrera comenzó a flaquear y el colorado se le apareó sin grandes esfuerzos, lo pasó y llegó cortado a la raya ganadora.

Apenas había desmontado el corredor del tordillo, cuando Rodríguez llegó hasta él, cogió la brida, y des-

nudando la daga, la hundió en el cuello de la bestia. Ésta cayó agitándose convulsa, y el capitán limpió tranquilamente el acero en la crin del bruto muerto, tornó a envainar y dijo con voz pausada, dirigiéndose a los numerosos espectadores de esta rápida y extraña escena:

—Lo que no sirve pa nada, se degüella. A los maulas hay que matarlos pa que no echen cría!

III

Pasó el verano, transcurrió el otoño, llegó el invierno y nadie vio en jugadas o carreras al capitán Segundo Rodríguez. Su doble derrota lo había abatido de tal modo, que no hallaba gusto en salir de su rancho.

Una tarde, a la entrada de la primavera, llegó Primitivo Gómez, un viejo amigo y compañero suyo, hermano de armas y camarada de juegos. Tomaron mate, hablaron de "bueyes perdidos", comieron con apetito el sabroso asado, y mientras a manera de café, volvían al "amargo", el visitante dijo con aire distraído:

—¿Y sus parejeros, amigo Rodríguez?

Y el capitán, sangrando todavía por la herida, respondió agriamente:

—Ay'stán, de acarriar agua...

—¡Nu'amuele, aparcero!

—Es ansina.

—¡No arrugue, que nu'hay quien planche! Esa no me dentra. ¡Y tengo güen tragadero!...

Segundo se encogió de hombros. Primitivo Gómez continuó con calma:

—Aura se presienta una carrera linda...

—¡No! Ya me dieron dos, y enrabadas, y chantas como con taba cargada.

—Pero ésta sería a la fija.

—Sólo pa Dios hay *fijas,* amigo Primitivo.

—Si conociese el matungo...

—¡Es al ñudo, compañero!... Nu'haga corral, porque no dentro. ¡Entuavía me duelen los garrones de los sogazos!...

—¡Güeno, güeno! no se caliente aparcero; con no hablar más, ya'stá concluido.

Y el avisado seductor no habló más; pero al día siguiente, muy temprano, antes de aclarar, mientras "cimarroneaban" en la cocina, buscó y halló medio de volver al mismo tema con habilidades diplomáticas.

—Ando medio lisiao de esta pierna, —dijo refregándose una rodilla con la palma de la mano; — y jué sonso: una pechada con el encuentro de un mancarrón, por apurarme a copar una parada contra el picazo'el Río Negro... ¡Pero bea, amigo, bea cómo se hacen de menta sotretas que no levantan las patas!... El caballo lo trujeron tapao, de la sierra'e los Tambores, y naides se atrevía a tirarle'e la manta. Pues bea, amigo, lo que es el diablo: ¿quién había'e ser el cuidador del picazo?... ¡Pues nada menos qu'el mulatillo Tomás! — aquel muchacho que crió tata y que dispués se juyó porque le había atracao una manga'e lazo; — y yo encomencé a ronciarlo con la intención de echarle un pial, y dejuramente el mulatillo dentró a la jaula. Una tardecita, Tomás me trujo el parejero picazo y le dimos un cotejo con mi rosillo... ¿sabe... aquel rosillo pico blanco, marca'e don Celedonio?... Pues, amigo, el tan mentao se echó de un todo en las cuatrocientas baras y lo pelé como bintén del bolsi-

llo!... Bea, amigo. ¡Y al parejero picazo le han disparao como seis o diez caballos güenos de pu'acá!...

—¿Y ansina, tan flojo, ganó el rosillo?...

—Ansina mesmo, aparcero; ¡cuasi sin chicotiar!... Conque ya be, lo que yo decía: con su gatiao, iba a ser como matar tarariras en la siesta...

Poco a poco el capitán iba *entrando;* la "armada" era grande y el lazo fuerte. Primitivo fingió no dar mayor importancia al cuento y cambió de conversación; pero Rodríguez, visiblemente preocupado, no largaba el tema y seguía pidiendo informes.

—Si juese posible cotejarlo con el gatiao...

—Posible es... dejuro que es posible; pero como usté dice que lu'ha largao...

El gigante se ruborizó.

—Pero ansina mesmo, —dijo,— está medio delgao, y levantándolo un poco...

Al oscurecer del siguiente día la prueba se efectuó, y el gateado, —que si no estaba a trato de parejero, tampoco estaba de *acarrear agua,* como dijera su dueño,— ganó corriendo con doble peso, —dando chico a grande,— por un cuerpo de caballo, al famoso parejero picazo del Río Negro. Una semana después se concertaba la carrera, por cien onzas, para el 1º de diciembre, en la costa de Uruboli.

La noticia cundió rápidamente y despertó, por más de un motivo, la curiosidad y el interés del pago. Es así que el 1º de diciembre, aunque el sol quemaba y el aire era polvo ardiendo, un gentío inmenso desbordaba en la pulpería y en las muchas carpas que blanqueaban en el contorno como bandada de cigüeñas.

Segundo Rodríguez se paseaba radiante sobre un moro escarceador, casi cubierto con las gruesas prendas de plata. El sol brillaba sobre los estribos de cam-

pana que medían más de veinte centímetros de largo por otro tanto de vuelo; la "carona" ostentaba en las punteras dos grandes corazones de plata; el encuentro del caballo casi desaparecía bajo el ancho pretal de charol cuajado de estrellas de plata; tenían casi un decímetro de diámetro las copas de plata del freno, en el que la "pontezuela" de plata era enorme media luna; campanilleaba el gran "fiador" de plata. y el peso de la plata de las riendas hacía bajar la cabeza al moro: era un "herraje" de jefe... o de estanciero brasileño.

Seguro del triunfo, el capitán hubiera deseado poseer una fortuna para jugarla a las patas de su gateado. Y no por baja ambición, por el goce mezquino del oro, por ruin avaricia, sino por la satisfacción moral. Cada onza ganada en el juego. le producía el efecto de un enemigo desarzonado al bote poderoso de su lanza en los días de batalla. Experimentaba el mismo sentimiento de alegría salvaje, el mismo placer de la bestia enardecida revolviendo las entrañas de la víctima, a quien, sin embargo, no odiaba y hubiera servido en cualquier ocasión. Como los perros de campo que se desesperan persiguiendo y despedazando sabandijas que luego abandonan con desprecio, él devolvería sin pena el dinero ganado, después de haber gustado las delicias del triunfo; un triunfo que en esta ocasión tenía doble motivo para ambicionarlo: iba a salvar el honor de su caballeriza y quería que la victoria fuera tan estrepitosa como lo fueron sus dos últimas derrotas.

Llegado el momento de ir a la balanza, el dueño del picazo manifestó que, como su corredor se había enfermado, había resuelto sustituirlo por Casiano Mieres, conformándose con el exceso de una libra que con

el cambio de corredor le resultaba sobre las cinco *arrobas* y cinco *libras*, que era el habitual y el convenido para este caso. Era justo, no había por qué oponerse: el caballo del capitán llevaba una ventaja más; pero el solo nombre de Casiano Mieres le causó sobresalto. Vio pasar una sombra por delante de sus ojos. y un terrible presentimiento le oprimió el corazón. ¡Siempre había de atravesársele en el camino aquel condenado *Librija!*... Tuvo, sin embargo, serenidad bastante para no objetar nada y para no dejar que se trasluciese su disgusto. En el camino, anduvo de un lado a otro, siempre arrogante, dando instrucciones a su corredor y jugando, jugando como un loco, con una especie de rabia ciega y desesperada. Pero ni la linda presencia de su pensionista, ni la simpatía general que mereció, ganando usura desde la primera partida, lograron devolverle la alegría y la tranquilidad de momentos antes. Su gateado, que había ido en un estado soberbio, le pareció mustio y "chupado"; su jockey, — un muchacho de su entera confianza, — también se le presentó extraño, soñoliento, falto de agilidad y energía. Observando la fisonomía tranquila, serena, indescifrable de Casiano Mieres, volvieron a nublársele los ojos y de nuevo le mordió el presentimiento de una desgracia. Y, como si quisiera dominarlo a fuerza de audacia, redobló sus jugadas hasta que, no teniendo ya dinero, gritó rabiosamente:

—¡Mi caballo ensillado por lo que lo tasen!...

Una voz seca, que lo hizo estremecer, contestó en el acto:

—¡Pago!

Así que empezaron las "obligadas", el capitán fue a colocarse en el primer tercio del camino, dispuesto a seguir la carrera y a hacerle saltar el cráneo de un

balazo a Librija, si le veía hacer mal juego como lo suponía. Éste lo vio, comprendió sus intenciones, palideció y miró a otro lado.

Soltaron. El picazo salió adelante sacando luz; pero no podía sostenerse: la distancia iba mermando, el gateado entraba a cada balance, y al llegar a los cien metros estaban juntos. Dio comienzo entonces una lucha tan rápida como emocionante, en la cual la espuela y el látigo trabajaban con furia. Los dos brutos pujaban haciendo inauditos esfuerzos por desprenderse el uno del otro, sin lograr aventajarse en un palmo. Así entraron a los trescientos metros, y así siguieron. Casi al llegar a la meta, Librija buscó un último brío, y con el postrer espolazo, su caballo se tendió como si fuera a echarse sobre la pista.

Se discutió largamente: los jueces no se avenían, la sentencia se hacía difícil. Segundo Rodríguez, que había corrido al costado de su parejero, se acercó al grupo y exclamó con voz fuerte y grave que impuso respeto:

—Señores, yo he visto bien la carrera: ¡mi caballo ha perdido!...

IV

Llegó la noche. El capitán, que, contra la creencia general, se había mantenido toda la tarde con una serenidad admirable, mostrándose hasta risueño, indiferente a su grande e inesperada derrota, no perdía de vista a Casiano Mieres. A la hora indicada, logró hallarlo aislado, junto al corral. Se acercó con cautela, le puso la mano en el hombro y le dijo con voz breve:

—Bení.

Librija se estremeció, cerró los ojos, tornó a abrirlos, y sin intentar resistencias, echó a andar detrás del coloso en dirección al monte de Urubolí, que distaba pocos metros de las casas. Aun cuando fuese muy asustado, Casiano demostraba que la áspera invitación no le cogía de sorpresa, que estaba prevenido y la esperaba.

Junto a los primeros molles, el capitán se detuvo, y encarándose con el corredor, lo increpó con dureza:

—¡Vas a decirme por qué perdió mi caballo!

La luz de la luna plena iluminaba de lleno el rostro, no pálido, sino lívido, del mísero Librija. Abrió la boca y logró sacar de adentro penosamente esta respuesta:

—Yo hice perder.

—¿Cómo? — rugió el coloso.

—Anoche emborraché a tu corredor, robé el caballo y le dí "un nado", allá en aquella laguna.

Segundo reprimía difícilmente su cólera. No se explicaba la audacia de aquel desgraciado, cuya cobardía era proverbial. Se esforzó por guardar continencia y prosiguió interrogándolo:

—¿Y el tordillo?

—La primera vez le metí la pierna...

—¡Ya me lo maliciaba!... ¿Y en l'otra carrera?

—Lo mesmo que pal gatiao: lo cansé en la noche.

Rápido como el pensamiento, el gigante descargó su manaza sobre la descarnada faz del pigmeo, quien rodó sobre la hierba. Cuando pudo ponerse de nuevo en pie, el otro lo esperaba con el puñal en la diestra.

Pero Casiano se levantó tranquilo, sin asomo de ira, y sin haber experimentado otra sensación que la muy dolorosa de la bofetada. Se diría que asistía a una escena anticipadamente prevista y estudiada.

Segundo se desbordó.

—¿Por qué me has hecho esa chanchada, sarnoso, hijo de siete mil... perras?... ¿No sabías bos lo que t'iba a pasar? ¿No colegistes que al fin yo te había 'e descubrir el juego y que dispués t'iba a picar como pulpa pa chorizos?... ¿No maliciastes?...

Y luego, sin esperar contestación, oprimió el mango de plata de su puñal, y agregó en voz alta y sonora, solemne en el silencio del bosque dormido y en el quieto resplandor de luna:

—Encomendá tu ánima a Dios, y sacá el cuchillo, porque a mí, ¡ni a los perros me gusta matar echaos!...

Como Librija, mudo de horror, lo miraba estupefacto, sin hacer ademán de sacar armas, Segundo vociferó iracundo:

—¿No te defendés?... ¡Güeno!... Esperate que aura te viá matar a bola, mesmo como a las bíboras!...

Mientras el capitán desprendía las "boleadoras" que llevaba anudadas a la cintura, Casiano pudo hablar.

—Esperate, —dijo; — yo no lo hice p'hacerte daño... Dejame hablar, y dispués, si no te convencés, entonces matame. Bos sabés que yo soy maula y que no te puedo peliar!...

Segundo Rodríguez, obligado a sostener una lucha interna entre su odio y la repugnancia que le causaba aquel miserable, se detuvo sin concluir de desanudar las "boleadoras".

Librija comprendió que lo más feo del camino estaba andado; le brillaron de esperanza los ojuelos y empezó con relativa tranquilidad:

—Hermano...

El principio fue malo. Segundo se indignó:

—¡Hermano... de los chanchos de Barriga Negra! ¡Limpiate ese hocico, sabandija!...

Casiano, sin inmutarse, dejando pasar el insulto, continuó:

—Yo soy un pobre diablo y tuitos se limpean las manos en mí. Si gano unos cobres, me los pechan, y por juerza tengo que aflojarlos, porque si no me trillan la parva. Ansina es que siempre me tienen como a mancarrón aguatero: mucho rebenque y poco pasto... y ya'staba cansao. Yo sabía que bos sos güeno, mesmamente el único que me podía apadrinar; pero bos tamién te reibas de mí, y yo me dije: el que a güen árbol se arrima, güena sombra tiene; pero pa qu'él me aprecée, es necesario que le muestre rigor y que le pruebe que sirvo, y que no hay naipe fiero sabiéndolo manejar; y dispués, si no me achura del prencipio, vamo a ser amigos y me b'ayudar y me b'hacer rispetar, y yo seré el perro d'él, pero no el perro ajeno a quien tuitos menean lazo... Por eso te jugué fiero...

Rodríguez, que había escuchado el extraño discurso temblando de rabia y haciendo esfuerzos por contener sus ímpetus, contestó con acento de ira:

—¿Y pa eso me has hecho perder tuito cuanto tenía, mesmamente hasta el caballo de andar y mi herraje?... ¿Te has creido que bos valés lo que me has hecho pelar?...

Y como el coloso avanzase con los puños en alto, la hormiga retrocedió varios pasos.

—Miá, —dijo desprendiéndose un cinto roñoso,— aquí tengo como cien patacones. Con esto sobra pal desquite, y te garanto rejuntar tuitas las onzas que te han pelao, y esta misma noche, en la carpeta... Miá... si mañana, cuando quieran benir las barras

del día, no ti has juntao con tu moro y tu chapiao y la plata que has perdido, traime otra vez aquí mesmo y me degollás como a chancho... No me tenés que trair: yo mesmo vengo; te lo juro por mi finaíta mama, que está en la gloria, y por este puñao de cruces!...

Tres días después de esta curiosa escena, Segundo Rodríguez y Casiano Mieres abandonaban la pulpería y salían trotando juntos, con rumbo a la sierra de Urubolí. El primero montaba su moro recamado de plata, —no le faltaba una prenda al magnífico "herraje", — y en la cintura le pesaba el cinto de piel de carpincho. Según decía su compañero, "iba preñao el chivo". Nadie supo lo que había pasado entre los dos, y a nadie causó extrañeza el "rebusque" del capitán, quien en dos noches había desquitado todo lo perdido.

Llegaron a los ranchos, sobre la falda del cerro, y éste fue el comienzo de aquella curiosa amistad. Siempre juntos, inseparables como dos enamorados, sus caracteres antagónicos llegaron a soldarse para formar un compuesto estable, una *sal humana*, como se diría en química psicológica, si existiera la química psicológica. El capitán fue el horcón del rancho; Librija, la paja sobre la cual se escurre el agua y resbalan los vientos. La inteligencia y el saber de éste, servían a maravilla al coloso, cuyo cráneo microcéfalo no era fuerte en ideas algo complicadas. De la intimidad y de la mutua conveniencia, — origen de la unión, — nació un recíproco cariño. De allí en adelante, Rodríguez era el único que se permitía insultar a Librija; y estos oprobios, Librija los aceptaba sin protesta, porque, como él mismo lo había dicho, quería ser su perro, y no un perro sin dueño a quien todos estaban autorizados a castigar. Además, bien sabía él que era dueño

absoluto del cariño del gigante, bajo cuya ala protectora se veía defendido y orgulloso. De ese cariño tenía pruebas sobradas. Cierta vez, corriendo el overo, rodó y se fracturó una pierna; y durante el mes y medio que se vio obligado a guardar cama, Segundo, —el tosco y fiero capitán de lanceros,— le cuidó y le veló con la solicitud y la suavidad de una madre. Su afecto se revelaba hasta en las cosas más nimias, en esas insignificancias que sólo son capaces de apreciar y valorar quienes han tenido lo que puede llamarse la *desgraciada felicidad* de vivir de la bondad del amigo. Al servir la comida, las mejores presas eran para Librija; si se arreaban tropas de ganado, Segundo hacía los "dos cuartos" de ronda nocturna, mientras su compañero dormía; si era necesario vadear un arroyo crecido, Segundo se preocupaba más de la suerte de su amigo que de la suya propia. El coloso consideraba al pigmeo como un enfermo, como un ser desgraciado y débil, y le ahorraba todo esfuerzo muscular, echando la carga del trabajo sobre sus potentes espaldas de Atlas. En compensación, la naturaleza, —que no ha hecho ningún ser superior a otro ser,— le había dado a Librija una inteligencia que, puesta incondicionalmente al servicio del gigante, redundaba en beneficio de la *Yunta*. Por complacer al capitán, Casiano era capaz hasta de mostrarse valiente, lo que en él era el colmo del agradecimiento y del cariño.

En el transcurso de varios años, siguió viviendo de ese modo la *Yunta de Urubolí*. Llegó la guerra de Flores, la invasión extranjera, la conmoción del país, y los dos amigos se ciñeron la divisa y marcharon a defender su causa partidaria: quiero decir que fue Segundo Rodríguez. Casiano lo siguió porque, aun en el horror de las batallas, se consideraba más seguro al

lado de su amo que abandonado a su propia suerte. En las marchas penosas, en los trabajos sin cuento a que obligaban las guerras de la época, Segundo se mostró siempre el mismo solícito amigo para su débil amigo. Siempre que era necesario pelear, buscaba un pretexto para alejar de la zona del fuego al pobre pusilánime, que lo hubiera seguido sufriendo atroces torturas. Cuando no había otro remedio que combatir, lo llevaba a su lado, sin perderlo de vista, protegiéndolo con su propio cuerpo. Si alguna vez, — dominado por el entusiasmo, — se confundía en un "entrevero", o tenía que alejarse en una persecución encarnizada, no tardaba en recordar a su hormiga y volvía grupas, inquieto y agitado, sin sosiego hasta que lograba encontrarle.

Concluida la guerra, siempre los mismos, sin haber obtenido recompensas, a las cuales no aspiraron cuando se lanzaran a ella, — un poco apesadumbrados por la derrota de su causa, pero contentos con haber cumplido con lo que consideraban su deber, — volvieron al pago, al sereno y agreste valle de Urubolí, donde continuó la misma vida anterior, tranquila y simple, dedicada al cuidado de parejeros, "mateando" firme, "churrasquiando" gordo, haciendo "reclutadas" de ganado alzado y acumulando "doradillas", — onzas de oro, — en las jugadas de monte, de truco y de taba.

V

Tornó a vibrar el clarín de guerra concitando a los partidarios. Las ambiciones políticas no habían podido avenirse en la metrópoli, y Timoteo Aparicio, alzándose en armas contra el gobierno del general Lorenzo Batlle, había invadido el país. A los correligionarios

no les importaba saber por qué se encendía la guerra, ni les correspondía discutir su conveniencia o inconveniencia: se había tocado llamada, y el deber era acudir a las cuchillas sin vacilaciones y sin reflexiones, que implicarían deslealtad o cobardía. La *Yunta de Urubolí* cogió sus lanzas, ensilló sus caballos de guerra, se ciñó la divisa y, con la reserva de tiro, marchó a incorporarse al ejército revolucionario, sin perder tiempo en averiguar con qué objeto iban a la lucha, por qué iban a morir. Nada les importaba, nada les suponía; a la manera de los sectarios de una religión primitiva, iban adonde los sacerdotes ordenaban que fuesen. Los jefes sabrían por qué era necesario combatir, derramar sangre, matar o ser muerto por hermanos: para eso eran los jefes.

La *Yunta de Urubolí* se halló en *Severino* y en *Corralito,* en las jornadas de *Soriano* y de la *Unión*. Segundo Rodríguez, —ascendido a jefe por sus fuerzas,— era uno de los más entusiastas admiradores del caudillo de tez cobriza, ojos encapotados, larga cabellera y espesa barba gris. Entre todos los idólatras de aquel jefe, —valiente como un león y bruto como un topo,— él era el más idólatra. Segundo Rodríguez era el tipo del gaucho clásico, rudo y caballeresco; y Timoteo Aparicio, —que si hubiese sabido leer y escribir habría llegado a ser un buen sargento de caballería,— deslumbraba al gauchaje con su bárbara osadía y con su impetuosidad de bruto. El coloso lo adoraba como a un dios.

Al amanecer del día 25 de diciembre de 1870, los dos ejércitos, —*blanco* y *colorado,* revolucionario y gubernista, —se encontraron frente a frente, cerca de la capilla del Sauce, dispuestos a entablar una acción decisiva. Presentóse la mañana teñida del color azul

violáceo de los pétalos del iris, y estaba serena, casi augusta, obligada a contemplar aquel choque de odios fratricidas. En el aire inmóvil, las hebras de luz del sol tejían finísimo velo dorado. En el contorno reinaba un gran silencio.

A las diez, los seis cuadros de infantería gubernista esperaban, con el arma al brazo, y los artilleros, junto a sus piezas, estaban prontos para romper el fuego. En el campo opuesto, las enormes caballerías se escalonaban abarcando extensísima línea de combate. Sus pocos infantes y su artillería formaban al centro: unos y otros eran mirados con desdén por *el ejército,* —la masa de jinetes que sólo se entusiasmaba por las cargas a lanza y que no conocía otra táctica que la escaramuza pampa.

A medida que el día avanzaba, el sol intenso arrancaba reflejos de oro de los campos de trigo, la planta noble que iba a morir bajo los cascos de los caballos, que iba a recibir un riego de sangre humana en la repugnante brutalidad de la guerra civil. A retaguardia del ejército revolucionario se extendía, verde y hermoso, el bosquecillo que borda las márgenes del Sauce; a espaldas del ejército legal se erguía la torrecita de la capilla, bañados de luz sus muros sin ornato, y sosteniendo en lo alto la cruz de hierro, negra y tosca, que parecía mirar inmóvil y afligida los preparativos del próximo drama; se diría que el corazón de las madres estaba allí, latiendo con angustia.

A las diez y media, Timoteo Aparicio, seguido de su estado mayor, pasó revista y proclamó a sus tropas. A galope sobre un potro brioso, echado a la nuca el sombrero adornado con ancha divisa blanca, flotantes las haldas del poncho de rayas blancas y celestes,

cimbrando en la ancha mano tostada "la más terrible lanza de las orientales caballerías", como la llamó Acevedo Díaz en páginas magistrales, — aquella "que entraba en el combate con una banderola celeste y pura como el cielo de la patria, y volvía roja como el infierno del pasado, destilando sangre ante la vista extraviada e iracunda del tremendo lanceador", — altivo y soberbio, el caudillo pasó... La melena era gris; el espeso bigote y la luenga barba eran grises también; ancha y corta la nariz, que semejaba un pilar cuadrado sosteniendo una frente estrecha, vaga y sin luz; bajo las largas y pobladas cejas, se abrían unos ojos grandes, denegridos, que hubieran sido bellos sin los espesos párpados que caían como cortinas, nublando la mirada y dando al rostro una expresión taciturna de fatiga y desconsuelo, que contribuían a hacer más manifiestos los profundos surcos naso-labiales. No tenía, como Artigas, como Rivera, como Oribe, esa luminosidad de los conductores de hombres, ese resplandor intenso que, llegado al máximum, engendra los Alejandros, los Aníbales, los Césares, los Napoleones y los Bolívares. Sin embargo, al pasar delante de sus huestes, la multitud de centauros melenudos y harapientos lo aclamó frenéticamente, agitando los astiles de las lanzas y vomitando un huracán de vivas con sus voces roncas. Todos los sufrimientos de la campaña, las fatigas, la desnudez, el hambre, todo desaparecía a la vista del jefe, que encarnaba el símbolo adorado y dilataba sus iracundos pechos de sectarios fanáticos. Cuando el general pasó junto al *comandante* Segundo Rodríguez y el *teniente* Casiano Mieres, el primero oprimió nerviosamente con la pantorrilla desnuda el flanco de su caballo de guerra, levantó en alto el mango de urunday de su lanza enorme, y con los ojos fue-

ra de las órbitas y el labio trémulo, en vez de un vítor, lanzó un sangriento insulto al adversario. Después, mirando a su compañero, lagrimeando de entusiasmo, tartamudeando, exclamó:

—Fíjese, hermano, qué cara tiene hoy el general: ¡parece el mesmo Dios bendito! Aura sí que es de en deberas, compañero, y esto ba'ser el desperdicio! Ba'ber que bamo a dejar la salbajada en escombros, como Paysandú!...

Mas, notando que Casiano, muy pálido, con los labios contraídos, los ojos abiertos y la nariz hinchada, estaba ya muerto de miedo, dulcificó la voz y le habló con cariño:

—No se asuste, hermano, que yo lo he de sacar en ancas. . Y dispués usté sabe que los zumacos son como los chanchos, que dan frente a los perros un ratito no más, y va clavan la uña!...

Librija miró a su amigo con infinita expresión de agradecimiento, y una sonrisa se dibujó en sus labios descoloridos. Tenía tal confianza en Segundo, una fe tan ciega en su valor, audacia y pericia, que le creía capaz de librarle de todos los peligros, realizando milagros por salvarle. Iba a hablar, cuando los clarines vibraron tocando carga general.

Fue primero como si hubiese reventado un trueno horrísono; escuchóse una gritería infernal; tres mil voces de demonios enfurecidos, resonaron en la ladera como monstruoso *halalí:* luego siguió el retumbar de los cascos de los caballos, semejante a una ola colosal que va rodando en busca del peñasco. En acelerada carrera sobre el campo de trigo, los caballos se trababan o perdían pie en las zanjas, y muchos jinetes caían recibiendo sobre sus cuerpos el peso de la masa

enloquecida, atormentada por la sed de sangre y las ansias de matar. La ola llegó y cayó sobre las caballerías enemigas, se detuvo un momento, bregó unos instantes y siguió mugidora como torbellino que encuentra un obstáculo, lo embiste, lo rodea, lo arranca, lo eleva o lo arrastra, golpeándolo, despedazándolo, desmenuzándolo, hasta esparcirlo convertido en impalpables aristas.

Rojas estaban ya las banderolas de las lanzas y aún las caballerías revolucionarias corrían encarnizadas en la persecución del enemigo en fuga. De pronto hubo una pausa, unos minutos de indecisión, porque el adversario se desgranaba y los perseguidores no sabían a qué grupo elegir. En ese momento, Segundo Rodríguez se empinó sobre los estribos, tendió la mirada y gritó con voz enronquecida:

—¡Allá, muchachos! ¡allá va el general!...

Y en seguida la ola siguió rodando, encrespada, bramadora, ansiosa de destrucción, sin preocuparse del cañón que tronaba, ni de la fusilería que repiqueteaba a retaguardia. En el campo de batalla solamente habían quedado las infanterías y la artillería de uno y otro bando. Suárez, general en jefe del ejército legal, rompió sus cuadros, y, después de un corto tiroteo, mandó cargar a la bayoneta sobre los débiles escuadrones revolucionarios, que estaban allí como olvidados, sin órdenes, sin objeto; mientras las caballerías, —el ejército,— se desbandaba lanceando dispersos y llegando a alejarse varias leguas del sitio del combate.

Aquello fue todo, menos una batalla: heroísmo bárbaro, proezas reprobables, derroche incalculable de esfuerzos infecundos, suprema y criminal indiferencia

de la vida, sangrienta y voluntaria inmolación consumada en honor del monstruoso dios de las divisas...

En tanto, sobre los trigales quebrados, triturados, arrancados de cuajo por las pesuñas de las bestias, sobre el gran campo silencioso, sobre la esmeralda del bosque, sobre el cristal del arroyo, sobre la piel luciente de la loma, sobre los muros de la capilla y sobre la tosca cruz de hierro, el sol meridiano, caía en lluvia de oro, recalentando la tierra gorda, hinchando las simientes que habrían de germinar y ser plantas, flor y fruto, en la eterna fecundidad de la madre prolífica, indiferente a las miserias de los hombres.

Cuando el general en jefe de las fuerzas revolucionarias volvió al campo, contento y satisfecho de haber lanceado él solo más fugitivos que diez de sus secuaces reunidos, vio con pena que su nulidad y su torpeza habían trocado en vergonzosa derrota la que debiera haber sido fácil victoria. Entonces, sin una idea, sin una luz en su cerebro espeso, hizo lo que la fiera cercada por la jauría: se revolvió, erizada la crin, bramó y embistió ciego de cólera. Allá fueron los jinetes semibárbaros a estrellarse contra las bayonetas de los cuadros enemigos. Rechazados, los escuadrones, — o, mejor dicho, las masas, porque ya no había organización, — volvían grupas, sufriendo un tremendo fuego de fusilería; trataban de rehacerse, para volver a la carga con infructuosa desesperación.

A las cuatro y media de la tarde la batalla estaba decidida. Los revolucionarios, que en la impetuosidad de la primera carga habían despedazado las alas del ejército contrario, le habían tomado el parque y habían rendido algunos batallones de fusileros, quedaban desconcertados al regresar de su estúpida persecución y ver el cambio operado en el lugar del duelo. Cundió

la desmoralización en sus filas, comenzó el desbande y quedó en el campo su miserable infantería, que se retiraba con pena, diezmada por el fuego del adversario y muy débilmente protegida por escasas guerrillas de jinetes. En una de éstas iba la *Yunta de Uruboli.* Segundo Rodríguez, furioso, con el rostro negro de pólvora y barro, con las ropas desgarradas y maculadas de sangre, montando un caballo sin montura, con un "bocado" por freno y un trozo de "maneador" por riendas, agitaba en el aire el astil de su lanza, quebrada a raíz de la moharra, y trataba de infundir valor a los compañeros, pretendiendo detenerlos con insultos y amenazas. Casiano Mieres, —tan echado sobre el cuello del caballo que las crines de éste se mezclaban con sus barbas,— marchaba en silencio, mirando hacia adelante con ansias de devorar el espacio. A lo lejos se veían grupos de dispersos taloneando las cabalgaduras transidas, marchando sin rumbo y sin otra preocupación que la de alejarse cuanto antes de aquel lugar siniestro. Los mismos que horas antes habían combatido con coraje de héroes, huían ahora dominados por el pánico, acobardados, y como si el valor anterior hubiese sido sólo el efecto de una borrachera de fanatismo que la derrota había disipado. A retaguardia brillaban, heridas por los rayos del sol, las bayonetas de los infantes del gobierno, a quienes su jefe, el coronel Pagola, animaba repitiendo incesantemente:

—¡Hop!... ¡hop!... ¡A la carga, muchachos!... ¡Hop! ¡hop!...

Los restos del ejército de la revolución avanzaban penosamente, y los dos amigos veían que la muerte todavía se cernía sobre sus cabezas. De pronto Librija dejó escapar un grito de dolor: una bala le había pe-

netrado por la espalda, perforando el omóplato derecho, atravesando el tórax. Segundo se aproximó y preguntó con voz breve:

—¿Qué jué?...

Casiano fijó en el jefe su mirada humilde, y contestó quejumbrosamente:

—¡Me han bandiao!

—Haga juerza.

—¡No me deje, hermano!

El gigante, conmovido, respondió con acento de cariño:

—¡No, hermano, qué lo viá dejar! Siga no más sosteniéndose, qu'hemos de escapar, si Dios quiere. ¡De otras más fieras hemos salbao!...

A marcha pausada, a trote lento, anduvieron aún como cosa de un kilómetro, siempre castigados por el fuego enemigo, siempre perseguidos por el silbido lúgubre de las balas, el siniestro canto del plomo mortífero. Cada vez que volvían la cabeza, veían brillar las bayonetas de los infantes gubernistas y oían la voz del jefe que marchaba al frente, el kepis en la nuca, la espada en la diestra, repitiendo su orden que era como un azuzamiento:

—¡A la carga! ¡a la carga! ¡a la carga!...

Estas palabras llegaron distintas a los oídos de Segundo quien detuvo su caballo y observó el campo. Estaban aislados, él y Librija, éste tendido sobre la montura, con los brazos cruzados por debajo del cuello del caballo, lívido, desangrando, sufriendo horrorosas torturas y alternando los quejidos con la súplica de:

—¡No me deje, hermano!... ¡No me deje, hermano!...

Rodríguez meditó durante cortos segundos, arrojó el astil inútil y,

—Vamo'agarrar pu'acá, — dijo señalando un rumbo con la mano; — orillando como quien saca sebo 'e tripa, pueda que salbemo el bulto.

Subieron una loma y entraron en un bajío, al tranco, uno al lado del otro: uno medio muerto, el otro medio loco.

—¡No me deje, hermano! ¡No me deje, hermano!... — imploraba el primero.

Y el segundo, ronco, sombrío, resoplando a la manera de toro acosado, contestaba invariablemente:

—¡No tenga miedo, hermano; asujetesé y siga no más, que no lo dejo!...

Eran las seis de la tarde; el cielo, que hasta entonces se había presentado de una luminosidad transparente, se nubló. Empezó a llover, y los pasos de los infantes que huían despavoridos, resonaban en el agua de las charcas. A retaguardia ya no se veían las bayonetas de los gubernistas; pero, entre descarga y descarga, se oía la voz del jefe azuzando a los suyos:

—¡A la carga! ¡a la carga! ¡a la carga!...

Iba la *Yunta de Urubolí* a coronar una loma, ya con el enemigo muy cerca, cuando Casiano lanzó un hondo suspiro y tartamudeó su súplica con acento deseesperado:

—¡No me deje, hermano!... ¡No puedo más!... ¡me caigo!... ¡No me deje, hermano, que me van a degollar!...

Segundo respondió infundiéndole ánimo:

—Haga juerza, compañero, que ya encomienza a cair la noche, y como va'ser escura, estamos salbaos.

El caballo de Librija se detuvo.

—¡No puedo más!... —balbuceó el infeliz.

El coloso se acercó, lo observó, lo vio moribundo.

—¿De berdá no puede más? —preguntó con una voz grave y solemne, que expresaba a la vez la cólera y la pena, el dolor y la rebeldía.

Ya con el hipo de la muerte, Casiano murmuró:

—No... puedo... ¡No me deje... hermano!...

Las balas silbaban amenazantes sobre las cabezas de la *Yunta de Urubolí;* los infantes enemigos avanzaban a paso de trote, a bayoneta calada, esgrimiendo con furia las bayonetas que tan buena labor de exterminio habían hecho en aquel infausto día. El coloso estuvo un rato indeciso, erguido el busto sobre el lomo desnudo de su caballo, sin sombrero, luciente con la lluvia la revuelta melena, plegados los labios desdeñosos del peligro, brillante la mirada preñada de odios.

Casiano, haciendo un esfuerzo postrimero, movió la cabeza, fijó en el amigo sus ojos llorosos y susurró entre dientes como una plegaria:

—¡No... me... deje... hermano!...

El gigante se estremeció.

—¡No, hermano! —gritó, cual si quisiera que su voz llegase a las filas adversarias.— ¡No, hermano, ¡qué lo viá dejar!

Y después, con entonación grave y solemne, agregó:

—¡Que quede su osamenta pa los caranchos, más antes que su pescuezo pa los salvajes!...

Y echando mano a su pistola, amartilló, miró el fulminante, apuntó al cráneo de su amigo, e hizo fuego.

Casiano se desplomó sin un quejido y quedó acostado sobre la yerba, boca arriba, bañado en su propia sangre.

Segundo Rodríguez arrojó la pistola descargada y cuyo cañón humeaba aún. Echó pie a tierra, se inclinó, hincó una rodilla, besó con unción religiosa los ensangrentados labios de su amigo, se persignó, desnudó el facón de mango de plata, y, siempre con una rodilla en tierra, soberbio de coraje, agigantado en el brumoso crepúsculo, esperó inmóvil a la línea de infantes que se acercaba a paso de trote. Una descarga lo volteó sobre el cuerpo de Casiano, y allí quedó, abrazada en la muerte, la *Yunta de Urubolí*.

Estancia "Los Molles", junio 1899.

FIN DEL TOMO I

